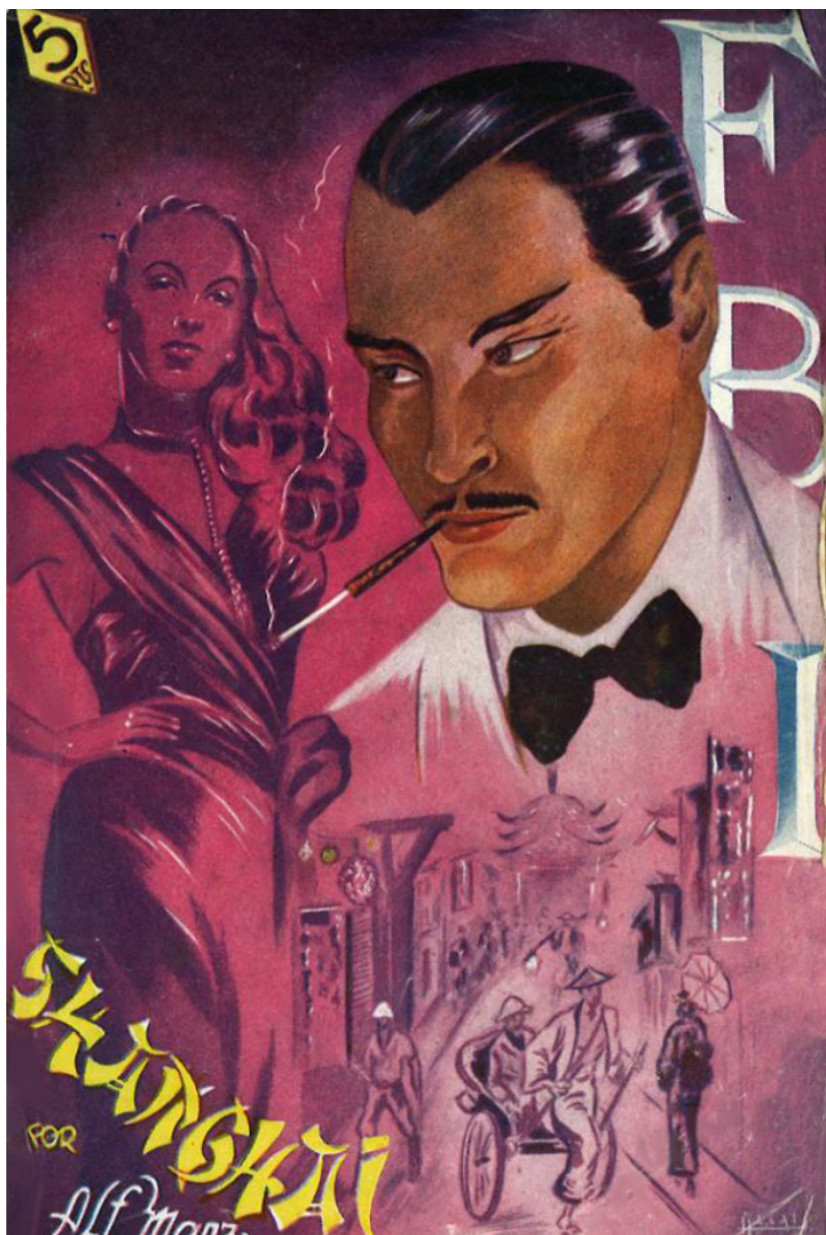




ALF MANZ



SHANGHAI





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—|CULPABLE|, por Alf Manz. (3.ª edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.ª edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.ª edición.)
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.
Núm. 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
Núm. 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
Núm. 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
Núm. 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
Núm. 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.
Núm. 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.

En preparación:

GUERRA DE GANGSTERS.
LA REBELION DE LOS MUERTOS.
T A N G E R .

*Asia, continente misterioso:
Cuna y ataúd de la Historia.*

OBRAS
DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN
— : —

Colección EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- Núm. 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.)
» 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.)
» 3.—Corazón de Puma.
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahur.
» 30.—Yo fui esclavo.

Selecciones NEVADA

- Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones LOTO

- Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

Colección F. B. I.

- Núm. 1.—¡Culpable! (3.^a edición.)
» 2.—La hora gris. (2.^a edición.)
» 4.—El cobarde.
» 6.—Contra Scotland Yard.

I

UNA NOCHE ACCIDENTADA



ESTIZO tramposo!

El doblemente infamante insulto restalló con la violencia de un latigazo en la sala de recreo. Cesó el anterior murmullo de las conversaciones y el tintineo de las copas en el niquelado bar del fondo. Todas las miradas se centraron en la cuadrada mesa de tapete verde, a la que se hallaban sentados cuatro hombres, con naipes aún en las manos. Uno de los jugadores, el que tenía el mayor montón de billetes ante sí, era un individuo singular.

Sus facciones mostraban la herencia de un cruce de sangres: blanca y amarilla. Delataban la influencia de esta última sus ojos

oblicuos; el color de la piel, de un tinte amarillento pálido, y su negra cabellera, partida en dos por una raya al lado, semejando un casco de ébano con unas hebras de plata en las sienes. De la raza blanca poseía la espaciosa frente, el enérgico trazado de la mandíbula, el firme marcado de los labios y los amplios hombros rematando un robusto tórax enfundado en la elegante *dinner-jacket* blanca[1].

Tenía clavada la centelleante mirada de sus verdes pupilas en el hombre que se sentaba frente a él: individuo rozando la cuarentena, de pelo rubio ceniciento, con profundas entradas y de semblante abotagado por la vida muelle y el exceso de alcohol. Su rubio bigote quedaba pálido al contraste de la piel enrojecida por el reciente abuso de la bebida. En su lado de la mesa no se veían ni un solo billete, y si varios naipes desparrramados como arrojados violentamente.

—¡Y lo diré una y mil veces, mestizo tramposo!

La repetición de la ofensa enrareció aún más el ambiente; ninguno de los circunstantes atrevíase a hablar o a moverse; todos parecían prendidos en la extraña figura del mestizo, que respiró hondamente, abriendo las aletas de su recta nariz, a la vez que tomaba una boquilla con un cigarrillo humeante. Habla un frío siniestro en sus ojos, y, sin embargo, sus labios se curvaban por una sonrisa irónica que desconcertaba. Nadie podía adivinar lo que en el interior de aquel hombre estaba sucediendo, pues su gesto no variaba y la cara semejava una máscara cincelada en jade.

Del salón cercano se escuchaban ahora las notas desordenadas de una pieza musicalailable, y de abajo subía el ronroneo de las máquinas del barco, que apenas oscilaba. Los espectadores de la desagradable escena, también de etiqueta, se mantenían atentos, inmóviles, aguardando el desenlace; sólo uno de los camareros retrocedió disimuladamente hasta una de las puertas, tal vez en busca de ayuda.

—¿Por qué no reacciona, mono japonés? —tartamudeó el jugador de la piel enrojecida, dando un puñetazo sobre la mesa, excitado ante la impasibilidad extrahumana del ofendido.

Ahora sí se traicionó el mestizo: su faz no varió, pero la boquilla saltó en dos pedazos bajo la presión de los largos y nerviosos dedos. Su mirada horadaba más que un puñal, y sólo cambió de objetivo al

sentirse el frote de una tela en el espeso silencio de la cámara. Levantó la vista, fijándola en un hombre de corpulencia gigantesca, de grueso y fosco bigote y de cabeza rapada, que deslizaba su mano derecha a la axila izquierda, bajo la chaqueta. Le hizo señal de que se contuviese, con un leve movimiento de párpados. Luego, dirigiéndose a los otros dos jugadores sentados a la mesa, les preguntó con voz grave y calmada, en inglés:

—Caballeros: ¿Tienen ustedes alguna queja de mí? ¿Me han visto jugar contra las reglas?

Los aludidos, tipos americanos cien por cien, se apresuraron a manifestar:

—No; yo no he visto nada. Ha tenido usted suerte y...

—Yo tampoco. Juega usted maravillosamente, y si hemos perdido, pues...

—Gracias, caballeros —dijo el mestizo, con una leve inclinación de cabeza, para después interpelar a su ofensor—: ¡Ha mentido usted! Tendré mucho gusto en pedirle explicaciones cuando esté usted en sus cabales. Mañana llegaremos a Shanghai; allí podrá encontrarme en esta dirección.

Y, desabrochándose la elegante *dinner-jacket*, sacó una lujosa cartera de fina piel de Rusia con incrustaciones de oro, de la que extrajo una tarjeta.

Uno de los espectadores que se hallaba en pie, a su derecha, retuvo una exclamación de sorpresa: por la entreabierta chaqueta le estaba viendo la negra culata de una pistola.

Con movimientos lentos, de una indudable elegancia, el mestizo se puso en pie y, tras saludar con una leve inclinación de cabeza a los otros dos jugadores, se dirigió hacia una de las puertas. Su elevada silueta, de caderas estrechas y anchos hombros, destacaba entre los circunstantes, que dejaron franco un corredor; más de un hombre sintió frío en la medula al observar la dura mirada del mestizo y más de una mujer contuvo un suspiro de admiración. El gigantesco tipo del grueso bigote y de la rapada cabeza abrió paso a codazos, y con agilidad pasmosa recogió el montón de billetes pertenecientes al ganador, siguiendo luego a éste, sin dejar de ojear alrededor y de mascullar unas palabras ininteligibles.

En el arracimado silencio oyóse una frase:

—Mal enemigo se ha echado usted, señor Giroux. Ha insultado

usted a Richard Low, el hombre más poderoso de Shanghai.

Richard Low, seguido del otro, ya había salido a cubierta. Caminaban ambos en silencio, bajo la espectral luz de la luna y acariciados por la suave brisa marina. El rítmico latido de las máquinas y el murmullo incansable de las aguas al golpear el casco de la nave, se unían a las *negroides* notas del *jazz*, escapadas del salón de baile. Dos o tres parejas de enamorados, apoyados unos en la borda y otros tendidos en hamacas, eran los habitantes de la cubierta; ninguno de ellos podía ver que la anterior sonrisa irónica del mestizo habíase trocado en mueca horrorosa, crispados los labios por el huracán de una ira incontenible.

Huyendo seguramente de la concurrida entrada del *hall*, penetraron en la cámara de lujo, por la puerta contraria. Un camarero acercóse solícito al mestizo:

—¿Puedo servirle en algo, señor Low?

—No, gracias.

No obstante, el camarero abrió una de las puertas, encendiendo la luz y retirándose seguidamente con una reverencia. Se hallaban en una de las series de lujo, con amplios ventanales a una de las cubiertas superiores. Sin recibir ninguna orden, como si fuese uno de sus habituales cometidos, el gigante del grueso bigote revisó el pequeño y bien amueblado saloncito, iluminando después la alcoba, el cuarto-tocador y, por último, el cuarto de baño. Al regresar al saloncito, halló a Low sentado en el brazo de un butacón, fumando pensativamente.

—No se preocupe, jefe. ¡Buen mordisco les ha dado!

—En cuanto lleguemos, encárgate de localizar a ese francés; se llama Giroux. Hay algo extraño en su actitud, Yugoff; no tenía por qué obrar así.

—Usted siempre dándole vueltas a las cosas —afirmó Yugoff, mientras depositaba sobre una mesita los ganados billetes: moneda inglesa, francesa y norteamericana.

—La casualidad no existe, Yugoff. Todo efecto tiene su causa, toda acción tiene su porqué. Los humanos nos movemos a impulsos del instinto o de la razón. Necesito saber cuál de los dos llevó a Giroux a hacer lo que hizo. No me conocía, no tenía motivos aparentes para...

Le distrajerón unas voces en cubierta. Oyóse distintamente el

grito de: ¡Al polizón!; luego el ruido de pasos precipitados y la entornada puerta se abrió de golpe. Un hombre de crecida barba negra y de ropaje arrugado y deslucido, apareció bajo el dintel. Observó de una ojeada el camarote y, penetrando de una zancada, cerró a sus espaldas la puerta, apoyándose en ella como atrancándola. Jadeaba, le lucía en los ojos el temor y tremolaba de angustia su voz al rogar:

—¡Por favor, escóndanme! ¡Vienen siguiéndome!

La mano de Yugoff corría veloz a su axila izquierda, cuando le detuvo el mandato de Low:

—¡Deja eso quieto!

El mestizo volvía a sonreír y contemplaba con aire divertido al agitado intruso. Cualquiera que fuese su propósito, no llegó a realizarse, pues una avalancha humana, formada por dos marineros y un oficial, abrieron en catapulta la puerta, arrollando al polizón. Un pandemónium de brazos, piernas, gritos y maldiciones ocuparon el saloncito. Preventivamente, Low y Yugoff se hablan replegado hasta la puerta de la alcoba, dejando todo el campo libre a los luchadores, y contemplaban con interés la resistencia del polizón.

Era éste un joven vigoroso, que sabía manejar los puños a las mil maravillas. Había dejado ya fuera de combate al oficial, y con la agilidad escurridiza de una anguila burlaba las presas de sus contrarios, fornidos y tenaces tipos de mar. Logró ponerse en pie, y en vez de huir por la abierta puerta, volvió a lanzarse con renovado ímpetu sobre sus contrincantes, cual si una fuerza ciega le animase. Sus puños, dotados de una increíble velocidad y contundencia, eran arietes golpeando en los sitios más peligrosos. Encajaba puntapiés y manotazos sin una queja, devolviendo *generosamente* ciento por uno.

De espaldas fue a estrellarse contra un mamparo uno de los marineros, con una cox en el vientre. Y el último, que había logrado montarse en el pecho del polizón y echarle las manos al cuello, no pudo evitar que por entre sus brazos se deslizase un puño relampagueante y le golpease bestialmente la mandíbula. Se aflojó la tenaza de los dedos. El polizón se sacudió de si la inanimada carga, y se puso en pie, tambaleándose, sofocado, mirando hacia la entrada, a espera de más enemigos o estudiando su salvación.

El heroico triunfo fue inútil; Yugoff, enardecido por el

espectáculo de la pelea, no aguardó órdenes de su jefe. Con la destreza que proporciona la práctica había sacado de su sobaquera una pistola de cañón largo y golpeó la nuca del descuidado polizón, que se desplomó sobre sus vencidos perseguidores.

—¡Mal hecho, Yugoff! ¡Guárdate eso! —Sonó secamente la voz de Low.

—Pero, jefe, ¿ha visto usted cómo...?

—¡No me llames jefe! —Mandó el mestizo, en ruso, encolerizado—. Le has agredido a traición y eso...

En aquel momento penetraban en el camarote el capitán del barco y dos oficiales. Sus insignias revelaban que pertenecían a la Marina mercante norteamericana. Low salió a su encuentro.

—Vea cómo me han dejado la habitación sus hombres, capitán.

El aludido contempló los cuerpos yacentes, con exageradas oscilaciones de cabeza. Reaccionó, explicando al mestizo:

—Perdone, señor Low; pero no ha podido evitarse. Se trata de un polizón, descubierto hace un rato. Salía de la cocina, de robar comida, y tuvo la maldita ocurrencia de meterse aquí. Daré órdenes de que vengan los camareros a arreglarle la habitación —y, cambiando de tono, murmuró, a la vez que se rascaba el cogote—: ¡Que me aspen si lo entiendo! ¡Los cuatro están tirados!

—¡No hay ninguno muerto, señor! —anunció uno de los oficiales, que estaba reconociendo a los caídos.

—¡Regístreme a ese hombre! —le ordenó el capitán.

Desarticulado como un maniquí de trapo, el joven de la crecida barba fue puesto boca arriba. En los bolsillos se le encontraron unos cigarrillos sueltos, una lata de sardinas en conserva, un arrugado billete de diez dólares, un pañuelo que en tiempos pasados tal vez conoció el jabón, y una cartera. El capitán la examinó, encontrando solamente la fotografía de una mujer, un pasaporte norteamericano, debidamente visado, y una Tarjeta Profesional de *sparring*, de boxeo, todo a nombre de James Ward.

—Ahora se explica uno su forma de luchar —manifestó Yugoff.

—Pero sigo sin explicarme cómo no ha quedado ninguno con conocimiento —objetó el capitán, dubitativo.

—Tuve que darle un cachete, capitán —aclaró Yugoff—. Le pudo a su gente, y ya veíamos que iba a escaparse.

El capitán no hizo más preguntas sobre el particular; al parecer,

le bastó con mirar las enormes peludas manos del ruso. Dirigiéndose a sus oficiales, les ordenó:

—Vayan en busca del médico, y que vengan los camareros. Cuanto menos gente se entere de lo ocurrido, mejor. Y al *pajarraco* este llévenle al calabozo.

—Dígame, capitán —inició Low—: ¿Qué hará usted con él?

—Entregarlo al cónsul norteamericano en Shanghai. Este barco es norteamericano, y ese tipo también lo es. Aunque tiene el pasaporte en regla, ha de pagar el pasaje y los desperfectos. ¿Por qué lo pregunta, señor Low?

El mestizo había encendido un nuevo cigarrillo, y su faz estaba casi velada por una nube de humo.

—Si no tiene dinero, tendrá que pagarlo en cárcel. ¡Y es una lástima! Se ve que este hombre va en busca de trabajo. Si huyese por algún delito, no hubiese obtenido el pasaporte. ¿Tendría usted inconveniente en olvidar todo esto si yo pagase su pasaje y los desperfectos?

El capitán vaciló antes de responder:

—No, no... no puedo tener inconveniente en ello, si usted paga. Pero de todas formas, he de dar cuenta a mi cónsul en Shanghai.

—Conozco mucho al señor Simpson; también yo soy norteamericano, capitán.

—Ya, ya lo sé, señor Low. ¡Bien! Si usted se enterca... Y ¿dónde podría encontrar a este hombre si no se presentase en el Consulado?

—Garantizo que se presentará; irá conmigo al

Hong-Kong

Hotel. Allí tendré el gusto de hospedarle a usted, mientras esté en Shanghai, capitán. Mi casa está a su disposición.

Visiblemente halagado por la oferta, el capitán sonrió cordialmente.

—Gracias, señor Low, y acepto su invitación. Su hotel está conceptuado como el mejor de la ciudad. Por cierto, que me he enterado del percance que ha tenido hace un rato. Le agradezco mucho su interés por eludir el escándalo. ¡Esos franceses...!

—¿Qué sabe usted de ese Giroux?

—Únicamente que es el nuevo secretario del cónsul francés en Shanghai. Tomó pasaje en San Francisco. No se ha portado como un caballero.

Interrumpióse la conversación al entrar el médico de a bordo y dos camareros, avisados por los oficiales. Bajo los cuidados del doctor no tardaron los caídos en recobrar el conocimiento. Los camareros se encargaron de volver a poner todo en orden y de llevar una cama plegable para el polizón.

Éste, todavía aturdido, fue respondiendo a las preguntas del capitán:

—¿Por qué viajaba usted de polizón?

—No tenía dinero suficiente para el pasaje.

—¿Qué fin le trae a Shanghai?

—¿A Shanghai? ¡Ninguno! Lo mismo me da Shanghai que otro sitio cualquiera. Lo que deseo es encontrar un buen trabajo. Hablan tanto de que en algunos puertos de Asia se podía hacer dinero rápidamente, que me animé a salir de Chicago.

—¿A qué se dedicaba usted allí?

—He sido boxeador y, últimamente, *sparring* por falta de contratos. El boxeo está que da asco; sólo combaten los niños bonitos que tienen dinero para hacerse propaganda.

—¿Por qué tomó este barco? —continuó preguntando el capitán.

—El primero que se me vino a la cara.

—Y no se le ocurrió a usted más que meterse de polizón en primera clase. ¿Acaso no es de su alcurnia viajar en tercera?

—Como de todas formas no iba a pagar, era preferible meterme en un sitio aceptable. Si usted quiere, estoy dispuesto a trabajar en lo que sea.

—Dé gracias a que este señor —indicando a Richard Low— va a pagar el pasaje de usted, si no...

El polizón quedóse mirando fijamente al mestizo, sin comprender aquella inesperada e inmotivada ayuda. Low creyó necesario explicar:

—Yo también he viajado como usted, con menos suerte. Sé lo que es pasar malos ratos. Si realmente es honrado, y viene a estas tierras dispuesto a trabajar, este favor de ahora ya me lo devolverá algún día.

Poco después, el capitán se retiraba, dejando a Low, a Yugoff y a James Ward, el polizón, en la serie de lujo. Cerrada por dentro la puerta, Ward se apresuró a manifestar:

—Todavía no me explico por qué...

—Ni lo intentes, muchacho —repuso Low, tuteándole—. Cuando estemos en Shanghai, que será mañana, ya hablaremos. Ahora es muy tarde y hay que dormir. Tú y Yugoff dormiréis en este camarote.

¿LA MEJOR REVISTA INFANTIL?
LA QUE TIENE EN PREPARACION
EDITORIAL ROLLAN

II

SHANGHAI, LA CIUDAD DEL MAL



L estridente sonido de la sirena del barco despertó a Richard Low. La luz del día, blanca en extremo, penetraba a cataratas por la ventana. Desperezóse y se puso en pie, calzándose unas ligeras sandalias. El pijama no llevaba bordados, sino que era de un azul suave y liso. Asomóse al exterior.

De veces anteriores conocía ya él aquellos parajes. Apenas si avanzaba el barco por el río, corriente arriba, entre juncos y champanes chinos y algunas motonaves ligeras. Un vaho caliginoso, ascendiendo de las amarillentas y cenagosas aguas del río, enturbiaba la visión de la lejana orilla, también amarillenta. El cielo

era claro, casi blanco, prometiendo el sol un día tórrido muy de aquellas latitudes.

Atravesando el cuarto-tocador, salió al saloncito. Yugoff y Ward estaban todavía acostados, pero despiertos, fumando y charlando.

—Yugoff, cuando yo me arregle, que pase este muchacho a bañarse. Que se ponga alguno de mis trajes y se afeite —y dirigiéndose burlonamente a Ward—: A no ser que quieras continuar con esa barba. Puedes estar seguro de que ahí no te pizarán los mosquitos.

Una hora más tarde, los tres hombres estaban arreglados y vestidos. James Ward había cambiado por completo con el afeitado y un traje color crema, perteneciente al mestizo. Los dos venían a tener la misma estatura y amplitud de hombros. Ward era más joven, también muy fuerte y con el pelo negro, pero rizado ligeramente. Low le inspeccionó, asegurando:

—Tienes *facha*, muchacho. Creo que podremos sacar partido de ti.

—No comprendo, señor Low.

—Es bien sencillo, Ward. Has tenido la suerte de caer conmigo. Yo poseo muchos negocios y necesito gente inteligente, bien presentada y audaz. Recibirás un sueldo que nunca soñaste y...

—¿A cambio de qué? —preguntó el joven un poco receloso.

—A cambio de tu trabajo. Tengo negocios sanos y respetables, otros menos sanos, pero más beneficiosos. Según el que elijas, así cobrarás.

—Yo no robaría ni mataría por todo el oro del mundo. No digo que sea un santo, pero...

—No tendrás que robar ni matar. Por ejemplo, supongamos que aceptas ser un hombre de mi escolta personal. Tengo muchos enemigos. Y supongamos que alguno quiere quitarme de en medio con una ráfaga de balas. ¿Qué harías tú?

—Si ellos atacaban primero, responderle con los mismos argumentos.

—¡Eso es! No creas que todos los días estamos de pelea ni muchísimo menos. Lo que ocurre es que en Shanghai, con tanta Policía como tiene, una vida vale bien poco. Shanghai nació maldita y morirá maldita. Se levantó sobre el fango al amparo de los cañones ingleses, se nutrió del degradante comercio del opio y dio

cobijo a fieras humanas, a seres sin alma que chuparon con avidez la miseria y el sudor de los chinos para enriquecerse. Olvida América, y trata de hacerte a la idea de penetrar en otro planeta. Shanghai es crisol de razas muy distintas, de hombres muy diferentes; pero es un crisol que nunca logrará amalgamar productos tan distintos, y un día, no muy lejano, estallará, haciendo mil pedazos a sus moradores. Hemos de procurar que no nos coja a nosotros dentro.

Low, conforme hablaba, se había ido excitando, revelando una visión certera del veneno que encerraba la atrayente y repelente ciudad de Shanghai. Hasta el mismo oso ruso de Yugoff miraba a su jefe con admiración; Ward comprendió que Richard Low no era un hombre común.

Sonaron unos golpes en la puerta de entrada, y Yugoff abrió. Eran los empleados del puerto, que habían subido a bordo para revisar los pasaportes. Temblaba levemente la mano de Ward al entregar su documentación, mientras Low charlaba afectuosamente con uno de los recién llegados, indicando conocerse de antiguo. La revisión no presentó ningún obstáculo.

Poco después desayunaban, y más tarde salían a cubierta. El río aparecía más estrecho, y sus aguas, siempre turbias, eran surcadas por barquitos a vapor y otros a vela. Al frente, distinguíase las majestuosas naves de guerra y detrás las altas chimeneas de las fábricas y los blancos rascacielos reverberando al sol.

Los camareros corrían de un lado a otro con maletas, y los pasajeros mostraban el peculiar nervosismo de la llegada al punto de destino. El sol calentaba de más en más.

Richard Low contemplaba con mirada indolente el estado febril del pasaje, con esa mirada de hombre que ya está de vuelta en la vida, de eterno viajero que ha visto muchas tierras y conocido muchas costumbres y visto muchos *adioses* y bienvenidas, aunque para él hubiesen sido escasísimos aquéllos y rarísimas éstas. Vestía un traje blanco de inmaculada seda de

Chan-Tung,

zapatos también blancos, corbata color perla y calcetines de igual color. Cubría su cabeza con un impecable panamá, de factura elegante.

Separóse de sus acompañantes, con pasos elásticos, para

aproximarse a una mujer de larga cabellera rubia y de cuerpo esbelto, ceñido por un delicado vestido color malva, con calados. Estaba de espaldas.

—¡Buenos días, señorita Meyer! —saludó él en francés, quitándose galantemente el sombrero, mientras sus ojos sonreían—. ¿Ha visto cómo todo llega en esta vida? ¡Ahí tiene Shanghai! La ciudad que usted ansia conocer y que yo me atreví a aconsejarle no conociera.

Volvióse ella, sorprendida, y al ver al mestizo mostró unos dientes perfectos, entreabiertos los labios, jugosos como fruta madura. Era bellísima, poseyendo sus rasgos el atractivo de las fisonomías femeninas nórdico europeas: boca grande, nariz corta con aletas vibrátiles a la menor emoción, y pómulos destacados, formándosele en las mejillas unos hoyuelos deliciosos. El rojo cinturón le marcaba el talle. Era una mujer maravillosa, con vida en sus pupilas ambarinas, y con vida en su piel nacarada, y en sus movimientos pletóricos de gracia felina.

—¡Buenos días, señor Low! —repuso ella, también en francés, con voz melodiosa—. ¡Al fin, Shanghai! ¿Por qué pone usted ese gesto? ¿Va a repetirme que no es una ciudad apropiada para mí?

—Para nadie, señorita Meyer; para nadie puede ser bueno como morada, el cubil del vicio y del deshonor. Opio, juego, crímenes...

—¡Qué trágico es usted! —exclamó ella, sonriente—. Entonces, ¿por qué ha vivido usted aquí tanto tiempo, según me ha contado?

Una nube de tristeza veló durante un instante los acerados ojos del mestizo, al decir tras una pausa y en tono quedo, tan bajo que apenas ella lo oyó:

—Porque el hogar de las fieras es justamente el cubil.

Con esa cualidad tan apreciable en las mujeres, para variar de conversación cuando les conviene, la señorita Meyer comentó:

—Me he enterado de su... disgusto de anoche con el señor Giroux. ¡Cuánto lo siento! Estuve buscándole después por cubierta, y no le encontré.

—¡No tuvo importancia! —aseguró él con voz firme, casi indiferente, pero los nudillos de su mano derecha palidieron al apretar el sombrero. Y luego, adoptando un tono jovial, preguntó—: Y ¿para qué me buscaba usted?

Era arrobadora la expresión de ella, al declarar, bastante

confusa:

—Para... para consolarle. Creí que usted estaría sufriendo. Son pocos los días que nos conocemos, solamente de este viaje, pero sé que en usted hay...

—En mí no hay nada, señorita Meyer —afirmó él con amargura—. Si hay algo es sequedad, dureza. Un pedregal y yo somos hermanos gemelos.

Hubo una larga pausa en el diálogo. Alrededor, llenando el ambiente, la algarabía de los viajeros, frases pronunciadas en veinte idiomas, el ruido de las cadenas, y el griterío de la heterogénea multitud que aguardaba en el muelle, agitando pañuelos y sombreros.

Nuevamente cambió ella de conversación.

—¿Dónde me aconseja que me hospede, señor Meyer?

—¿Cómo dice? ¡Ah, sí; perdone! Pues... el mejor sitio es el Hong Kong Hotel. Yo vivo allí. Si quiere puedo llevarla en mi coche; me estarán esperando ahí abajo.

—No, gracias; quiero ir en un cochecito de esos que van tirados por un chino, en un *rickshaw*.

—Como usted guste. Recuerde: Hong Kong Hotel, en Peking Road. Mejor sería que viniese usted en mi coche: se ahorraría de ver toda la miseria del pueblo chino en contraste con la opulencia de los blancos. Hay cosas que una joven no...

Fue interrumpido por la llegada de una mujer alta, de unos cincuenta años, enjuta como una vid, de expresión seria. Con una inclinación el mestizo saludó:

—¡Buenos, días, señora Griene!

—¡Buenos días, señor Low! —Y dirigiéndose a la joven, le comunicó—: Ya está todo listo, señorita Stella; en cuanto echen la pasarela podremos bajar. Convenía salir de los primeros...

Tras la promesa de verse más tarde en el Hong Kong Hotel, las dos mujeres se alejaron, en dirección a la preparada pasarela, pues el barco había atracado al muelle. Low se quedó contemplando a la joven, con una fijeza extraña en sus ojos, como si quisiera clavar eternamente en su retina la delicada figura. Ward, unos pasos más atrás, observaba, por el contrario, el desconocido espectáculo que presentaba el muelle. Un abigarrado colorido de vestimentas: el azul de los *coolies* chinos destacando fuertemente sobre los trajes

níveos de los europeos, a su vez mezclados con las ricas tonalidades de los kimonos japoneses. Rostros angulosos, unos; redondos, otros; ojos oblicuos de mirar misterioso, movimientos con distinto módulo de cortesía.

Y como elemento predominante la indescriptible algarabía de palabras desconocidas, pertenecientes a diferentes lenguas de muy distintas raíces.

—¿Qué le parece, Ward? —preguntó Yugoff al joven, en voz baja.

—¡Una maravilla! ¡Algo que nunca había visto!

—¡Hombre, me alegra que coincidamos! ¡Eso mismo digo yo: una maravilla! ¡Sin comentarios! El jefe la tiene ya medio conquistada.

—¿Cómo?

—¡Lo que te estoy diciendo, muchacho!

—¿Es posible que...? Por lo poco que he visto, deduzco que el señor Low es hombre de dinero, pero de eso a tener medio Shanghai conquistado...

—¿Qué estás diciendo, muchacho? Sí me refiero a esa rubia que acaba de...

Ward se echó a reír a carcajadas, con toda la fuerza de la juventud. Al principio, Yugoff puso un gesto hosco, más terminó estremeciéndose toda su corpulencia ante la gracia del equívoco, coreando al joven en su risa. Extrañado, Low se volvió a preguntar:

—¿Qué sucede?

—Nada, nada jefe. ¡Este Ward que tiene cada golpe...!

A partir de aquel momento, el gigantesco guardaespaldas ruso miraría al joven norteamericano como cosa suya. Ward y él se llevarían más de veinte años de edad.

A través del aluvión de pasajeros que descendían de la nave al muelle, avanzaba, a contracorriente, un individuo de baja estatura, facciones netamente latinas y pelo muy negro y muy rizado. Profería maldiciones en italiano, con plena desfachatez: demostrando su plebeya educación. Low le salió al encuentro.

—¿Qué hay, Luigi?

—¡Bienvenido, señor Low! ¿Ha sido bueno el viaje, jefe?

—No mal del todo. Pregúntaselo a Yugoff.

El ruso palmoteó la espalda de Luigi, que a su lado parecía un

pigmeo.

—¡Hola, Luigi! ¡Ya era hora de que aparecieses; llevamos dos horas achicharrándonos en esta maldita cubierta! Anda, agarra las maletas: bastante tiempo las he llevado yo por esas tierras de América ¡Ve abriendo paso!

Siguiendo al italiano, descendieron del barco y fueron atravesando el gentío, maloliente y vocinglero, que parecía no saber otra cosa más que gritar, abrazarse y hacerse reverencias, si se trataba de orientales.

Salvada la Aduana, sin que siquiera les registrasen las maletas, se aproximaron a un coche color guinda y de profusos niquelados. Yugoff iba el último, mirando a un lado y a otro, con la mano puesta en el pecho, a dos dedos de la culata de su pistola oculta bajo la chaqueta.

Junto al coche, un chófer vestido con uniforme y gorra en mano, se adelantó a dar la bienvenida a Low. Era un hombre de pelo rubio pálido, de origen inglés a todas luces, de expresión rígida, con unas profundas ojeras reveladoras de la afición al alcohol o a las drogas.

—¡Hola, Tony! ¿Sin novedad? —le preguntó afablemente el mestizo.

—¡Sin novedad, señor Low!

Low, Yugoff y Ward se acomodaron en el asiento posterior, lo suficientemente amplio para los tres, y Luigi, el italiano, sentóse en el *baquet*, junto al chófer.

—¡A casa, Tony! —fue la orden.

El chófer puso el coche en marcha. Pronto salieron del malecón y rodaron por la amplia y moderna avenida del Bund, adelantando a los ligeros cochecitos arrastrados por *coolies* con el pecho desnudo.

Ward observaba la magnífica arteria de Shanghai y realmente no encontraba gran diferencia con una gran ciudad del Occidente: rascacielos, tranvías, autobuses, flamantes coches de marcas americanas y un cuidado tráfico, regido por corpulentos agentes de Policía, que Yugoff aseguró lee llamaban *sikbs*.

Low parecía ensimismado, ausente de cuanto desfilaba ante sus ojos.

Súbitamente la voz de Luigi les electrizó al decir:

—¡Quietas las manos o tiraré a matar!

El italiano, con una sonrisa conejuna en los labios, les estaba encañonando con un revólver de grueso calibre, desde el asiento delantero, de espaldas al tablero de conducción, y mantenía el arma disimulada por el sombrero, a fin de que no se la viesen desde el exterior en cualquiera de las paradas del tráfico.

La reacción de los tres hombres sentados atrás fue diferente: Ward, sorprendido en sumo grado, miró a Low, que conservaba su faz pétrea mientras los ojos le brillaban extrañamente, indicando la prodigiosa velocidad a que estaba trabajando su cerebro. Yugoff fue el que explotó, pero sin mover las manos:

—¿Qué diablos pasa aquí, Luigi? ¿Te has vuelto loco?

—*¡Magna i piscetti!* ¡No estoy loco, Yugoff! ¡Y no se te ocurra hacer una de las tuyas porque te clavo ahí mismo! ¿Quién es este *bambino*? —Refiriéndose a Ward.

Contestó Low, imperturbable en apariencia, inmóvil como una estatua:

—Un amigo nuestro, un amigo del barco, que iba a hospedarse en el hotel. No tiene nada que ver con nosotros; sería mejor que se le dejase por aquí.

—Eso lo decidirá el jefe.

—Si no me equivoco el jefe tuyo soy yo, Luigi —advirtió Low con voz muy suave, olvidando el agujero negro del arma.

—¡Eso pasó a la Historia, Low! Ahora manda Maddock. Tu jefatura ha terminado, Low; todos los muchachos están con Maddock. ¡Ganaremos más dinero!

—Con el opio, ¿no?

Con el opio. Tu manía de no querer meterte en esos negocios te ha perdido.

—¿Adónde nos lleváis ahora? —preguntó Low, en su mismo tono bajo de voz, al ver por las ventanillas que dejaban atrás y a la izquierda la bocacalle de Peking Road.

—A dónde está Maddock esperando.

—Eso me tranquiliza. También yo tengo muchos deseos de verle.

—Mejor sería que no los tuvieses, Low —anunció Luigi con una risita canallesca en su morena cara.

—¿Le habéis hecho algo a Hokkata?

—¿A ese viejo chocho? ¡No! Hasta ahora, no.

Hízose el silencio dentro del coche. Pasaron por el puente

tendido sobre el Soochow, y continuaron a lo largo de Woosin Road. Ward empezó entonces a conocer parte de la vida en Shanghai. Harapientos y ulcerosos chinos desfilaban a su derecha, aun cuando se encontraban todavía en la Concesión internacional. Adivinaba que al final de aquel viaje esperaba la muerte, bastaba con ver la expresión siniestra de Luigi, pero no obstante sentíase atraído por el ambiente de la ciudad, chocándole en extremo las carreras de los *coolies*, arrastrando en sus ligeros carritos a obesos chinos de vistosas y recamadas túnicas. Por todas partes, letreros en diferentes idiomas, y faroles de formas caprichosas con leyendas en signos asiáticos, de complicados rasgos.

La realidad de la situación le obligó a buscar una salida a aquella encerrona, y en uno de los vaivenes del vehículo, puso los músculos de la pierna en tensión, a fin de abalanzarse audazmente sobre el italiano. Una mano le apretó el muslo, con la fuerza de una zarpa. Era Low, sentado en medio, que le contenía, sin necesidad de mirarle, ni cambiar de postura aparentemente.

A continuación, los sucesos se desarrollaron a velocidad de vértigo.

—¡Cuidado, Tony, que nos estrellamos! —gritó angustiosamente Low, mirando al frente.

Y Luigi cayó en la trampa, apartando por un instante su vista de los amenazados para mirar atrás. Con la rapidez de sierpes, se deslizaron las manos de Low y de Yugoff. Sacó primero el mestizo la pistola de su sobaquera y el proyectil fue a clavarse en la mano armada del italiano. Yugoff incrustó su bala unos segundos más tarde, pero en el cráneo de Luigi, que nunca sabría cómo pudo ocurrir todo aquello. La reacción de Ward fue pronta y audaz. Saltando por encima del cadáver de Luigi, cayó en el *baquet*, tras arrebatárle de un tirón el revólver. Con el arma empuñada, amenazó en inglés al chófer:

—¡Para aquí mismo!

Tony, cometió la estúpida equivocación de llevarse la mano al bolsillo: Su razón había sido desbordada por la celeridad de los acontecimientos. El ruso le acercó la pistola a la nuca y apretó el gatillo, con una sangre fría espantosa.

—Mal hecho, Yugoff.

El coche comenzó a hacer eses como si estuviese borracho.

Sereno, Ward se hizo con los mandos y pisó a fondo el freno. Chirriaron los neumáticos sobre la calzada. Estaban casi esquina de Haining Road, un lugar de poco tránsito y con ningún policía a la vista.

—¡Ponte al volante, Yugoff! —Mandó Low—. Cambia la matrícula, y a casa enseguida.

Echando pie a tierra, el ruso obedeció las órdenes, y apretando un botón en el tablero, consiguió que si alguno de los viandantes había oído los disparos o visto las extrañas trayectorias del automóvil, despistase después a la Policía al dar un número falso. Se trataba de un ingenioso mecanismo ideado por Low, consistente en quitar algunas de las cifras de la matrícula de su coche, suplantándolas mecánicamente por otras totalmente falsas.

Poco después, entraban en Haining Road; el coche regresaba al centro de la ciudad. Los dos cadáveres iban doblados a los pies de Ward, que no podía reprimir una molestia creciente.

Volvieron a atravesar el Soochow por el puente tendido al final de la calle Honan y desembocaron en Peking Road. Ward vio a la izquierda el gran rótulo del Hong Kong Hotel, pero el coche no se detuvo, sino que dobló la esquina, deteniéndose frente a un gran portalón, en Kwangse Road. Tres veces pitó el *klaxon*, y las grandes puertas se abrieron, apareciendo en el umbral un chino, vestido a la europea.

—Ojo avizor, Yugoff —advirtió Low, con la pistola empuñada dentro del bolsillo de la chaqueta—, ¡por lo que hemos visto, vamos a entrar en un nido de víboras, a pesar de ser el nuestro! Tú, Ward, no sueltes ese revólver y protege los costados. Tira solamente a herir, si ves algo sospechoso. Yugoff siempre se extralimita al apretar el gatillo.

Pasó el automóvil al interior, un gran *garaje* donde había otros coches. El chino de la entrada se inclinó ceremoniosamente al ver a Richard Low, y después volvió a cerrar las puertas. Echaron pie a tierra.

—¡Ven aquí, Shen!

El chino obedeció sumisamente.

—¿Hay alguna novedad?

—¡Bienvenido, señor! ¡No, señor!

—¡Abre la nave de la izquierda, y le entregas ahora la llave al

señor Yugoff!

El ruso introdujo el vehículo en la nave indicada, y él mismo se cercioró de que la metálica reja quedaba bien cerrada, guardándose a continuación la llave.

El chino les llevó hasta un ascensor, que se puso en movimiento a gran velocidad. Ward dedujo que se trataba de un ascensor particular de Low. Transcurrió relativamente un largo rato hasta que se detuvo.

—¡Atención ahora, muchachos! —aconsejó el mestizo, sin sacarse la mano del bolsillo.

Salieron a un largo y amplio corredor, suntuosamente decorado con tapices chinos y pinturas japonesas, a más de estatuillas colocadas con gusto entre plantas exóticas y peceras de cristal. Dos jovencitas chinas, de piel marfileña y cuerpos flexibles bajo el rameado chaquetón y los pantalones, quedaron mudas en su parloteo plegado de tonos ricos en matices al ver al dueño de la casa. Con una rendida inclinación, quedaron así, la vista fija en el suelo.

—¿Quién hay aquí? ¡Pronto!

Una de ellas, sin osar levantar la mirada y sin perder la gracia de su reverencia, contestó con voz dulce y armoniosa como el gorjeo de un pájaro, en lenguaje chino.

Dirigiéndose a Yugoff. Low tradujo:

—Sólo están Shia y Hokkata, y las otras doncellas. Tampoco está Flor de Loto.

—¡Esto es un cementerio, jefe! —comentó el ruso con un gruñido, y mirando casi con piedad al mestizo—. Flor de Loto también se ha ido. ¡A ese Maddock voy a...! ¡Maldito traidor!

—¡Me lo esperaba! Los seres humanos se amamantan de cobardía y traición —aseguró Low con un gesto de tristeza en sus oblicuos ojos. Y cambiando de tono, ordenó secamente, pasado el momento de debilidad—: Vete con Ward, y buscad a Shia. Después registraréis todo el piso. Si encontráis a alguien más, avisadme, estaré con Hokkata.

Y sin sacarse la mano del bolsillo, avanzó a lo largo del corredor, cuya pared derecha era una completa cristalería con vistas a los tejados de Shanghai, que quedaban muy bajos. Llegado a la última puerta, la abrió con toda clase de precauciones. No había nadie

dentro. Era una salita a modo de biblioteca y despacho, a juzgar por sus muebles, y estanterías con libros; todo ello a estilo europeo.

La estancia contigua era una alcoba de suelo abrillantado con *ningpo*, de muebles suntuosos y una cama baja de enormes dimensiones. El gran armario ropero fue revisado por Low, como también la última habitación, un cuarto de baño, todo esmaltado en negro con ribetes blancos.

Momentos más tarde, el mestizo salía de sus habitaciones particulares. Había abandonado su vestimenta europea por un largo y amplio kimono japonés, de color gris plomo, confiriéndole esta prenda una apariencia extraña, opuesta a la anterior; era su transformación tan notable, que recordaba a los antiguos samuráis pintados por el famoso japonés Kama.

Recorrió el ala de la izquierda, siempre con la mano derecha entre los pliegues de la ropa. Llamó con los nudillos a una puerta. Una voz le invitó a entrar. Una amplia estancia, a media luz —velado el hueco de la ventana por un espeso mosquitero—, cubierto el suelo con una esterilla, y sentado sobre unos cojines un japonés de avanzada edad, con el cabello todo blanco, y de rasgos de asceta, enjutos y marcados, sobresaliendo la agudeza del descarnado mentón. Vestía una bata de pelo de camello y en aquel momento se ocupaba en prepararse el té. Sus manos largas y delgadas, se movían suavemente al echar agua hirviendo en un recipiente lleno de té pulverizado.

Low se inclinó hasta tocar con las palmas en la esterilla, en señal de saludo, a la vez que decía:

—La Fortuna sea contigo, maestro.

—Bienvenido seas, hijo. Toma asiento, Tokira.

El anciano continuó removiendo el líquido con un batidor de bambú. Low, sentado enfrente, aguardaba con la calma de los orientales, aun cuando su deseo era preguntar cuanto antes. Se fijó en la mesita para el opio, con varias bolas en una escudilla, la larga pipa, la aguja de arrancar las cenizas, y la lamparilla, ahora apagada. Junto a la ventana, una columna de madera sostenía una pecera, donde los negros *cyprins* se movían con sus grandes colas en abanico. Sobre las paredes pinturas de la época Song; en un rincón unas macetas con diminutos cactus, y al fondo, un Buda de la dinastía Wei. El fénix azul Chardin figuraba a la derecha. La

estancia era una tumba por el silencio reinante —seguramente con los muros aislados por planchas de corcho— y respirábase allí un recogimiento solemne.

Habló primeramente el anciano, con voz grave que le brotaba de lo más hondo del pecho; ya tenía servidas dos tazas de té.

—¿Ha tenido fortuna tu viaje, Tokira?

—Sí, maestro. He concertado la compra de armas, a buen precio y con plenas garantías de ser servidas. La primera expedición estará aquí antes de una semana. Los norteamericanos son buenos hombres de negocios: no pierden el tiempo. ¿Qué ha ocurrido aquí, durante mi ausencia? ¿Por qué no me avisaste, Hokkata?

El anciano japonés, conservando su faz impenetrable, comenzó a explicar:

—Ya sabes que no salgo nunca de esta habitación, mientras el mundo sigue rodando. Ayer tarde, una de las doncellas entró a decirme que había escuchado una conversación de Maddock con los demás hombres a tu servicio. Hablaban de ti, se habían enterado del telegrama en que me anunciabas tu regreso, y planeaban la huida general. Entonces, llamé a Flor de Loto; ella siempre te había querido. La interrogué y, apenas empezó a explicarse, me di cuenta de que también estaba complicada. Mis preguntas la debieron hacer sospechar, porque al rato entraba Maddock, amenazándome si no les revelaba el lugar donde guardas el dinero que tienes en casa. Les convencí de que no lo sabía. A partir de entonces, me tuvieron vigilado; no pude enviarte un radiograma al barco, avisándote. No hará media hora que se marcharon de aquí. He temido por tu vida, Tokira, y al verte he sentido una gran alegría.

Low le contó sucintamente lo ocurrido desde el desembarco, y terminó preguntando:

—¿Por qué me han traicionado? ¿Qué más podían esperar de mí? Ganaban cuánto querían, sin tener que robar ni matar.

—Maddock siempre te ha envidiado y odiado, y lo que es peor, despreciado. Él es europeo, de la engreída raza blanca, y sufría por estar a tus órdenes. Éste es el verdadero motivo. Aprovechó la ocasión de tu ausencia de estos dos meses, para ir minando a los demás, hablándoles de las enormes ganancias que podían obtenerse con el comercio ilícito del opio y con la trata de mujeres. Le fue fácil la tarea: todos ellos son la hez de la Humanidad, vinieron a

Shanghai porque la justicia les perseguía en sus países. Era loco esperar de ellos honor y hombría. Vinieron hambrientos y comieron tu arroz y hasta te lamían las manos, pero en el fondo te odiaban.

—Yugoff mató innecesariamente a Tony; podíamos haberle arrancado el lugar donde se esconde Maddock.

—Si Yugoff hubiese estado aquí, en vez de acompañarte, también te habría traicionado. Es ruso y su exagerado pietismo le conduce a la locura. Seguirá siéndote fiel, mientras no le agarren los otros y le convenzan de que servirte es rebajarse.

—No me gusta del todo; parece estar poseído por una manía homicida. En el viaje de regreso he encontrado a un muchacho norteamericano que promete mucho, y lo primero que me dijo es que él no quería robar ni matar.

—Te hará falta gente para luchar y aniquilar a Maddock. Él está dispuesto a acabar contigo, en cuanto logre apoderarse de tu dinero. Podías ayudarte con cualquier banda de chinos...

—¡Eso, de ninguna forma! Son gente sin entrañas. Yo mismo me encargaré de eliminar a Maddock, y la conspiración habrá acabado.

—Estás equivocado, Tokira. Las noticias que tengo son de que una mano oculta dirige un ataque general contra ti. Alguien alentó a Maddock a rebelarse. Además, hace dos días estuvo aquí el jefe de Policía de la Concesión Francesa, Duprés, y dejó dicho que fueses a verle en cuanto regresases. Tengo informes de que la Cámara de Comercio Internacional te ha puesto la proa, y todas tus mercancías son detenidas en el puerto con distintos pretextos. Mucho me temo que tu secretario no esté comprado. Han bajado bastantes enteros todas las acciones de las empresas en que tú tienes mayoría. Alguien muy inteligente ha decidido echarte de Shanghai, Tokira.

—No lo conseguirán —aseguró Low, con todos los músculos de la cara en tensión—. ¡Me defenderé! Tengo dinero suficiente para comprar la conciencia de todos estos funcionarios advenedizos. Se equivocan si creen que podrán acorralarme. Podrán quitarme todo, dejarme desnudo, pero mientras tenga vida, tendré dientes para morder y uñas con que defenderme. Tú conoces mi vida: estoy acostumbrado a todo. He sido *coolie* durante mucho tiempo y sé lo que es la mordedura del hambre y el acíbar de las humillaciones. Mi vida no ha sido más que una cadena de sufrimientos, desde que nací. Bien lo sabes tú, Hokkata, que fuiste el único que me tendió

una mano cuando niño.

Despedían chispas los ojos de Low al hablar, aun cuando sus facciones continuasen rígidas.

—El sufrimiento es la afirmación de la vida, Tokira —dijo Hokkata, lenta y suavemente—. Te has hecho poderoso gracias al dolor. Cuando naciste del vientre de mi hermana, los hados presagiaron la desgracia para ti. Has sabido vencerla, has luchado contra tu propio destino, porque eres inteligente y tienes voluntad de poder. Continúa por ese camino, y si desfalleces, no busques consuelo en los humanos, búscalo en el opio, como hago yo.

—¡No fumaré nunca opio! ¡Odio el humo que aniquila a los hombres, bajo la máscara de un consuelo o de un placer! Permito que tú lo fumes, pues eres tú.

—El opio es un mundo distinto, Tokira; lo desconoces y por eso hablas así.

—Yo vivo en este mundo, y en este busco la calma y, si fuese posible, la felicidad. Me encuentro solo, ¡siempre estuve solo! No encuentro a nadie que me quiera por mí mismo, sea como sea, bueno o malo, pobre o rico, victorioso o fracasado, enfermo o sano. Cuando me arrastraba por las calles, no recibía más que puntapiés; después, sonrisas y halagos, pero falsos, repugnándoles en su interior tener tratos con un mestizo. Me desprecian los amarillos y me escupirían los blancos si no necesitasen mi dinero. Desde que nací llevo en mí la maldición. La otra noche ocurrió la última afrenta ¡Me llamaron *mestizo*! ¡Me insultaron porque se creen superiores, pero yo, yo les demostraré que valgo más que ellos!

Ahora si había perdido Low su máscara. Era un hombre, un ser humano que sufría, aunque la educación japonesa le hubiese enseñado a aparentar estoicismo. Hokkata le miraba con aflicción mal disimulada. Preguntó:

—¿Averiguaste algo de tu padre, Tokira?

—Estuve en Detroit; fui a buscarlo abiertamente. John Tanner murió hace cinco años. Aunque él me engendrara, no fue mi padre. ¡No lo llores así, Hokkata! Tú no ignoras cuánto daño hizo a mi madre, a tu hermana, hasta que la pobre murió de tristeza al ver que él no regresaba en busca de ella y de su hijo. ¡Cómo iba a regresar, si se casó en Norteamérica al poco tiempo! ¡La japonesa sólo fue para él una diversión!

—¿Te diste a conocer a su familia?

—No la tenía. El murió, ya viudo, en la gran guerra, mandando un acorazado, en las costas alemanas. ¡Eso le ha salvado! Los vecinos que dieron estas noticias me dijeron también que había dejado un hijo, ausente de Detroit desde la muerte de su padre. Sabían que se había ido a vivir con unos tíos suyos a Nueva York. No me molesté en buscarle. ¿Para qué? ¡Bastantes preocupaciones tengo ya!

Hubo un largo silencio en la estancia. Hokkata lo rompió, notificando:

—La situación china va empeorándose. Las rebeliones aumentan y el Gobierno Central no sabe qué hacer para sofocar tanta sublevación. Nuestro Centro de Tokio ha enviado una felicitación para ti, por tu labor. Las armas americanas que estamos introduciendo en China, despistan al Gobierno Central. Sería conveniente que ahora metieses opio por todas partes, a bajo precio. Dentro de unos años, cuando el Japón comenzase la invasión genera se encontraría con enemigos débiles.

—¡No quiero hacerlo, Hokkata! ¡Eso corresponde a los ingleses, a los puritanos ingleses! Y si vendo armas a los chinos, es porque ayudo al Japón, pero noblemente; puesto que esas armas que hoy sirven para fomentar las luchas intestinas en China, mañana dispararán contra los japoneses.

—¿Estás loco, Tokira? ¡Tú patria es el Japón!

—Yo no tengo patria, yo no tengo familia, yo no tengo a nadie.

Sonaron impresionantemente las tres negaciones seguidas; Richard Low se puso en pie. Con los brazos cruzados y las manos escondidas en las mangas del amplio kimono, parecía una gigantesca estatua junto al insignificante anciano. Éste arguyó:

—Entonces, ¿yo no soy nada para ti?

—Respeto tu edad, tu sabiduría y tu parentesco conmigo. Pero si de niño me cuidaste, cuando eras profesor en la Universidad de Tokio fue por cariño a tu hermana, no porque amases al hijo nacido del pecado con un extranjero. Cuando fui mayor y salí del Japón en busca de una nueva vida, ni tú ni nadie intentó ayudarme o convencerme de que iba camino del sufrimiento. Luego, sí; al volver con dinero, fuiste bueno conmigo y me enseñaste muchas cosas necesarias. Te lo agradezco; por eso estás aquí, Hokkata. Pero no

olvides que yo no tengo patria, y que no deseo saber nada de política. Mi política es hacer dinero y extender mi poderío, hasta que el mundo me canse y me retire a cualquier lugar solitario, lejos de la Humanidad.

—Por mucho que desees huir, no huirás nunca de ti mismo, Tokira. Tienes miedo de ti mismo; te da miedo estar a solas contigo. Tienes el alma lo bastante enferma para despreciar todos los fines de la ambición. Te fascina el poder y, sin embargo, sientes miedo de la victoria, te atemoriza la vida.

—Te engañas, Hokkata —dijo Low, con acento no muy seguro—. Examina y totaliza todos los actos de mi vida. ¡Nadie ha hecho lo que yo!

—Has llegado a ser lo que eres: un hombre poderoso, pero no un dios, que es lo que tú persigues inconscientemente, para elevarte sobre los hombres. Has luchado como nadie, pero el motor que te impulsaba no era de signo positivo, tu labor no era constructiva: luchabas y resistías hasta lo infrahumano por un sentimiento de desesperación, algo que recuerda al soldado que realiza un acto heroico porque tiene una ametralladora que le está apuntando a la espalda.

Algo o mucho había de cierto en, las aseveraciones del anciano, pues Richard Low no arguyó más, sino que, inclinándose en una reverencia, salió de la estancia.

La fuerte luz de la galería y el pesado calor de aquellas horas, aunque los ventiladores eléctricos funcionasen, le trajo a la realidad del momento. Abrió una de las ventanas. Llegaron a sus oídos las notas desgranadas en el teclado de un piano: *Tristeza de amor*. Abajo, un jardín, toldos multicolores y fuentes en surtidor: el jardín terraza del Hong Kong Hotel. Vio desde la altura a los reducidos huéspedes que cruzaban bajo la arboleda, y a los camareros chinos. Aquello le trajo el recuerdo de una mujer. En la galería, sobre una mesita, había un teléfono; lo tomó.

—Póngame con la Dirección —una pausa de espera, y luego—: ¿Es usted, Newell? Soy Richard Low.

—Bien, gracias. Esta noche bajaré a ver las cuentas. ¿Se hospeda aquí la señorita Stella Meyer, inglesa?

—Atiéndala bien. Si el capitán del *Estrella de Oriente*, norteamericano, pidiese alojamiento, dáselo, gratuito; pero en la

cuenta de extraordinarios cárguenle el hospedaje. ¡Hasta la noche, Newell!

Al dirigirse a sus habitaciones particulares, una doncellita le preguntó si deseaba le sirviesen la comida.

—No; no voy a comer.

En aquel momento aparecieron Yugoff y Ward por el otro extremo del corredor, acompañados de un chino, con túnica. Éste, al ver a Low, le saludó con una reverencia que casi llegaba al suelo.

—Hola, Shia. Ya estoy enterado de todo. ¿Cómo no te fuiste con ellos?

—Sólo sirvo a un señor; no tengo más que un amo.

—Bien, Shia, lo tendré en cuenta. ¿Sabes dónde estará Maddock?

—No, señor. Delante de mí no hablaban, porque desde el principio sabían que no estaba con ellos.

—Yugoff, esta noche echarás al río a los del coche, con una pesa al cuello. No saldré de aquí hasta la hora de cenar. Que preparen una habitación a Ward y que vaya a mi sastre a hacerse unos trajes; por lo pronto, que se compre algunos hechos, y que me pasen la cuenta. Shen, que vigile abajo, y tú, no pierdas de vista la otra puerta de entrada. Seguramente querrán sorprendernos, después de su fracaso.



ATENCION, LECTOR:

EDITORIAL ROLLAN publicará

¡PARA TUS HIJOS!

UNA REVISTA INFANTIL DEL **F. B. I.**

III

FRENTE A MADDOCK



QUELLA misma noche, Richard Low salía de la gerencia del Hong Kong Hotel, y quedóse quieto unos momentos para encender un cigarrillo en la boquilla que había sustituido a la rota en el barco. Vestía de *dinnerjacket* blanco. Contestaba con una inclinación de cabeza y una sonrisa a cuántos huéspedes le saludaban en el gran lujoso *hall*, atravesado por *boys* y criados chinos. Su pensamiento aún estaba embebido en las cuentas presentadas por el gerente del hotel; Low no había encontrado ninguna cifra sospechosa, y los resguardos del Banco

atestiguaban que los ingresos seguían siendo cuantiosos. El hotel era uno de sus buenos negocios, y completamente legal.

Anduvo a lo largo del espacioso vestíbulo, cambiando frases de salutación con unos y otros. Los que no le conocían, se extrañaban de que un oriental osase convivir con los europeos, pero enseguida el vecino se encargaba de revelar al oído que Richard Low, aparte de ser el dueño del hotel, era de nacionalidad norteamericana, y uno de los hombres más ricos e influyentes de Shanghai. En la sala de baile, en el comedor y en el bar, tocaban música, cuyos acordes se unían a las conversaciones a las risas y a las pisadas prudentes y medidas de los mozos de servicio. Hotel internacional: cigarrillos y perfumes de todas las marcas, entre mármoles, dorados y cristal.

Transpuso la puerta del bar, cuya barra estaba aprovechada en todas sus pulgadas a aquellas horas. Unos divanes adosados a las paredes, luces indirectas, y en el centro una pequeña pista, donde bailaban unas parejas al ritmo de un piano.

—¡Buenas noches, señor Low!

Richard giró sobre sus talones: frente a él, un individuo alto, de buen porte y edad madura, con monóculo.

—¡Buenas noches, señor Duprés! Me dijeron que había estado usted a verme. ¿Un cigarrillo?

—¡Gracias! Sí, quería hablar con usted.

—¿Aquí o en...?

—Aquí mismo. Serán pocas palabras. Por los muchos favores que le debo, le aviso de la conveniencia de salir de Shanghai para siempre.

—¿Quién tiene interés en ello? ¿En la Concesión francesa o en la internacional? ¿Habla usted como Jefe de Policía de la Concesión francesa?

—No me haga preguntas, señor Low. Ya le he avisado; usted haga lo que quiera.

—¡Gracias, entonces! Pero dígame a quién sea, que no pienso salir de Shanghai. Nadie puede acusarme de nada. Me protege la bandera de los Estados Unidos, y es una bandera que abriga más que la francesa, pongo por ejemplo. ¡Buenas noches!

Y al dar media vuelta para alejarse de Duprés, tropezó con Stella Meyer, más bella que nunca y radiante de alegría. Richard dio gracias por el feliz encuentro: estaba necesitando de un antídoto a

tanto problema acumulado. Haciendo caso omiso del acompañante de la joven —un aventurero de poca monta—, se dirigió a ella:

—No ha cenado todavía, ¿verdad? ¡Acompáñeme! Necesito su consuelo. No gasté el que iba a darme la otra noche en el barco, y ésta lo necesito —y Low sonreía con un aire tan galante y se destacaba tanto del resto de los hombres, que ella aceptó, despidiéndose de su acompañante con una precipitada disculpa.

—¿Qué le ocurre, señor Low? —preguntó ella, mientras se dirigían al comedor, llamando la atención por la esbelta pareja que formaban.

—No, por favor, señorita Meyer. ¡No me haga preguntas! Hábleme usted, de sus cosas, de lo que le ha parecido Shanghai, de su tierra, de su familia, de lo que sea.

Durante la cena ella habló mucho, mezclando el francés y el inglés, refiriendo la vida que llevaba en Inglaterra como huérfana de padres ricos, de las rarezas de su señora de compañía, la señora Griene, y de que aún no había visto la maldad de Shanghai, anunciada por Low en el barco. Él la escuchaba, comiendo apenas, con verdadera complacencia, recreándose en la maravillosa belleza de la rubia joven y sumergiéndose en el estanque acariciador de sus pupilas ambarinas. Súbitamente la interrumpió:

—¿Cuántos años tiene?

—Veintisiete, y conste que no miento —aseguró Stella, adornándose con una sonrisa cautivadora.

—¡Una cría, a mi lado! No debía usted andar sola por el mundo.

—¡Me está usted ofendiendo, señor Low! —bromeó ella—. Desde que murió mi padre no he hecho otra cosa que viajar, y nunca me ha sucedido nada.

—¡Shanghai es diferente! Tenga cuidado con las amistades que hace.

—Entonces, tendré que guardarme de usted. ¡No sabe la fama que tiene!

—¿Ya le hablaron de mí?

—Cuando me recomendó usted este hotel, no me dijo que era suyo. Y apenas llegué, ya se encargaron unos y otros de hablarme de usted, de su dinero, de sus conquistas...

—¡Bah, exageraciones! Los que se hospedan en estos sitios se aburren mortalmente si no murmuran. A pesar de eso, ¿no le

importa sentarse a cenar conmigo?

—No me da usted miedo, señor Low. Ha sido usted correcto desde el primer día, como ninguno de éstos lo hubiese sido con una mujer joven y sin acompañante masculino.

—La señora Griene vale por dos hombres —aseguró él, sonriendo—. No hay más que ver las manos y los pies que tiene.

—Es muy buena persona; la tengo a mi servicio desde hace cuatro años y sabe cumplir con su cometido. Ahora está durmiendo.

—Debiera usted imitarla dentro de poco.

—¿Y perder una noche? ¡No! Deseo conocer la ciudad de noche; me han dicho que tiene muchos encantos.

—No se fié de lo que le digan, señorita Meyer; y menos de un individuo como ese que le acompañaba. La llevarán a fumaderos, a *cabarets* y a lugares de perversión, de los que sólo obtendrá disgustos.

—¡Me asombra usted! Ya sé que le gusta filosofar, pero no tiene usted tipo de moralista. Creí que su filosofía era solamente teórica, por *pose*.

—En mi vida no hay *pose*, no la ha habido nunca ni podrá haberla. Hechos y realidades concretas, ésa es mi *pose*. Si usted se enterca en conocer la ciudad de noche, me ofrezco como acompañante; no saldrá usted perdiendo. Esperaremos a que pasen dos horas. Entre tanto, podemos bailar.

Llegó la medianoche y aún bailaban Stella y Richard. La animación era general, pues a los huéspedes del hotel se unían los personajes más influyentes de la ciudad. Stella se dejaba ceñir por el fuerte brazo del mestizo, que la llevaba con la soltura y facilidad de un danzarín profesional. Levantando su adorable rostro para mirarle, le preguntó:

—¿Hay algo que usted ignore, señor Low? ¡Ya que usted no me lo dice, como hacen todos, le diré que baila usted muy bien! ¿Qué es lo que usted no sabe?

Low sonrió enigmáticamente, y enigmática fue su respuesta:

—Lo sé todo y no sé nada. Y no se extrañe de que no la dirija ningún cumplido, llamándola: Pétalo de Rosa o Beso de Rocío, como la llamaría un oriental. No me gusta halagar ni que me halaguen.

—Toma usted todo demasiado trágicamente.

—Tragedia y vida son sinónimos.

Cesó la orquesta de tocar y las parejas comenzaron a regresar a sus mesas; Stella y Richard volvieron a la suya, sobre la que se erguían esbeltas copas; en una mesita auxiliar, el cubo niquelado con hielo y dos botellas de champán. Apenas tomaron un sorbo, cuando uno de los *boys* se aproximó al mestizo, con un teléfono portátil en la mano.

—Desean hablar con usted, señor Low —anunció el *botones* respetuosamente, enchufando después el colgante cordón en una disimulada clavija.

—Perdone, señorita Meyer —se disculpó el mestizo, preguntando a continuación por el aparato—: ¡Diga! ¿Quién es?

Era la voz de Yugoff, anunciándole desde el penúltimo piso del rascacielos que había noticias interesantes sobre «nuestros antiguos amigos».

—Enseguida subo.

Hizo señal al *boy* de que se llevase el aparato. Y dirigiéndose a la joven, le comunicó que sentía tener que abandonarla.

—No es usted hombre de palabra, señor Low. Prometió llevarme por ahí.

—Crea que lo lamento. Es un asunto de suma importancia. Un cliente mío que se marcha mañana al amanecer. ¡Mañana cuente conmigo!

—¡Mañana! Sólo Dios sabe quién vivirá mañana —bromeó ella.

—No sea tan pesimista. Le aconsejo que se vaya a dormir.

—¡Oh, no! ¿Sabe lo que me gustaría hacer, si usted me abandona? ¡Jugarme unos dólares! Vamos, acompáñeme hasta la sala, y díglele al *croupier* que soy amiga de usted.

Él se echó a reír, hechizado por la desenvoltura graciosa de la mujer.

—Aquí no se engaña a nadie, señorita Meyer. La ruleta no tiene trampa; ya se encargan los inspectores de examinar la mesa cuando menos lo esperamos.

Saliendo de la sala de baile, entraron en un salón de enormes proporciones, con grandes arañas de cristal pendiendo del techo y diferentes mesas de juego diseminadas. La concurrencia era mucha, sobre todo alrededor de la ruleta. Consiguieron llegar a situarse frente al *croupier*, que apenas vio al «amo» adquirió el

envaramiento natural del subordinado. El mestizo tendió al cajero un billete de cien dólares para que se lo cambiasen por fichas.

—¡Eso no vale, señor Low! —protestó ella—. He de jugar con mi dinero.

—No se preocupe; como de todas formas se quedará en mi poder... —comentó él humorísticamente—. Y, ahora, le doy un consejo, señorita Meyer: Cuando llegue a mil, retírese con las ganancias. No hay que forzar demasiado la suerte.

Despidióse de la joven. Ella le devolvió la mirada, fascinada por los misteriosos ojos del mestizo.

Éste se dirigió hacia el ascensor general, colocado en el nacimiento del vestíbulo, pero antes entró en una de las cabinas telefónicas.

—Soy Low. Póngame enseguida con el encargado de la ruleta.

Momentos después, la voz granulosa del *croupier* le preguntaba desde el otro extremo del hilo:

—¿Qué desea, señor Low?

—Haga que la señorita que me acompañaba gane hasta los quinientos. Luego, déjela sin un centavo, a ser posible de golpe.

—¿Entendido?

—Entendido, señor Low.

Cuando Richard subió a su piso particular, se encontró con un chino, vestido a la europea, que aparecía encogido, junto a Yugoff, como si éste le hubiese amenazado con romperle la cabeza de un manotazo.

—¿Qué hay, Randy?

—He venido a hacerle un favor, señor Low; usted sabe que yo no olvido a los que se portan bien conmigo. El señor Maddock está en El Arco Iris.

Ward, que se hallaba también presente, apenas si entendía lo que el chino hablaba; le sonaba a inglés por algunas palabras, pero otras las desconocía. Ward ignoraba que el tal Randy hablaba en *pidgin-english* [2]

—¿Por qué vienes a contarme esa tontería, Randy? El señor Maddock ya no es mi amigo, y no me interesa en absoluto. ¿Acaso te encargó él que vinieses?

—No, señor Low; pero yo estaba en El Arco Iris cuando entró con varios amigos en uno de los reservados interiores. Y como me

había enterado de que usted y él estaban reñidos, pensé que... a usted le gustaría saberlo y, a lo mejor, agradecía usted mi servicio.

—¡Toma: cincuenta dólares! Pero vas a quedarte aquí encerrado. Si me has engañado, Yugoff se encargará de enseñarte a no mentir con una buena paliza —y dirigiéndose al ruso—: Que se encargue Shia de éste hasta que regresemos. ¿Dejaste «libre» el coche grande?

—Sí, señor Low; hará una media hora. ¡Ven, Randy; acompáñame!

Quedaron Richard y Ward a solas en la habitación. El mestizo inició:

—¿Nos acompaña a saludar a Maddock, muchacho?

—¿Por qué no iba a ir? Sí le hago falta a usted...

—Sólo voy a pedir explicaciones a Maddock por su traición. Posiblemente él me dé la respuesta en plomo. Hay que ir preparados, y más en aquel antro, lleno de maleantes.

—Cuenta conmigo, señor Low. Si ellos atacan primero, yo no soy manco.

Sería la una de la noche, cuando Richard, Yugoff y Ward descendían en el veloz ascensor particular y salían a Kwangse Road, oyendo a sus espaldas cómo Shen cerraba la puerta. Iban a pie. Acostumbrados al ambiente refrigerado del hotel, sintieron el bochorno agobiador de la noche. Nubes bajas, arracimadas, aún más oscuras que la noche misma, cruzaban por el cielo, encapotándolo paulatinamente. Tomaron un «taxi».

—¿Se fía usted de lo que ha contado Randy? —preguntó Yugoff a Richard.

—Sí; no había más que verlo. Está *nghien* [3] y necesita dinero.

Llegaron al final de la Concesión, y el «taxi» se detuvo; no podía pasar de allí. Los tres hombres echaron pie a tierra y se acercaron a la gran puerta enrejada. Un centinela annamita se paseaba con el fusil al hombro. Un sargento de las Fuerzas Coloniales salió de la garita. A la luz de un farol examinó los documentos de los tres, dejándoles pasar sin comentario alguno y con gesto de mal humor por la molestia: estaba acostumbrado a los nocturnos caprichos de los europeos que deseaban solazarse en la vieja ciudad china.

Frente a ellos, la gran avenida de las Dos Repúblicas, la arteria fronteriza entre dos mundos totalmente opuestos: el amarillo y el blanco. Unos *coolies* jugaban a los dados en el suelo; uniéndose a la

porquería anterior el polvo que recogían con las piernas desnudas. A su lado, como dormidos, los ligeros cochecitos de dos ruedas bajas. Richard y sus hombres subieron en sendos *rickshaws*, y los *coolies* se metieron entre las varas, a la vez que se pasaban una correa por el hombro.

—¡Al Arco Iris! *Savvy* —ordenó Yugoff, en *pidgin*.

Los *coolies* movieron afirmativamente la cabeza, con grande muestras de júbilo, contentos de transportar a extranjeros tan bien vestidos, que luego pagarían con monedas de plata.

—¡*Chopchop*, hijos del diablo!

Y les hubiera largado alguna injuria más, a no ser porque Richard le recriminó:

—¡Yugoff!

—Perdone, jefe.

Yugoff sabía que Low había sido *coolie* en tiempos pasados, pues no se recataba en decirlo, sino que, por el contrario, parecía complacerle revelarlo, como prueba de su voluntad de sacrificio y de poder.

Sudando como si estuviese a la misma boca del infierno, Ward centraba toda su atención en el *coolie* que tiraba de su *rickshaw*. Era un chino musculoso, sin una onza de grasa encima, que realizaba su labor con la alegría de un chiquillo, riendo y gritando improperios a sus otros compañeros en pugna por adelantarse.

Recorrieron callejas miserables, alumbradas raquíticamente y mal empedradas; no se cruzaron con nadie. Sombras inmóviles, silencio, misterio alrededor.

El Arco Iris tenía un jardín a la entrada. Los tres hombres, Richard delante y sus dos acompañantes detrás, anduvieron a lo largo de un paseillo enarenado, flanqueado de árboles y arbustos por entre los que se veía a sombras humanas, oyéndose conversaciones en voz baja. Entraron en el local. El portero, un chino gigantesco que todavía conservaba la antigua coleta, les abrió la puerta, y del interior surgió la horrible estridencia de un *jazz-band*.

Una gran sala, alumbrada con faroles de colores, bandas de seda con leyendas, y una amplia pista, donde las parejas se apretujaban en un ambiente caliginoso y asfixiante. Pálidas rusas con vestidos de brillante seda, coreanas, mestizas filipinas y muchachas chinas

que apenas alcanzarían los veinte años. Ellos, todos vestidos a la europea. Unos, chinos, de expresiones muertas, tan muertas como sus ojos, danzando con movimientos exagerados, contorsionándose y ciñéndose a la pareja. Bastaba verlos para adivinar que pertenecían a la más baja estofa y que en alguno de sus bolsillos llevaban un arma.

Otros, sentados a las mesas, eran de la raza blanca, muchos de etiqueta, que visitaban aquel antro para «saborear la emoción de la aventura». A la izquierda, varias muchachas solas, sentadas, pintadas escandalosamente y con caras de famélicas y de opiómanas, esperando que llegase alguno con un *ticket* a cambio de un baile o de una conversación. Al fondo, la orquesta. Y a lo largo de las paredes, a media altura, balaustradas y cortinas: las plateas. Entre la música, las risas, las conversaciones, y las voces de los borrachos, el ambiente era ensordecedor. Richard recordó los pueriles deseos de Stella Meyer.

Cruzaban entre las mesas, en dirección al bar, cuando tres de las ajadas *taxi-girls* se levantaron como movidas por un resorte y se acercaron a los recién llegados. Low la despidió, simplemente con mirarla. Ward, cogido del brazo por una filipina, tuvo que insistir de palabra para que le dejase en paz. Yugoff recibió a una chinita preciosa con un abrazo de oso, y entre carcajadas le prometió:

—Enseguida vuelvo en tu busca, pichoncito. Te traeré cañamones. Ya puedes irte afilando el piquito.

Y con su innata brutalidad empujó a la muchacha de tal forma, que la hizo rodar por el suelo, junto con una mesa y dos hampones.

A la pregunta de Low, el mozo del bar repuso:

—El señor Maddock está ahí dentro, en los reservados interiores. Sigán aquel pasillo, al fondo.

En el pasillo penetraron, y Low abrió la puerta del fondo. Dentro, cinco hombres y una mujer china, muy joven y muy bella. Estaban sentados alrededor de una mesa, con naipes, botellas y vasos. Una lámpara central con tulipa proyectaba un círculo luminoso en el centro; el resto de la estancia, pequeña y maloliente, en penumbra. Una ventana, al fondo.

Todos levantaron la cabeza al entrar Richard, con las manos al descubierto; Ward, detrás, y Yugoff, cubriendo con su corpulencia la puerta. No hubo sorpresa en los varios rostros de los sentados.

Inquietud, nerviosismo, en los ojos almendrados de la chica. Una sonrisa estereotipada en los gruesos labios de un individuo con el pelo casi cano, y de bolsas en los párpados. Temor mal disimulado en la cara de los otros, todos ellos europeos y de distintas nacionalidades, a juzgar por sus rasgos faciales y vestimentas.

—¡Buenas noches! —saludó Richard con una suavidad peligrosa—. Ya veo que me esperabais. Randy os sirvió de «gancho». ¡Bien; ya me tenéis aquí! ¿Qué deseáis? Hablemos en paz y armonía; éste no es sitio para andar a tiros.

El individuo del pelo casi cano, sin dejar de sonreír canallesamente, y siempre con las manos sobre el tablero de la mesa, tomó la palabra:

—Sí, es cierto; teníamos ganas de verte.

—Tú más que nadie, ¿verdad, Maddock? —aseguró Low irónicamente.

—Puede ser que sí, puede ser que no —repuso Maddock en correcto inglés, un inglés casi académico, que indicaba estudios superiores en alguna Universidad inglesa.

—¿Cómo estás, Flor de Loto? ¿También tú deseabas verme? —preguntó el mestizo, dirigiéndose a la joven china, cuya negra cabellera brillaba como el plumaje de un cuervo.

—Para hablar con esta mujer hay que contar conmigo; no lo olvides, Richard —advirtió jactanciosamente Maddock—. Y hablemos de asuntos más interesantes. Necesitamos dinero urgentemente. Con doscientos mil nos contentaremos.

—¿En pago de qué? ¿De vuestra traición? Porque todos los demás servicios os los tengo bien pagados. Hablemos claramente. ¿Por qué me habéis dejado y pretendisteis secuestrarme al bajar del barco? ¿Estáis quejosos de algo, muchachos? —terminó Low de preguntar, interpretando a todos menos a Maddock y a Flor de Loto.

Los aludidos se miraron confusos, reconociendo que Low llevaba razón. Más Maddock, astutamente, contestó en vez de ellos:

—Hay varios motivos. Mientras tú ganabas miles y miles de dólares con negocios legales, a nosotros nos dabas un buen sueldo, pero no lo suficiente para llegar a millonarios antes de cien años.

—Os pagaba por protegerme. Yo empecé ganando muchísimo menos que vosotros y con más trabajo. Del contrabando de armas os daba una parte crecida, sobre todo a ti, Maddock.

—Era poco. Queremos ganar más, y lo conseguiremos traficando con opio y mujeres. Te lo he aconsejado más de una vez, Low, y siempre te oponías. Ahora vamos a montar el negocio por nuestra cuenta, y necesitamos una cantidad inicial con el fin de comprar las primeras remesas y sobornar a los de Aduanas.

—Sigo pensando como antes, y así pensaré siempre, Maddock. No intervendré en el opio ni en la trata de mujeres. ¡Eso no es de hombres! El que se dedica a eso carece de dignidad.

—¿Puedes tú hablar de dignidad, Low? —inquirió Maddock, poniéndose en pie, herido en su amor propio y en su orgullo de británico.

—Sí, puedo hablar —afirmó Richard serenamente, en el mismo tono de voz mesurado—. Nunca robé ni maté a nadie. He respetado a los débiles, y he vencido a los fuertes con armas limpias, y frente a frente, advirtiendo por delante. Nunca he sido un traidor como tú, Maddock; ni tuvieron que echarme de ningún sitio por una estafa. ¿Crees que ignoro tu pasado? ¿Cómo el de todos vosotros? —Dirigiéndose a los demás—: Vinisteis a Shanghai huyendo de vuestros países, perseguidos por la justicia, y yo os di cobijo, siempre que me obedecieseis ni os metieseis en crímenes. Os he gobernado con mano dura, pero no cruel; perdonándoos muchas faltas. Y tú, Flor de Loto, ¿qué más podías pedir? Si no tenías mi amor, poseías mi protección y mi consideración. Vivías mejor que una reina, considerada como mujer. Ahora verás cómo te trata Maddock, si es que no lo has visto ya. ¿Qué se puede esperar de un hombre capaz de comerciar con mujeres?

La joven china bajó la vista, avergonzada, sintiendo que las palabras de Richard arrancaban ecos en su corazón.

—¡No te dirijas a ella, Low! —gritó Maddock, excitado—. Esta mujer ya no te pertenece. ¡Es mía, y haré de ella lo que yo quiera! Ella nunca te quiso. Pareces inteligente, pero no lo eres. ¿Tan loco estabas que podías creer que una mujer amase de verdad a un mestizo? ¿Puedes, acaso, compararte conmigo? ¡Con un europeo! ¿Tú? ¿Un asqueroso mestizo que ni siquiera conoció a su padre?

Ancha era la mesa, pero más largo era el brazo de Low. Su puño derecho voló para golpear rudamente la mandíbula de Maddock, que cayó de espaldas, clavándose la silla en la espalda. Antes de que los demás reaccionasen, una mano alzó una de las botellas, y la

lámpara saltó hecha añicos, quedando en tinieblas el reservado.

Ruido de cuerpos tirados al suelo, sillas caídas y maldiciones masculladas. Seguidamente, tres detonaciones sonaron y los fogonazos rasgaron la oscuridad, viéndose que nadie estaba en pie. Los proyectiles se incrustaron en la puerta. Una silla se estrelló contra la ventana, y maderas y cristales saltaron en pedazos.

—No disparéis —oyóse decir a uno—. ¡Conviene cogerle vivo!

Un estampido y no volvió a oírse la voz del individuo; había descubierto estúpidamente su situación al hablar, y ahora se quejaba al recibir el impacto. La leve claridad que penetraba por la abierta ventana permitió ver una sombra humana que saltaba desde la mesa al exterior, atravesando el hueco como una exhalación, sin dar tiempo a que le disparasen. Era Low que huía, pues permanecer en el reservado sería tener que matar, caer herido o prisionero, o matar a uno de sus amigos. Confiaba en la prudencia de estos dos, que le seguirían posteriormente.

Se rehízo de la caída sobre la arena del jardín, y con la pistola empuñada corrió hacia la puerta de la verja; no podía esperar por temor a la Policía. Muchos se alegrarían si Richard Low era apresado por la Policía china.

Ya en la calle, se apostó enfrente, en un portal oscuro. Jadeante, aguardó a sus amigos. Oíase la música de El Arco Iris, llenando de notas la calle, pésimamente alumbrada y solitaria. Parecía que nada hubiese ocurrido. Comprendió que las detonaciones no habían sido escuchadas, y sólo la Policía acudiría si alguien les avisaba, aviso improbable, puesto que los asistentes al *cabaret* ignoraban lo ocurrido en el reservado interior.

El calor era insoportable, y unos minutos después, comenzaba a llover torrencialmente; la fuerte lluvia de China, violenta y furiosa, se apoderó de Shanghai.

Pronto distinguió una enorme sombra surgiendo de la puerta del jardín. Salió hasta media calle a llamarle:

—¡Yugoff! ¡Ven!

El coloso ruso le reconoció y se guarecieron juntos en el portal.

—¿Qué hay de Ward? —preguntó Richard.

—No sé; lo tenía delante de mí al apagarse la luz, y después... Por la ventana no salió, si es que fue usted el que saltó primero. ¿Disparó usted o él sobre ese que habló?

—Fui yo.

—Pues le ha tocado, porque se quejó. Este Ward...

—¡Calla!

Tres sombras habían aparecido en la puerta del jardín, moviéndose lentamente; luego, una se quedó inmóvil, mientras las otras se separaban en opuestas direcciones, pegadas a las fachadas. Se las veía avanzar a través de la nutrida lluvia, que arrancaba del suelo lamentos dormidos. Low y Yugoff les espiaban, aplastados contra la puerta, sabiendo que les buscaban.

Las dos sombras regresaron, ahora más rápidamente, y se unieron a la tercera, para luego sumergirse de nuevo en el interior del jardín.

Aguardaron un rato más, hasta que Yugoff exclamó, impaciente:

—¡A Ward lo han cazado! ¡No cabe duda! Ésos salían por nosotros.

—¡Voy a sacarlo de ahí! ¡Quédate aquí, vigilando!

—Voy con usted, jefe. Son muchos y...

—Me haces más juego aquí, Yugoff. Temo a la Policía. Si viniese, disparas al aire dos veces seguidas y huyes; mientras te persiguen, yo les burlaré. Y si oyes detonaciones dentro, pasas a ayudarme. De no ocurrir nada, no te muevas de aquí.

Con la pistola metida en el bolsillo de la chaqueta, para protegerla del agua, el mestizo atravesó la calle a grandes zancadas, saltando por encima de los caudalosos regueros. No titubeó al introducirse entre los árboles y plantas, más sus ojos no descansaban, buscando algún movimiento o ruido sospechoso. La ropa comenzaba a calársele, y llevaba el pelo y la cara empapados.

Dando un rodeo, cruzó la explanada de arena, acercándose a la rota ventana por dónde había escapado anteriormente. La habitación se hallaba a oscuras. Asomóse con precauciones, e hizo oído; el ruido de la lluvia lo llenaba todo, y al fondo, continuaba la música de *jazz*. Lamentó su imprevisión de no llevar una linterna de bolsillo. Subiéndose al alféizar, saltó al interior, cayendo de puntillas. Echaba mano a la pistola, pero no llegó a sacarla. Un brazo, brotado misteriosamente de la oscuridad, se le lió al cuello, en una presa mortal; alguien, que aguardaba, le había agarrado. Mas ese alguien ignoraba que Richard Low permaneció muchos años de su juventud en el Japón, donde residen los maestros del *jiu-*

jitsu y de la natación.

En vez de alzar las manos y agarrar a su agresor por el cuello, para voltearlo con gran estrépito, llevó los brazos rápidamente atrás, y clavó los dedos en los costados de su enemigo, dedos ejercitados: tornillos a presión. Low resistía la fatal corbata, enarcando los músculos del cuello con el fin de que no le cortasen totalmente la respiración. Y sus dedos continuaban apretando, apretando hábilmente en los costados del otro, hiriendo sus centros nerviosos.

El lazo fue aflojándose. Richard aspiró aire con ansia, y presionó más con los dedos. A su espalda, un retorcimiento y un gemido ahogado, y después mantuvo en vilo el peso de un cuerpo inerte. Había dejado sin sentido a su contrincante, a causa del dolor. Suavemente depositó al otro en el piso de madera y meditó unos instantes. Su reacción fue rápida, no tenía tiempo que perder, Registró al caído, apoderándose de su pistola, y salió de la habitación, temiendo por la suerte de Ward, un muchacho que parecía leal, valiente y de no malos sentimientos.

El pasillo estaba también a oscuras, excepto en la parte opuesta, donde penetraba el resplandor de la sala de baile. A ambos lados, puertas cerradas, y el murmullo de algunas conversaciones: eran los otros reservados. Low vaciló: no podía dedicarse a ir abriendo uno por uno y sembrar estúpidamente la alarma. Conocía muchos *cabarets* como aquél y sabía de su organización.

Calmosamente, en apariencia, se dirigió hacia la sala de baile, con la pistola en el bolsillo. Al pisar el umbral se asomó. No se había equivocado: allí estaba sentado un camarero chino, junto a una caja con tapa de cristal, varias chapitas rectangulares en su interior y encima un timbre. Cuando alguno de los clientes recluidos en los reservados necesitaba algo, pulsaba un botón y el camarero encargado veía caer el número correspondiente y oía el timbre.

—¡Eh, tú! Maddock quiere encargarte unas bebidas. ¡Date prisa!
—le dijo en *pidgin* y con tono entre malhumorado y de beodo.

El camarero agarró la bandeja y el patio y se metió en el pasillo, rozándose con Low al pasar, el cual fingió quedarse un instante entretenido ojeando la sala.



Penetraron en el pasillo.

Él mozo chino entró en uno de los reservados, no extrañándole que le siguiese uno de la banda. Una mesa y unas sillas, un diván y cortinas alrededor. La luz estaba encendida. Levantó una cortina del fondo, apareciendo una puerta, cerrada por dentro, pues no cedió al empujón del camarero. Éste miró extrañado a Low, quien sonrió

estúpidamente, exclamando:

—¡Tienen más miedo...! ¡Han cerrado al salir yo! ¡Llama!

Así lo hizo el camarero, engañado, dando tres golpes seguidos, una pausa y otro golpe. Y a este último golpe siguió otro más seco y menos ruidoso: el cañón de la pistola de Low había caído sobre la cabeza del camarero, que se desplomó como un fardo, no sonando estrepitosamente la bandeja por el suelo gracias a la prontitud del mestizo en quitársela de las manos. Arrastró al chino debajo del diván y apagó la luz.

Transcurrieron unos segundos de espera angustiosa, temiendo todo lo imaginable, más al fin oyóse descorrer un cerrojo a la otra parte y un rectángulo de penumbra apareció al frente, silueteando una figura humana. Con la violencia de un hacha sobre un tronco, así cayó la pistola de Low sobre el cráneo del que había salido a abrir. Con el brazo izquierdo le sostuvo y tiró de él, dejándolo a un lado de la puerta, en el suelo.

A sus pies descendía una escalera en forma de caracol. Las paredes, cubiertas de salitre, indicaban que se trataba de un sótano nada ventilado. Con el arma al frente, fue bajando, sigilosamente, esperando encontrarse con el enemigo a cada revuelta de la larga escalera. Llegó al último escalón, encontrándose con un corto pasillo sin salida al fondo, y una puerta a cada lado. Ambas tenían montante de cristal; por uno de ellos salía luz, y a esta puerta se dirigió Low, deslizándose más que pisando. Le inmovilizó una fracción de segundo el ruido de varios golpes y de una maldición. Pegó el oído a la puerta, percibiendo entonces la voz de Maddock, preguntando:

—¿Cuáles son los planes de ese perro mestizo? ¡Dilo de una vez o tendremos que machacarte a puñetazos! ¡Tú tienes que conocerlos!

—Yo no sé nada —negó la viril voz de Ward, ahora desfalleciente, resintiéndose de la paliza sufrida.

Dos crujidos indicaron que el suplicio continuaba. Low experimentó la satisfacción de haber encontrado a un hombre capaz de resistir lo que fuese y no hablar.

—¿Qué piensa hacer ese mestizo? ¡Contesta o tendremos que emplear otros procedimientos!

Ahora si demostraron sorpresa Maddock, Flor de Loto y los otros

dos secuaces del inglés al oír a sus espaldas:

—¿Por qué no me lo preguntas a mí directamente?

—Dejaron de golpear a Ward, que estaba atado por las muñecas a una argolla empotrada en la pared, y se volvieron a mirar a la puerta. Un rayo pareció petrificarlos. ¡Richard Low había aparecido, sonriendo enigmáticamente, y les estaba encañonando! El arma les cubría. No intentaron siquiera mover las manos, pues conocían la habilidad de Low para dar en el blanco. Sin perder de vista a sus enemigos, el mestizo comprobó de reojo que el interruptor eléctrico quedaba a su izquierda, lejos de todos, y que la bombilla estaba pegada al techo. Esta vez les sería casi imposible provocar la oscuridad.

—¡Quieto, Maddock; deja esas manos quietas o tendré que abrasarte! Por ahora te ha tocado perder, la próxima te tocará perder también. Me creías corriendo hacia el hotel, ¿verdad? ¡Levantad los brazos! ¡Pronto! ¡De cara a esa pared! —les ordenó, sabiendo que el tiempo valía más que el oro en aquella ocasión, con tres enemigos arriba, que recobrarían el conocimiento de un momento a otro. Yugoff le había hecho falta en el subterráneo para simplificar la tarea.



—¡Quieto, Maddock, o tendré que abrasarte!

Obedecieron los tres hombres, y Flor de Loto vaciló; se la veía avergonzada, acobardada ante la mirada fría del mestizo. Ella también se volvió de espaldas; lo prefería a comprobar el desprecio de Low.

—Tú, Quiridio, desata a ese hombre; y cuidado con hacer

malabarismos —indicó a un filipino, al que consideraba de antes como hombre de poca valentía e incapaz de tender una trampa por falta de masa gris.

Ward tenía el rostro desfigurado a causa de los golpes recibidos: le sangraban la nariz y la boca. Miraba a Low con admiración. Cuando quedó libre, por su propia iniciativa desarmó a Quiridio y con su pistola en la mano izquierda, fue despojando a los otros de su artillería, con precauciones razonables y una habilidad extraordinaria, como de hombre acostumbrado a aquellas situaciones. No devolvió ninguno de los golpes. Este detalle hizo mella en Low, acostumbrado a ver que sus antiguos hombres se dejaban dominar siempre por el sentimiento de venganza. Le llamó para hablarle al oído, y seguidamente, el mestizo salió de la habitación y del subterráneo, a buen paso.

Ward quedó encañonando a los hombres con los brazos en alto, sin perderles de vista. Sentíase débil el joven y sentóse en una de las sillas, con el respaldo pegado a la pared de forma que no le sorprendiesen por detrás si entraba alguien. Con la mano izquierda se limpiaba los hilos de sangre que le corría hasta la barbilla.

A los pocos minutos regresaba Richard Low, acompañado de Yugoff; el mestizo traía al inconsciente criado chino al hombro, y el gigantesco ruso a sus otros dos antiguos compañeros, que para él resultaban ser de peso pluma. El que había sorprendido a Low en la ventana comenzaba a recobrar el conocimiento, a causa de los vaivenes, pero un puño del oso humano le hizo regresar a la nada. La presencia de Yugoff atemorizaba a los encañonados; sabían de su brutalidad.

—¿Voy cascándoles la cabecita, jefe? Recuerdo que en Odesa me encontré en una ocasión parecida y no hubo ningún carcelero que resistiese el primer golpe.

Yugoff aprovechaba la menor ocasión para hablar de sus antiguas andanzas por su patria.

Fue Maddock el primero en reaccionar. Sin osar volver la cabeza ni moverse, anunció:

—¿No echas de menos a tres muchachos, Low?

Richard cayó entonces en la cuenta, pero no respondió. El inglés prosiguió:

—Cómo te esperábamos la primera vez, se me ocurrió una treta.

Apoderarnos de ti, y también de Hokkata; a estas horas, seguramente lo tendrán atrapado. Te hago una proposición: mi vida o la de Hokkata.

—¿No se tragará usted ese cuento, jefe? —Gruñó Yugoff.

—Podéis comprobarlo fácilmente. Llamando al hotel por teléfono. Di orden de que asaltasen el piso en cuanto salieseis para acá.

Latía en las palabras de Maddock un acento de sinceridad. Low le creía capaz de raptar a un pobre anciano y de algo más. Mandó:

—Sube, Yugoff, y busca un teléfono y ponte en comunicación con casa. Averigua si Hokkata no está allí. Acompañale, Ward, pero no te separes mucho de la entrada de esta cueva, y vigila.

Obedecieron, dejando a Low a solas con los bandidos. Una creciente ira iba tomando posesión de su cerebro. Si a Hokkata le ocurría algo... Y tal vez, esta cólera hizo que no se ablandase ante las lágrimas de Flor de Loto, que lloraba silenciosamente.

El regreso de Yugoff confirmó las palabras de Maddock: Shia había aseverado que tres de la banda secuestraron a Hokkata, después de asaltar el piso y de amenazarle a él y a Shen, el vigilante de la entrada particular. Habían golpeado a una de las doncellas que quiso pedir auxilio a la Gerencia del hotel.

Un gesto de rabia crispó las facciones del mestizo.

—¿Qué ordenaste hicieran con Hokkata? —interpeló duramente a Maddock, cogiéndolo por el cuello y sacudiéndolo como a un pelele.

—¡Suéltame, Low, o tendrás que sentirlo!

El mestizo se había convertido en una furia. Levantó en vilo al pataleante inglés y lo arrojó con ímpetu contra un rincón, donde quedó medio deshecho por el golpe.

—No has sido nunca hombre para enfrentarte conmigo, Maddock. Tu especialidad de matón la empleas con mujeres y ancianos como Hokkata. Si eres hombre, levántate y lucha. Éstos no te harán nada, ni yo emplearé la pistola.

Era tal la postura agresiva del mestizo, erguida su alta figura, con los brazos adelantados y los músculos de las manos en relieve, que Maddock sólo se atrevió a advertir:

—Sí me haces algo, Hokkata morirá. Ninguno de éstos sabe adónde lo han llevado los otros tres. Sólo yo lo sé, y su vida

depende de la mía. Te hago una proposición: nuestras vidas por la del viejo. Tú quieres al viejo, ¿no? —Manifestó el inglés, recobrándose y adoptando su habitual desenfadado cínico.

Low sopesaba mentalmente la proposición. La luz cenital creaba en la concavidad de sus ojos unas sombras alargadas y densas, que endurecían su faz asiática. Al fin se decidió:

—¡Aceptado! ¡Tú me servirás de garantía! ¿Dónde haremos el cambio? Tiene que ser fuera de aquí.

En aquel momento, Ward penetró en la habitación con otro camarero a cuestas.

—Estaba buscando a su compañero, y he tenido que convencerle por las buenas del error de su búsqueda.

—Bien hecho, muchacho —le animó Yugoff, sonriendo, sin dejar de vigilar a sus antiguos compañeros—. Cuando yo digo que tú tienes madera...

—¿Dónde haremos el cambio? —Insistió Low, deseoso de abandonar cuanto antes El Arco Iris, nido de hampones.

—Necesito hablar por teléfono. Podemos elegir un sitio céntrico, donde a ninguno nos convenga hacer una trastada —propuso el astuto Maddock.

—Arriba hay un teléfono, a la salida del pasillo —indicó Ward, sin soltar la pistola.

—Quédate aquí con Yugoff —le ordenó Low—. Tú, Maddock, vamos arriba. No olvides que a dos pulgadas de tu espalda llevas un cañón apuntándote.

El inglés subió renqueando las escaleras —el anterior porrazo había sido tremendo— y marcó rápidamente un número, ocultando el aparato con el cuerpo. Low, detrás, le cubría con el arma en el bolsillo.

Una pareja —un marinero sueco y una coreana— se acercaron, esperando que el teléfono quedase libre, haciéndose arrumacos; no se daban cuenta de que la muerte estaba a dos pasos de ellos, con la guadaña en alto.

—Soy Maddock. Llevad al viejo al cruce de Hankow con Hoopen. Low está aquí y de ello depende... todo. Nosotros iremos enseguida.

Regresaron al subterráneo. Un cuarto de hora más tarde, los componentes de la banda quedaban atados y amordazados con tiras

de las cortinas del reservado —también Flor de Loto—, las luces apagadas y la puerta del reservado cerrada y con el tirador arrancado.

Salieron por la ventana posterior, tomando precauciones, a fin de que el traidor inglés no escapase en la oscuridad de la noche. Iba en medio de los tres hombres; no tenía escapatoria posible.

La lluvia había cesado tan repentinamente como empezó, y el suelo estaba mojado, salpicado de charcos. A aquellas horas de la madrugada, no encontraron *rickshaws*, casi todos a las puertas de los más famosos *cabarets* y fumaderos de opio de la ciudad china, pero no a la entrada de El Arco Iris, antro, en realidad, de poca categoría. Además, la vigilancia del prisionero exigía ir a pie, hasta que no tomasen un «taxi» en la Concesión Internacional.

Low caminaba ensimismado, sobrecogido a su pesar por el misterioso ambiente. Callejas de casas chatas y desportilladas, sombras y tinieblas, callejones sin salida, un perro furtivo, silencioso como un alma en pena, que husmeaba inútilmente entre la carroña y la basura, y algunos faroles alumbrando sin fuerza. Miseria, miseria y miseria. Tras aquellos medio derruidos muros de madera dormía el pueblo chino: los empleados del arsenal, de las fábricas de hilaturas; mujeres y niños, hambrientos y enfermos, que también trabajaban de sol a sol en tareas fatigosas hasta para los hombres. Allí vivían, muriendo, la población trabajadora china, mientras en la Concesión Internacional, los blancos tiraban el dinero en las mesas de juego y se emborrachaban en bacanales dignas de la época decadente de Roma.

Les apoyaban los cañones de sus acorazados, de las mismas naves, cuyas sirenas rasgaban la noche, recordando que en el puerto montaban guardia los lacayos de los explotadores, de los mismos que habían metido a la fuerza el opio en China, para luego lucrarse de su vil comercio.

Y aquel pueblo oriental, que vivía como larvas en la inmundicia y con igual proliferación sé multiplicaban, algún día se pondría en pie para dominar al mundo con el peso de su número y su ansia de revancha.

Los cuatro pasaron la barrera de la Concesión sin novedad, guardándose Maddock de cometer una fatal equivocación. Encontraron enseguida un «taxi», que rodó velozmente sobre el

mojado *macadam* de las grandes avenidas solitarias; notando los pasajeros el contraste con el mundo sórdido dejado atrás. Ward miró al impassible Low, que le correspondió. Ambos hombres parecieron comprenderse; los dos habían sentido la fuerza del contraste. Yugoff respiraba en el mismo cogote del prisionero.

—No sabía que tuvieses tanta amistad con el dueño de El Arco Iris, Maddock —comentó Low suavemente, sin darle importancia, pero deseando despejar una incógnita.

—Tú ignoras muchas cosas, Low —fue la lacónica respuesta del prisionero.

El «taxi» llegó al fin al cruce de Hankow con Hoopen Road. En una de las esquinas, un coche pequeño, de cuatro plazas, aguardaba, con el motor en marcha. Una patrulla de la Policía se alejaba calle arriba, prosiguiendo su ronda; nadie más a la vista.

—Pare junto a aquel coche —ordenó Richard al taxista.

Echaron pie a tierra, con Maddock por delante, sirviéndoles de escudo, mientras Yugoff daba un rodeo, para coger lateralmente al cochecillo y cubrir a los del interior. Tres antiguos guardaespaldas de Low descendieron: sombreros calados, facciones macizas, la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana. Se quedaron quietos, con las piernas abiertas. Sus expresiones eran aviesas.

—¿Tenéis a Hokkata? —preguntó, anhelante, Maddock.

—Allí dentro está; tuvimos que golpearle y quitarle el sentido, porque gritaba mucho. Lo hemos sentido.

No eran momentos para tirotearse en la calle; esto fue lo que contuvo a Low, temeroso siempre de caer en manos de la Policía, primer paso de su despeñamiento hacia la ruina total. Se asomó por una de las ventanillas; a través del cristal vio a Hokkata, echado sobre el respaldo, como si estuviese durmiendo. Volvióse para decir a Maddock:

—Cumpló mi palabra. Marchaos en el «taxi». Este coche es mío. Y no olvides que nuestra cuenta sigue pendiente; la próxima vez no tendrás la suerte de salvarte gracias a un anciano.

Uno de los rufianes lanzó una risita conejuna, mal reprimida. Yugoff le hizo retroceder de un bufido y sentóse al *baquet*. Ward cubría a los contrarios.

Esperaron a que el «taxi» se marchase con su carga encanallada, para emprender ellos el regreso al Hong Kong Hotel. Delante,

Yugoff y Ward; detrás, Low con el inanimado Hokkata.

—¡Frena, Yugoff! ¡Enciende la luz interior! —gritó Richard, de pronto, con voz agitada, sobrecogiendo a sus acompañantes.

Obedeció el ruso. Low se miró la mano derecha: estaba tinta en sangre aún tibia, el asiento presentaba una gran mancha. Cogió por los hombros al insensible Hokkata y le incorporó: tenía un cuchillo clavado en la espalda. Su inmovilidad era la quietud de la muerte.

Jamás había visto Ward una expresión de más dolor, sin necesidad de ver lágrimas u oír gritos. El propio Yugoff permaneció contemplando la escena con los ojos desmesuradamente abiertos. Su jefe recobró instantáneamente la calma pétrea de sus facciones y su voz era fría al mandar:

—¡Apaga, Yugoff! ¡Busca el «taxi»!

Siguió las indicaciones el ruso, pisando a fondo el acelerador, pero la búsqueda resultó infructuosa. Localizaron por fin al vehículo. El conductor, un japonés asustado, aseguró que los pasajeros se hablan apeado en Kianse Road, después de pagarle la cuenta. No se fijó en dónde se metían.

—¡Es inútil! —afirmó Ward—. Habrán ido cambiando de coches, con el fin de hacernos perder la pista. Maddock ignoraba el asesinato; se habrá alegrado al saberlo, después de verse libre.

—¡Maddock lo sabía! ¡Maddock lo sabía! Al dar la orden de secuestro mandó también que lo matasen. Lo mataron cuando vieron detenerse el «taxi»; tardaron un poco en bajar. ¡Vamos a casa, Yugoff!

Cuando llegaron a la entrada particular, tuvieron que llamar por dos veces al timbre, hasta oír la voz temerosa de Shen preguntar, a través de la puerta metálica:

—¿Quién es?

Low aplicó los labios al ojo de la cerradura:

—Soy yo. ¡Abre, Shen!

El criado chino obedeció, y al ver a Richard, se apresuró a contarle que Maddock y los otros le habían golpeado y que...

—Olvídalo, Shen —le interrumpió el mestizo—. Tú no has visto ni oído nada. Tú no sabes nada. ¿Entendido, Shen?

—Sí, señor Low.

—Yugoff: busca un peso y una cadena y echa a Hokkata al río.

—Sería mejor enterrarlo —propuso Ward.

—¡Imposible! Hokkata estaba aquí ilegalmente; no podríamos justificar su entierro ni la muerte que ha tenido. ¿Qué más da una tumba de tierra que de agua? Hokkata ha encontrado la calma que antes buscaba en el opio.

Dentro del ascensor particular, subiendo a toda velocidad hasta el penúltimo piso del rascacielos —el último lo tenía Low deshabitado y cerrado—. Ward escuchó que le decía el mestizo:

—Ya has visto lo que ocurre, muchacho. Has venido justamente en la peor época; antes no había nada que hacer y ahora estaremos un poco tiempo metidos en una faena peligrosa. Si no deseas meterte en líos o exponer la vida, estás a tiempo de marcharte. Te daré dinero y podrás buscar un empleo por ahí; yo mismo puedo proporcionártelo en cualquier oficina o almacén. Todavía tengo amistades, creo yo.

—Mi interés es hacer dinero rápidamente, señor Low. Recuerde lo que le dije en el barco. No me asusta la pelea y, por otra parte, considero que tiene usted razón. Esa gente se ha portado mal, y también estoy en desacuerdo respecto al comercio con opio y mujeres.

—No me importa quedarme solo, Ward. Lo prefiero a estar mal acompañado. Odio la traición y la mentira. Ya irás conociéndome —fueron las últimas palabras de Richard antes de salir del ascensor.

Apenas salieron al piso particular, vieron que allí reinaba el desconcierto. Todas las luces encendidas, las doncellas levantadas, parecían haber llorado, mirando, con ojos de perros fieles a su amo, y Shia, el chino de la túnica, les salió al encuentro con la faz demudada.

—Señor, ha sido horrible. ¿Qué ha sido del maestro?

—Hokkata ha muerto —notificó Low con acento de tristeza.

—¡Venga, señor!

En una de las habitaciones, Randy, el delator, era cadáver, con un cuchillo clavado también en la espalda.

—Lo encontraron al registrar el piso y uno de ellos lo mató, señor.

Ward observó que el mestizo frunció el entrecejo. Había motivo para ello: la muerte de Randy era incomprensible de momento si se hilaban lógicamente los acontecimientos de aquella fatídica noche.



TODAVIA SIGUE EN VIGOR
nuestro
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA
Entérese de las bases en las novelas de
F . B . I .
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
N E V A D A

IV

EL LARGO BRAZO DEL

F. B. I.



El coche grande salió por la portada particular del Hong Kong Hotel. Lo conducía Yugoff; en el asiento de atrás, Richard Low. Rodaba el vehículo por la calle Kwangse abajo. De la nutrida parada de coches ante el hotel se despegó un «taxi» dorado siguiendo al primer automóvil; en su interior, James Ward.

Cruzaron la esquina con Nanking Road, la central arteria de Shanghai. Comenzaba a recalentarse la atmósfera por el sol mañanero, y ya estaba el aire cargado de hollín de las chimeneas de

las fábricas, la típica suciedad de Shanghai.

El coche grande torció a la izquierda, enfilando Hankow Road. Yugoff guiaba con mano diestra, sorteaba y adelantaba a tranvías, autobuses y automóviles, pero siempre respetando las señales de tráfico dadas por los *sikbs*. Pasaba rozando a los *coolies-rickshaws*, que le lanzaban indudables maldiciones en su inglés chapurreado.

—No lo pierda —recomendó Ward a su taxista—. Van diez dólares de propina.

Llegados al cruce con Szechuen Road, el coche grande se detuvo ante el edificio, en cuyo frontispicio destacaba el escudo del Consulado norteamericano. Richard Low bajó rápidamente y entró en el edificio, mientras Yugoff le cubría con la mirada, siempre atento a cualquier encerrona que le tuviesen preparada a su jefe.

En la esquina despidió Ward al «taxi», cumpliendo lo prometido. Temiendo que el ruso le descubriese, penetró en un establecimiento de antigüedades chinas. A su requerimiento, empezó el dependiente a extender sobre el mostrador: alfileres, broches, bronce y otros objetos artísticos en porcelana y laca. Examinaba la mercancía y aparentaba meditar, después de haberse enterado del precio, pues su vista volvía repetidas veces al coche grande y a Yugoff, a través de la luna del escaparate.

Recordando la costumbre china de regatear hasta el colmo —muestra de cortesía entre los asiáticos—, se empeñó en una larga discusión, afirmando que uno de los broches que le gustaban no valía más de ocho dólares porque no era antiguo, sino de fabricación reciente, siendo un engaño manifiesto. El dependiente, un chino con lentes, disfrutaba más que Ward con la discusión. Argumentaba sobre las características del dibujo, le enseñaba otros objetos para establecer una comparación, e iba rebajando paulatinamente.

El trato se cerró en cuanto Ward vio que Richard Low salía y se alejaba en el automóvil con dirección a Peking Road. Pagó nueve dólares por el broche, a sabiendas de que no valía ni cinco, y salió del establecimiento.

Momentos después se hallaba en la sala de espera del Consulado norteamericano, habiendo indicado al conserje que James Ward deseaba ver enseguida al cónsul. El nombre dado fue la varita mágica para que el cónsul le recibiese enseguida. Éste era el típico

americano, de mandíbula cuadrada, ojos grises, igual que sus escasos cabellos, y con aire de fabricante o comerciante en alta escala.

Ward, después de estrechar la mano de su compatriota, tomó asiento en uno de los sillones del despacho. Estaban a solas. El cónsul fue el primero en hablar, mientras ofrecía al joven un cigarrillo.

—Estaba esperándole, señor Ward. Recibí la notificación de Washington, con la orden de ayudarle en cuanto fuese posible.

—Me ha sido imposible venir antes, señor Simpson. Usted perdonará que entre de lleno en el asunto; no puedo perder tiempo. Hace un rato ha estado aquí Richard Low. ¿A qué ha venido?

—Simplemente, a preguntarme si tengo algo en contra de él. Le he respondido que no, y luego deseó saber si podría contar conmigo en el caso de que cualquiera de los otros cónsules de la Concesión quisieran echarle de Shanghai. Mi respuesta ha sido concreta: como ciudadano norteamericano que es el señor Low, estoy en la obligación de defender sus derechos. No tengo nada contra él, a pesar de que hay rumores de su contrabando de armas. Hacen falta pruebas. Shanghai es una ciudad llena de rumores, de sospechas, de intrigas, y de todo el mundo se habla mal, y más de los que están arriba, entre los que se halla en puesto destacado el señor Low.

—El

F. B. I.

tiene la seguridad de que el señor Low trafica con armas, suministrándoselas a los guerrilleros chinos del interior. Esas armas salen de Estados Unidos ilegalmente, y no sabemos cómo se las arreglan para sacarlas ni cómo consigue la fábrica que sea, engañar a los inspectores estatales de producción bélica. El

F. B. I.

tomó cartas en el asunto gracias a la confesión de un individuo moribundo, que sólo pudo dar el nombre de Richard Low. Localizamos a éste al disponerse a embarcar en San Francisco, de regreso, cuando ya había ultimado nuevas operaciones, según supongo.

El cónsul aspiró el humo de su cigarrillo, mientras meditaba, diciendo al fin:

—La confesión de ese moribundo confirma las sospechas que

recaen sobre Low. Yo sé que el Intelligent Service y el Deuxième Bureau[4] han destacado a sus mejores agentes para cazar a Low, pero lo atribuía al interés de Inglaterra y Francia por hundirle, para que él no les desbarate la importación de opio en China. Low ha sido el único individuo capaz de hundir expediciones enteras de opio enviadas por dichas naciones. Eso ha sido su sentencia de muerte; lo acorralarán, son más fuertes que él. Yo me he mantenido al margen del asunto, aunque he captado referencias de los jefes de Policía de Shanghai.

—¿Qué más sabe usted de Low, como persona?

—Hemos alternado juntos muchas veces. En el fondo, es mejor de lo que parece. Es un hombre que se ha hecho de la nada, como a nosotros nos gusta. De haber continuado en Norteamérica, hoy sería Low uno de nuestros reyes del acero o de cualquier otra cosa que diese dinero a paletadas. Yo le admiro, porque tiene un tacto maravilloso. Sé positivamente que soborna a todos los funcionarios de la ciudad, sean de la nacionalidad que sean; todos le deben favores de una u otra clase. Cuando yo vine, hace tres años, tardó un año en llegar a insinuarme algo, con una diplomacia tan exquisita, que no pude enfadarme con él ni afearle su conducta. Me dejó desarmado.

—Pero ¿él es norteamericano de verdad?

—Sin duda alguna. Nació en San Francisco, hará unos treinta y siete años, de madre japonesa y padre norteamericano. El padre lo reconoció como hijo natural y luego murió en un accidente. La japonesa murió también al poco tiempo, y Low fue recogido por gente de la misma raza que su madre, hasta que ya de mozo se vino al Japón. Estudió en la Universidad de Tokio, llegando a doctorarse. Después, luchó como una fiera por hacerse un porvenir. Ha recorrido medio mundo, pasando calamidades sin cuento, ha estado varias veces en Estados Unidos y, por fin, cayó en Shanghai, campo abonado para un hombre de las condiciones de Low.

—Bien, señor Simpson —dijo Ward, a la vez que se ponía en pie—; creo inútil recomendarle que usted no me conoce de nada y que el

F. B. I.,

no está tras la pista de Low. Gracias, y hasta otra.

—Ya sabe que me tiene a su disposición. Sí necesitase algún

informe, dinero o ayuda, telefonéeme.

Ward regresó directamente al Hong Kong Hotel. En el penúltimo piso encontró a Yugoff, tendido en un diván y gastándole bromas de palabra a una de las doncellitas que sacaban brillo al *ningpo* del suelo.

—El Jefe ha dicho que te pongas guapo y bajas a buscarle. ¿Adónde fuiste tan temprano, James?

—A empaparme de Shanghai; es la única hora en que se puede respirar. Voy a cambiarme de traje, y bajaré enseguida.

La elegante figura de Ward no desentonaba entre los huéspedes del lujoso y caro hotel. Buscó a Richard Low en el vestíbulo, en el bar, en la biblioteca, en la terraza jardín, encontrándolo al fin en la piscina y por una verdadera casualidad; le atrajo el magnífico salto de «carpa» de un bañista desde el trampolín más alto. Admirado, le miró al surgir del agua, y entonces comprobó que se trataba de Low, que nadaba hacia el borde de la piscina, con brazadas largas y los pies a *crawl*. Se deslizaba por el agua a una velocidad sorprendente, sin apenas levantar espuma, como un verdadero tritón. Su estilo de natación pertenecía a la más pura escuela japonesa.

Al acercársele, una voz femenina gritó a medio grado:

—¡Ha sido estupendo, Richard!

Ward miró a su izquierda y vio a la joven del barco, sentada a una de las claras mesitas, bajo un quitasol multicolor. Ella también estaba en *maillot*. El mestizo salta ya del agua, con una suave facilidad al trepar. Su medio desnudo cuerpo chorreaba bajo la ducha, y, luego, al secarse, con una toalla que le acercó un *boy*, puso de relieve sus marcados músculos. Algo parecido a una ancha cicatriz le cruzaba el hombro derecho, de pecho a espalda. Al ver a Ward, dejó la toalla y se acercó a él, cogiéndole por el brazo.

—¡Hola, muchacho! Ven, siéntate con nosotros y pide algo —dijo, jovialmente, con la alegría que produce el ejercicio sano; presentó a Ward, como si se tratase de un amigo, y no de un servidor distinguido.

Stella ofreció su diminuta mano al agente del
F. B. I.,

quien, representando su «papel», se la besó con una versallesca inclinación.

—Vamos, hombre, siéntate —insistió Low, señalando un silloncito—. Y si te quieres bañar, la piscina es tuya. James es un buen amigo mío, ¿sabe, Stella? Le debo grandes favores, y espero de él otro más importante.

—¿Cuál? —preguntó ella, llevándose el vaso a los labios y mirando curiosamente al joven, a través de los cristales ahumados de sus gafas de sol.

—Lealtad; eso que parece tan común, pero que nadie practica.

—¿Tanto le interesa eso, Richard? —volvió a interrogar ella, a la vez que estiraba sus bien torneadas piernas, de piel tostada.

—Más que nada en el mundo. El dinero carece de importancia a su lado.

—Si ha amado mucho, habrá sufrido usted mucho por la falta de lealtad.

—Así ha sido, Stella. Las mujeres suelen ofrecer todo menos eso.

—Hay de todo en este mundo. No se debe generalizar —aseguró ella coquetonamente, insinuándose al mestizo.

Mientras la pareja seguía charlando medio en broma medio en serio, Ward permanecía callado, aparentando no oír nada, fingiendo distraerse con la animación del lugar.

Realmente era fascinador todo aquel ambiente: los surtidores de las fuentes entre los árboles, flores por doquier, mesitas y mesitas hábilmente situadas, los mozos chinos con bebidas heladas, atendiendo a la rica clientela, en silencio, y con sonrisas aún más silenciosas; los bañistas zambulléndose en las claras aguas de la piscina, y las dulces notas de una música hawaiana tocada por una orquesta invisible. Nada de estridencias, nada desentonado en aquel lugar, excepto las risas femeninas de las ondinas en *maillot*, que, a pesar de todo, sonaban a naturales y a frescas.

Un gran sobresalto sufrió Ward al ver que Maddock se acercaba a ellos, con atuendo totalmente blanco y un sombrero panamá inmaculado, y sonriendo, como si hubiese visto a unos queridos amigos. Ward llevó su mano derecha a la axila por instinto; pero los ojos perspicaces de Low también le habían divisado, y cortando la conversación con Stella, dijo a su guardaespaldas:

—No hay cosa mejor que la calma, ¿verdad, James?

El cínico Maddock ya estaba ante la mesita, casi rozando con sus pies los de Low, que no se levantó, pero sí se le quedó mirando,

esperando a que hablase.

—¿Qué tal, Richard? Me satisface saber que te diviertes en tan buena compañía. A este caballero ya tengo el gusto de conocerle, pero a la señorita... —Y sin aguardar a más, él mismo se acercó una silla y sentóse a la mesa, colocándose el panamá sobre la rodilla derecha.

Ward comprendió que Low no quería dar escándalos en su propio hotel; le hubiese bastado con ordenar a los criados que echasen al intruso.

—Sigues tan simpático como siempre, Maddock —aseguró Richard con doble intención—. Y es extraño, porque todavía no es la hora de que tomes tus pipas.

Maddock encajó el golpe como mejor pudo; era un opiómano perdido.

—Soy un hombre que sabe dominarse, Low; aprendí en buena escuela: aprendí de ti, aparte de que soy inglés —manifestó el criminal, jugueteando con el ala del sombrero.

Dejaron de lanzarse ironías, por la presencia de un nuevo personaje. Giroux, el secretario del cónsul francés, el hombre, que había insultado a Low en el barco, estaba allí, saludando ceremoniosamente, y con la piel del rostro menos enrojecida, señal de que no había empezado a beber.

—¡Buenos días, señor Low! Perdone que le interrumpa...

Richard se había levantado, y contestó cortésmente:

—¡Buenos días, señor Giroux! Perdóneme a mí con este atuendo... Hubiese sido mejor avisarme por teléfono para recibirle como usted merece.

Giroux pareció vacilar, dirigiendo una mirada circular alrededor de la mesa, como molestándole que los otros tres le estuviesen oyendo. Tartamudeó al explicar:

—Venía a... a darle satisfacciones sobre lo ocurrido en... la otra noche. Fue un momento de excitación por las pérdidas, y yo estaba un poco...

—Lo lamento mucho, señor Giroux; pero no admito sus justificaciones. Tendremos que solucionarlo como usted sabe. Envíeme sus padrinos; tengo derecho a elegir armas. O vamos a ajustarlo ahora mismo.

El francés se pasó la mano por la barbilla, y unas gotas de sudor

le nacieron en la frente. Tras la humillación, tendría que batirse de todas formas.

—Bien, como usted quiera, señor Low. Sólo le pido un pequeño favor: deme unos cinco días de tregua hasta yo poner mis papeles en regla. Nadie sabe lo que puede ocurrir y no me gustaría dejar ciertos asuntos desarreglados.

—Por mi parte no hay inconveniente, señor Giroux.

Con una torpe inclinación, el francés se retiró. Maddock tomó la palabra para zaherir al mestizo:

—¡Has estado magnífico, Richard! Me has recordado mis tiempos de la infancia, cuando me deleitaban los desafíos de la época medieval. Ignoraba yo que existiese tal cosa con Giroux. ¡Pobre Giroux! ¡Como elijas el sable o la pistola, ya se puede contar entre los muertos! ¿No ha visto usted nunca tirar a Richard con cualquier arma, señorita?

Stella negó con la cabeza, muy interesada.

—Es el mismísimo demonio en la tierra. Lo mismo maneja el florete que el sable o la pistola. Con la ametralladora graba corazoncitos en la corteza de los árboles.

Maddock se interrumpió en sus reales aseveraciones, aunque dichas irónicamente, porque, sin darse cuenta, un camarero le tiró el flamante sombrero al suelo, quedando a paso y medio, al borde de la piscina. Con un gesto malhumorado se inclinó a recogerlo, quedándose su silla sobre las dos patas de la derecha. Y entonces, James Ward tuvo la mejor ocurrencia de su vida: se levantó de su asiento, como al descuido, y empujó con el pie la silla de Maddock. El criminal perdió el equilibrio y cayó de cabeza a la piscina. Hubo una explosión general de risas, los «boys» se apretaban la boca y el estómago para no tirarse por los suelos en su infantil alborozo, y los bañistas nadaron hacia el hombre vestido que pugnaba por acercarse a la orilla. Éstos fueron los que le ayudaron a salir, empujándole en las posaderas. Maddock quedó tirado sobre los baldosines, escupiendo agua y maldiciones. El ridículo hecho no podía ser mayor.

—Ward, acompaña al señor Maddock a mi piso, y que se ponga otro traje, cualquiera de los míos —ordenó Low en voz alta, con una natural desenvoltura, chispeándole de risa las pupilas, como pocas veces le ocurría.

Ward adivinó la secreta orden que encerraban las palabras del mestizo: «Aprovecharse de la confusión del criminal, meterlo en el ascensor y antes de que se diese cuenta encerrarlo en una habitación, con el fin de exigirle cuentas por sus fechorías».

—Vamos, Maddock, acompáñeme. Todavía no me explico cómo ha podido usted caerse. Esos camareros son... —decía el joven al inglés, llevándolo cogido de un brazo.

Pero el plan resultó mal. Apenas salieron de la terraza, tres secuaces de Maddock, de los que estaban en El Arco Iris la noche anterior, les salieron al encuentro. Habían visto la escena y ahora le protegían, fin que justificaba su presencia en el hotel desde el primer momento.

Ward les miró con rabia; ellos le golpearon en el subterráneo. El sitio donde se hallaban le contuvo. Nuevamente, Maddock se escapaba.

Al verle regresar tan pronto, Richard preguntó:

—¿Qué?

—Estaban ahí sus amigos. Han dicho que ellos le buscarían un traje nuevo.

—Algún día se le acabará la buena suerte —afirmó Low sentenciosamente, y, cambiando de tono—: Has tenido una gran ocurrencia, James. Sí hubiese espectáculos de estos todos los días, no habría ninguna habitación libre en el hotel. ¿No lo cree usted así?

Aún estaba riéndose la joven, y afirmó con la cabeza, a la vez que apoyaba su mano en el brazo del mestizo. A Ward no le gustaba aquella mujer. Reconocía que era bella, joven y elegante; pero la veía dispuesta a engatusar a Low y conquistarle. Ward sabía por experiencia que una mujer mezclada en un asunto es ir de cabeza al fracaso.

Renació la tranquilidad en el jardín terraza, siendo muchos los huéspedes que ordenaban les sirviesen la comida allí mismo, a la sombra de los árboles recién regados.

—¿Y por qué no vamos a comer a un sitio interesante, Richard? —propuso Stella con su peculiar voz acariciadora.

—¿No es éste un sitio interesante?

—Sí; pero me gustaría algo a estilo oriental, algo que me sirva de recuerdo cuando regrese a Inglaterra.

—¿Cuándo regresa Stella? —inquirió él con evidente interés.

—Aún no lo sé. ¡Depende de tantas cosas! ¿Me invita por fin?

—Pues... ¡bien! Iremos.

Un «boy» se acercó al mestizo.

—El señor Sroeckel pregunta por usted, señor Low.

Richard puso un gesto de contrariedad.

—Dile que venga aquí. Que lleven unas bebidas a esa mesa. — Indicando una mesita cercana. Y, dirigiéndose a Stella y a Ward—: Perdonen, es una visita que no puedo soslayar.

Salió al encuentro de un individuo bajo y grueso, que se limpiaba el sudor de la cara con un pañuelo. Parecía alemán o austríaco. Después de estrecharle la mano, Richard le invitó a sentarse en la mesita preparada.

Stella y Ward les veían gesticular, sin enterarse de lo que hablaban. El individuo grueso empleaba ampulosamente las manos para argumentar, y se le notaba que las palabras de Low le causaban perplejidad.

Ward sorprendió a Stella Meyer con una pregunta directa, hecha a estilo americano, sin preámbulos:

—¿Cuál es su juego, señorita Meyer? Es usted demasiado joven para saber que toda mariposa que revolotee alrededor de Richard Low termina quemándose las alas.

Stella tardó unos segundos en rehacerse, no sin antes reajustarse las gafas sobre la respingona nariz.

—¿Qué le importa a usted, señor Ward? No juego a nada, excepto unos dólares a la ruleta.

—¿Gana o pierde?

—Unas veces gano y otras pierdo —manifestó ella, con una serenidad hiriente.

—En esta ruleta de que hablo va usted a perder siempre. Aléjese de Richard Low y de Shanghai. Vuélvase a Inglaterra y monte a caballo todas las mañanas con sus amiguitas de Hyde Park.

—Por si lo ignora, señor Ward, he de notificarle que soy mayor de edad, huérfana y hago lo que quiero. Y ahora pregunto yo: ¿Cuál es su juego? ¿Por qué se mete usted en lo que no le importa?

—Mi obligación es librar a Low de todos los peligros que le amenacen. Usted es un peligro para él en estos momentos. Sólo me guía el afán de librar a Low de asechanzas; para eso me paga.

—Yo no soy un peligro para Richard, señor Ward —aseguró Stella con acento sincero y poniendo hasta entusiasmo en su argumentación—. Conocí a Richard en el barco, viniendo de San Francisco. Le vi aislado, siempre pensativo y siempre con ese gigante a su espalda. Me enteré de quién era, y trabé amistad con él. Lo encontré interesante, y después he llegado a conocerle un poquito. Vale mucho como persona. Y si cree usted que voy en busca de sus millones, tómese la molestia de preguntar en el Consulado inglés quién es Stella Meyer.

Ward quedó pensativo unos momentos. Cuando quiso continuar la conversación, ya era tarde. Richard regresaba de buen humor, diciendo:

—Si mal no recuerdo, hablamos algo de ir a comer por ahí, ¿no, Stella?

—Así fue. ¿Qué? ¿Vamos?

—¡Vamos! ¡Dentro de media hora, arreglados y andando!

Media hora más tarde, Stella, Low, Yugoff y Ward se hallaban en la vieja ciudad china, subidos en sendos *rickshaws*. La joven vestía un vestido blanco, de gasa vaporosa, llevaba desnudas las piernas y pintadas las uñas de los pies; un gran sombrero circular de paja nívea la protegía del fuerte sol del mediodía.

Las primeras calles deleitaron a la joven: los farolillos, los letreros oscilantes con sus extraños signos, la vestimenta de las viandantes, todo; pero después comenzó su desilusión al rodearles y perseguirles una caterva de chiquillos sucios, despeinados y malolientes, pidiéndoles una limosna. Las cocinas ambulantes, con enormes ollas, despidiendo un vapor nauseabundo; la basura en medio del arroyo y las ruinosas paredes de las chatas y feas casas, terminaron por asfixiarla más que el calor.

Entraron en una de las mejores casas, atravesaron un oscuro pasillo, cruzándose con chinos de largas túnicas, y al fin se hallaron en el comedor del restaurante chino: una sala baja de techo, casi ocupada en su totalidad por chinos silenciosos, vestidos muchos a la europea y de miradas aviesas. Blancos no había ninguno.

Low tenía encargada la comida, y el dueño del local les invitó a sentarse a la única mesa libre, sazónando su invitación con cordiales y rebuscadas palabras de bienvenida, no cansándose de hacer reverencias a pesar de su gordura. Yugoff le explicó que él y

Ward ocuparían otra mesa. Rápidamente los mozos hicieron sitio empujando a unos y a otros para satisfacer a los europeos.

Stella contemplaba las exóticas caras curiosamente y se fijaba en los menores detalles del local. Apenas probó el vino de arroz dulce y muy agradable al paladar; comenzó a sudar aún más copiosamente. El mozo les tendió unas toallas. Stella, imitando a Low, se secó con ella el rostro y notó que la tela estaba húmeda y caliente; no obstante, sintió un notable bienestar.

—¿Le gusta lo que ha visto? —preguntó Low, sonriendo burlonamente.

—Sí, sí, mucho; si no hiciese tanto calor...

—Todavía está usted a tiempo de regresar al hotel. He encargado una comida típicamente china. Usted cierre los ojos y coma.

Cuando Stella vio el primer plato: unos huevos de color verdoso y que olían a sulfuro, ni cerrando los ojos pudo probarlos. Se fijaba en Low, manejando los palillos con una facilidad asombrosa y comiendo con apetito.

—¿Esto... esto le gusta, Richard?

—Espere a los siguientes. ¡Beba un poco vino! Eso si le gusta, ¿verdad?

Ella asintió y vació la taza de un sorbo. Como una desesperada, pidió una nueva toalla para enjugarse el sudor. El siguiente plato: cangrejos en una salsa rojiza. Lo probó gracias a que Low insistía y le escogía los trozos más selectos. Yugoff se reía prudentemente al verla hacer tantos guiños; él había pedido un bistec con patatas y media docena de huevos. Afirmaba que la cocina china sólo criaba renacuajos.

Y si el tercer plato no eran renacuajos, poco le faltaba: cuerpos negruzcos flotando en un líquido turbio, de color indefinible. Solamente con verlo, Stella se sirvió otra taza de vino de arroz.

El mozo apareció con una bandeja. Low advirtió a la joven:

—Ahora viene el plato preferido de los chinos: aletas de tiburón.

—¿Qué tal?... —preguntó ella en voz baja, temiendo herir la susceptibilidad del camarero, que colocaba la fuente en la mesa con una solemnidad especial.

Richard sonreía.

—¡Maravilloso! ¡Pruebe, Stella! Y luego podrá decir en Londres

a sus amistades que en Shanghai comió *Hung Shao Yu Ch'ih*

, y que conoció a un hombre capaz de adorarla como a una diosa.

Richard había hecho su declaración de amor en tono ligero, sin darle importancia, casi bromeando. Y es que Low llevaba sobre sí el complejo de su mestizaje. En el fondo, Low era tímido, temiendo siempre pisar en terreno resbaladizo a causa del color de su piel y de sus rasgos. No se dio cuenta al principio, Stella, de lo que acababa de oír. El nombre de las aletas de tiburón en chino la había despistado; pero luego quedó absorta, con la vista clavada en los misteriosos trozos de aleta que nadaban en una salsa pardusca. Sólo Dios y ella sabían lo que estaba pensando.

—Todavía no he decidido regresar a Inglaterra, Richard. Antes he de conocer todo lo de aquí, este plato tan raro y... ¿De verdad saben bien? —preguntó infantilmente, como olvidándose de las palabras del mestizo, de las palabras de amor.

—Saben bien, Stella —afirmó él gravemente, mirándole los rojos labios.

Y, dada su turbación, Stella Meyer comió aletas de tiburón; nunca podría decir si sabían bien o mal; estaba demasiado nerviosa.

Achacando la causa al calor, rogó volver al hotel. Low no se opuso, sino que dio orden a Yugoff de avisar a los *coolies* de los *rickshaws*, que esperaban afuera.

Low ayudó a subir en su cochecito a la joven; ella sintió que la mano masculina era de fuego, y sintió frío, un relámpago de frío por la espalda.

Cuando llegaron al hotel, el vino de arroz había surtido efecto en Stella, que bromeaba y tartamudeaba encantadoramente, arrancando sonrisas hasta del propio Ward; Yugoff le reía las gracias con las muecas de un oso. Se empeñaba la joven en subir al piso particular de Low, afirmando que estaba enterada de los muchos objetos artísticos allí guardados.

Consiguió que el mestizo accediese a sus deseos, y subieron en el ascensor particular. Era la hora de la siesta; el calor en la calle alcanzaba la categoría de torturante. En el piso, sometido a la refrigeración general del edificio y funcionando los ventiladores, se respiraba mucho mejor. Cuadro por cuadro y estatuilla por estatuilla fue contemplando la gentil inglesa, escuchando los

comentarios que hacía Low acerca de cada obra de arte. Muchas veces se apoyaba en su hombro, como si el piso perdiese la horizontal y ella la vertical.

Prudentemente, Yugoff se llevó a Ward, guiñándole un ojo con picardía.

Cuando Stella entró en una gran sala llena de pesados muebles de maderas preciosas con incrustaciones de nácar y oro, adornadas sus paredes con costosos cortinones color granate, y salpicando allá y acullá bandejas de plata pertenecientes a épocas pasadas y cinceladas por los mejores orfebres chinos, Stella parecía haberse normalizado un poco, y su capricho de bailar con la radiogramola que figuraba en un rincón, se vio también satisfecho por la paciencia delicada de Low.

Sobre el brillante y escurridizo suelo bailaron muy despacio, apenas sin moverse. El abarcaba casi toda la cintura femenina y sentía el cuerpo de ella estremecido. No hablaron. No necesitaban hablarse. Ella alzó la cabeza y vio dos ojos oblicuos que la fascinaban, y sus labios se entreabrieron. Se abatieron los labios del mestizo y sus bocas se juntaron en un beso largo. Interminable, que electrizó sus cuerpos. Habían dejado de bailar. Cuando él fue a tomar aliento, susurró:

—¡Stella: te quiero! ¡Stella...!

Ella mantenía los párpados cerrados y se apretó contra el fornido pecho de Richard, apoyando en él la cabeza, quedándose muy pequeñita a su lado, como niña que necesitase protección.

Cuando Ward, que estaba en el corredor sentado y fumando, vio salir a Low, le oyó decir a una de las doncellas:

—La señorita Meyer está echada. No la despertéis. Sí solicita algo, se lo servís.

Y al ver allí a Ward, le ordenó:

—Prepárate, que tenemos mucho por hacer. ¿Te has duchado? Que Yugoff permanezca aquí, vigilando; nosotros haremos unas visitas en el coche grande. Dentro de un momento salgo, voy a ducharme.

Mientras esperaba, James Ward meditó sobre el carácter del millonario. Veía en él al hombre solitario, al coloso de la voluntad, que, a pesar de su fuerza y poderío, necesitaba cariño a su lado, un corazón con el cual expansionarse y volcar el contenido de su

temperamento ardiente; era un ser humano, al fin y al cabo.

Y aquella tarde conoció otra faceta más del carácter de Richard Low. Éste visitó en sus casas particulares a una infinidad de personalidades financieras y políticas, sin descanso, sin tregua, sudando, pero no mostrando desfallecimiento hasta que por último fueron a las grandes oficinas que tenía en el Bund, donde enjambre de empleados le llevaban la cuenta de sus negocios legales.

Ward presenció la escena con el secretario. Fue tempestuosa. El secretario era un francés de expresión astuta, más seco que un palo, y que constantemente echaba mano al vaso cargado de *whisky* y de hielo. Low le acusó de estarle engañando, de facilitarle datos a sus enemigos, y terminó cruzándole la cara de una bofetada por su traición durante su permanencia en los Estados Unidos, y lo echó del despacho y de las oficinas para siempre, con la advertencia de que anduviese con cuidado si no quería recibir castigos mayores. Un jefe de sección, un chino que había estudiado Comercio en Londres, fue ascendido a la categoría de secretario general de la Empresa Low.

Y Ward tuvo que aguantar toda una tarde, hasta que se hizo de noche, una serie de conferencias telefónicas, entrevistas, discusiones y planeamiento de futuros negocios: pero no oyó la palabra contrabando ni nada de armas.

Regresaron al piso particular en el hotel a la hora de cenar. Una doncella comunicó que la señorita Meyer había llamado repetidas veces preguntando por él.

Shia, el silencioso amarillo de la túnica bordada, anunció que Yugoff estaba ausente, en una de sus excursiones a los bajos fondos; había dejado el número de teléfono al que podían llamarle.

En aquellos instantes sonó el timbre del teléfono.

—La señorita Meyer —anunció Shia.

Ward oyó las respuestas de Low:

—¡Hola, Stella! ¿Cómo estás? —preguntó casi con ternura, sentimiento que parecía estar desterrado de un hombre como Low.

—...

—No sabes cuánto lo siento, Stella. No, no puedo acompañarte. He de trabajar esta noche.

—Escucha, Stella, no seas así. Ten en cuenta que muchos asuntos me reclaman. Mi ausencia trae ahora un exceso de trabajo.

Esta noche me quedaré aquí, Luego, a medianoche, seguramente podré bajar a tomar un café helado contigo. Distráete en la ruleta si no quieres irte a dormir.

—...

—Sí, Stella, prometo que bajaré. De todas formas, llámame tú por teléfono a eso de las doce. Y prometo llevarte mañana a cualquier otro lugar típico. Sí, solos. ¡Hasta luego, Stella!

Ward cenó con Low, en su comedor particular, servido por las lindas doncellitas chinas, que miraban a su señor con un respeto exagerado. La conversación fue nula: Richard, mientras comía, repasaba los periódicos de la noche, deteniéndose especialmente en la columna de Bolsa.

Y luego, levantándose, anunció al joven:

—Voy a continuar trabajando en mi despacho. Esta noche siento un calor espantoso; no sé qué me pasa. Dile a Shia que abra todas las ventanas y que no olvide colocar los mosquiteros. Si quieres, puedes acostarte, salir no, hasta que regrese Yugoff.

—No tengo sueño. Me pondré a leer los periódicos. Yo también siento calor.

Y media hora después, sentado Ward en una mecedora, en el corredor, silenciosa toda la casa y la servidumbre recluida en sus habitaciones, sintió tentaciones de espiar a Low, al que se oía mover papeles en el despacho anterior a su alcoba, a través de la abierta ventana que daba al corredor.

Como aburrido, fingiendo distraerse en mirar los cuadros y en acariciar las suaves hojas de las grandes plantas de las macetas, el joven fue acercándose a la ventana, procurando no hacer ruido.

Richard Low se hallaba escribiendo en unos papeles, cotejando cifras y firmando otros documentos, a la luz de un flexo. Se había puesto un kimono japonés, seguramente para estar más cómodo.

Calmada la curiosidad de Ward, y comprendiendo que no podría averiguar nada aquella noche en nombre del

F. B. I.,

regresó al principio del pasillo, más en vez de volver a sentarse, abrió una de las cristaleras y se apoyó de codos en el alféizar, mirando al claro cielo y escuchando la alegre música que ascendía del jardín terraza, también concurridísimo a aquellas horas por los huéspedes del hotel.

Muchas veces se había preguntado él cómo de la nada podía llegar un hombre a ser millonario. Aparte de saber agarrar la oportunidad, no quedaba otro remedio que obrar como obraba Low: trabajo intenso, solución directa de los problemas, audacia en los negocios y una constante voluntad recta de querer ser alguien en la vida. ¡Voluntad, voluntad y voluntad!

Le distrajo de sus cavilaciones un suave susurro de zapatillas, deslizándose al otro extremo del corredor. Por pereza observó, a través de las hojas de una alta planta, que le ocultaba totalmente. Y pudo ver a Shia, que avanzaba cautelosamente, sin apenas hacer ruido, habiendo salido seguramente del ala izquierda del piso.

Vio que el chino se fijaba un instante en la vacía mecedora con los periódicos abandonados, y que después llegaba a enfrentarse con la abierta ventana del despacho de Low. Ward le miraba extrañado, sin comprender la actitud del chino.

Llegó a comprenderle cuando era casi tarde. Shia se había llevado la mano a una de las aberturas de la túnica, y sacó un puñal. ¡Shia pretendía asesinar a su jefe!

—¡Richard! ¡Cuidado! —gritó Ward, a la vez que su mano corría veloz a la sobaquera.

Cuando quiso disparar, Shia ya había lanzado el puñal por el hueco de la ventana, mientras en su rostro asiático brillaba una sonrisa diabólica.

Sonó el disparo y la bala fue a destrozar la muñeca del brazo extendido, del brazo asesino. Shia se la sujetó, lanzando una exclamación sofocada de dolor. Corrió Ward al despacho, tropezándose en la puerta con Low, que salía precipitadamente, algo más pálido que de costumbre. El puñal estaba clavado hasta el pomo en el respaldo de la butaca de la mesa de despacho. No hubo necesidad de explicaciones.

El chino olvidó su sufrimiento al ver la siniestra expresión del mestizo, que se le iba acercando lentamente. Huyó Shia de espaldas, retrocediendo cada vez más aprisa, balbuciendo palabras en su lengua, como solicitando perdón o desvariando de terror.

Llegó al final del pasillo y siguió retrocediendo. Sus piernas tropezaron con la pared, pero su espalda no encontró más apoyo que el débil mosquitero protector de la ventana que daba a la calle Kwangse. Rasgóse el mosquitero y Shia se precipitó en el vacío,

lanzando un horroroso alarido; las manos, deseosas de agarrarse a un punto firme. Luego, el ruido amortiguado de su cuerpo al estrellarse en el *macadam* de la calle, allá abajo, muy abajo.

Asomándose, Low y Ward vieron una mancha oscura pegada al suelo iluminada por el alumbrado eléctrico. Cortaba los hilos brillantes y paralelos de la línea del tranvía.

—¡Otro traidor! Queda explicado, por qué murió Randy tras su delación, la otra noche. Randy vino bajo impulso propio, para recibir una gratificación. Cuando partimos hacia El Arco Iris, Shia avisó telefónicamente a Maddock, y éste destacó a tres hombres con la orden de secuestrar y matar a Hokkata y a Randy. Por eso no demostraron ninguna sorpresa al entrar nosotros en el reservado de El Arco Iris; estaban avisados y preparados. Aquella noche cometí una de las mayores torpezas de mi vida: distraerme y no preocuparme del número de teléfono que marcaba Maddock bajo la amenaza de mi pistola. Él supo interponer su cuerpo, y yo estaba pendiente de los camareros y de los *gángsters* amarillos que allí bailaban, enemigos nuestros si hubiesen visto que amenazábamos a un amigo del dueño del *cabaret*. Maddock llamó a este piso. Conocía de sobra la obligación de Shia de coger el aparato a estas horas avanzadas. Y tuvo la suerte de que aún se hallasen aquí sus tres hombres destacados. ¡Creo que Shia era la última carta por jugar con el propósito de eliminarme! De un momento a otro subirá la Policía.

—¿Qué contamos? —le preguntó Ward.

—La verdad, nada más que la verdad; ocultando que tú le disparaste. Verán el cuchillo y el testimonio tuyo evitará acusaciones. El impacto en la muñeca no lo notarán; se habrá destrozado al caer desde tanta altura y la Policía de Shanghai no se mete en demasiadas averiguaciones por la muerte de un chino; hace demasiado calor y las ganas de trabajar son pocas. Oculta la pistola y la funda en cualquier sitio, aun cuando estoy seguro de que no se atreverán a registrar mi casa. La patrulla de este distrito está en mis manos.

Tal como imaginaba Low, así sucedió. La Policía no hizo grandes esfuerzos por conseguir la verdad de lo ocurrido, y media hora después, el mestizo bajaba al hotel, en busca de la deliciosa Stella Meyer.

GANE USTED MAS DINERO
asistiendo a los espléndidos **CONCURSOS** de
EDITORIAL ROLLAN
¡ATENCIÓN AL PROXIMO CONCURSO!

LA RESURRECCIÓN DEL PASADO



RANSCURRIERON dos días de plena actividad para Low, quien continuamente se desplazaba de sus oficinas a los centros oficiales, o a la Bolsa o a la Aduana, solucionando sin descanso asuntos y más asuntos. Yugoff y Ward se alternaban en la conducción del coche grande, pues el agente del

F. B. I.,

comenzaba a conocer la toponimia de Shanghai. Le pesaban como el plomo los billetes que Low le había entregado por su defensa

cuando el ataque traidor de Shia, uniendo al dinero una sonrisa y unas palabras de agradecimiento.

Fue en la mañana del tercer día de trabajo. Low se encerró en su despacho con dos chinos recién llegados, de avanzada edad y barbitas largas y casi blancas. Tenían aspecto de comerciantes. Detrás de ellos salió Low a la antesala y encargó a Ward que regresase con el coche al hotel y dijese a Yugoff se pasase urgentemente por las oficinas. No dijo nada más, pero en su acento había una nueva fuerza, como si su mente estuviese ocupada por un asunto de envergadura.

Obedeció Ward la orden. Quedóse solo en el piso, con las doncellas. Llegada, la hora de comer, ni Low ni Yugoff aparecieron. Stella Meyer llamaba a cada cuarto de hora preguntando por Richard.

En la calma de la siesta, sabiendo que la servidumbre se recluía en sus habitaciones, al fondo del ala izquierda del piso, Ward se decidió a hacer un registro minucioso en las habitaciones íntimas del mestizo, sobre todo en el despacho.

Con unas ganzúas adquiridas en una de sus excursiones a los bajos fondos de Shanghai, y con la destreza adquirida en las prácticas de la Academia de Quántico[5]. James fue abriendo los cajones y examinando papel por papel. Nada sospechoso. Cifras, informes sobre el mercado mundial de la seda, cartas de amigos de Low, pero hablaban siempre de mercancías legales, y una pequeña *browning* niquelada con cachas de marfil. Nada respecto al tráfico ilícito de armas.

Con indiferencia miró una pequeña fotografía que estaba boca abajo en uno de los rincones de un cajón. Verla y sentir que el piso se le iba debajo de los pies todo fue uno. Observó entonces el dorso, y vio escrito a tinta, un nombre: «John Tanner». Volvió a mirar el retrato de un hombre, un marino de la Armada norteamericana, con galones de comandante. Un hombre alto, de rostro jovial y simpático, cuyas facciones tenían cierto parecido con las del propio Ward.

Éste, con el pedazo de cartulina en las manos, dejóse caer en el sillón, anonadado. ¡El fotografiado, John Tanner, era su padre!

Los minutos fueron viviendo y muriendo, y James Ward continuaba en igual postura, ensimismado, aislado del mundo

exterior. Su memoria le trajo al presente retazos de su vida.

Cuando era un chiquillo de dieciséis años, un día, en Detroit, población donde vivía con su familia, escuchó sin querer una conversación entre su madre y su padre, comandante de la Armada norte americana. Habían discutido, y ella reprochaba a su marido sus aventuras galantes de soltero, recriminándole especialmente por tener abandonado un hijo en el Japón, el hijo de él y de una japonesa.

Ward recordó la impresión que aquel conocimiento le produjo. Era hijo único del matrimonio y siempre había echado de menos un hermano, con el cual compartir sus juegos y sus estudios. Conocía a su madre, y sabía de su bondad, alma caritativa que de todas las desgracias ajenas se compadecía, mientras su padre, hombre curtido por los aires de todos los mares y casi siempre de viaje en los barcos de guerra norteamericanos, era hombre jovial, sí, pero voluntarioso en conseguir sus caprichos.

El agente del

F. B. I.,

vivió nuevamente el momento de recibir el telegrama notificando que John Tanner había muerto heroicamente al mando de un acorazado en las costas de Alemania. En el año 1918. Su madre murió al poco tiempo, y él entonces se marchó con unos tíos suyos, a Nueva York, donde estudió leyes, entrando después en el

F. B. I.,

como agente especial, tras sufrir las duras pruebas de la Academia.

Fue por casualidad, un día, encontrarse con un antiguo compañero de su padre. Hablaron de los tiempos pasados, y entonces salió a relucir el hijo que John Tanner había dejado en Tokio, durante sus años mozos. Hábilmente, como si estuviese interrogando a un sospechoso, James obtuvo todos los datos posibles sobre lo ocurrido entonces.

Tuvo curiosidad por conocer a su hermano natural, pero las circunstancias de su profesión, plagada siempre de peligros y comisiones azarosas, le impidieron hacer ninguna gestión efectiva.

Y el Destino, fuerza invencible, le enfrentaba ahora con el hombre que llevaba sangre de la suya, y para más escarnio, le perseguía y le vigilaba, fingiéndose amigo, traicionándole, después de convencerse de la valía de Richard Low, nombre supuesto a

todas luces.

Ante el intrincado problema sentimental que se le presentaba, en lucha la fuerza de la sangre y sus nobles sentimientos contra el mandato del deber, Ward naufragaba en los remolinos destructores de la duda.

Maquinalmente volvió a cerrar los cajones, dejando todos los papeles en su debido sitio, también la fotografía reveladora, y salió del despacho, entrando en su alcoba, donde se tumbó en la cama, fumando cigarrillo tras cigarrillo, buscando el camino a seguir.

Martilleaba sus oídos el latido de la sangre en las sienes, y le parecía oír: «¡Lealtad! ¡Lealtad! ¡Lealtad!», el lema de Richard Low; pero asimismo escuchaba mezclada la robusta frase del lema del F. B. I.

«¡Fidelidad! ¡Fidelidad! ¡Fidelidad!».

Sintió que la cabeza le estallaba y se revolvió sobre la colcha, gimiendo de dolor espiritual. La Naturaleza, piadosamente, le sumió en un sueño cada vez más profundo, haciéndole descansar.

No penetraba ninguna luz a través del mosquitero de su ventana cuando se despertó, a la llamada de una de las doncellitas chinas.

—¿Qué ocurre? —preguntó, a la vez que la realidad de su problema sentimental le inundaba de nuevo el cerebro.

—La señorita Meyer espera ahí fuera, señor Ward. El amo todavía no ha venido, ni el señor Yugoff tampoco. La señorita desea verle a usted.

—Dile que espere; enseguida salgo.

Echando pie a tierra, se desnudó, pasando después al cuarto de baño. El frío dardo acuático le calmó y refrescó, acabando con el torbellino de dudas que corroían su pensamiento. Se ponía la camisa, cuando encontró el camino a seguir: Primero, servir al F. B. I.,

desbaratando el tráfico ilegal de armas; después... después: declarar su verdadera identidad a Richard y conseguir de él que se apartase de cuanto no fuese lícito, al fin y al cabo, su hermano de padre no era criminal ni un ladrón. Era un hombre que se había formado a sí mismo, batallando contra el hambre, la miseria y la humillación, y su corazón estaba endurecido, pero en el corazón del corazón tenía un ascua de nobleza y de dignidad, no todo eran cenizas. Lo demostraba su repulsión a negociar con el opio y con mujeres. Tal

vez, posiblemente, si llegaba a enamorarse de la señorita Meyer, se purificase por completo; Richard parecía muy interesada en mantener aquellas relaciones, aun cuando lo disimulase, siguiendo las líneas psicológicas japonesas.

Stella le esperaba en una salita. Sonrió al verle entrar, pero en sus ojos de ámbar había una preocupación, que no tardó en quedar al descubierto, según supuso James.

—¿Le ha pasado algo a Richard? Estoy llamándole todo el día y...

—No sé, señorita Meyer. No vino a comer... Está muy atareado con sus negocios. Es mucho lo que pesa sobre sus hombros. Pero, no tema nada, no puede ocurrirle nada; Yugoff le acompaña.

—¿Estás metiéndote conmigo a traición, James? —Sonó la voz tonante del ruso, en tono de chanza.

Bajo el dintel de la puerta estaban Low y Yugoff. El primero entró, con una sonrisa en los labios, y se acercó a besar la mano de la joven. Venía sudoroso, todo arrugado el traje blanco.

—¡Hola, Stella! Me ha gustado verte aquí, puedes considerarla como tu propia casa. ¿Se ha portado bien James?

—Sí, Richard; —el señor Ward se me hizo simpático desde el día que me lo presentaste. Tiene el inconveniente de que te quiere demasiado, se preocupa demasiado por ti— aseguró ella, irónicamente.

—Lo sé, lo sé, Stella —reconoció Low con sinceridad—. Yugoff y él son los dos únicos verdaderos amigos que me quedan. Junto a ellos, me siento seguro en este Shanghai envidioso y conspirador. De ti espero también mucho.

Yugoff, diplomático por una vez, cogió suavemente del cuello a James —al que le sacaba la cabeza—, y lo arrastró al pasillo sin hacer ruido.

Stella había bajado la mirada. El mestizo lo observó y preguntó:

—¿Me equivoco, Stella? ¿Puedo esperar de ti esa única verdad que todos los humanos buscamos?

Ella levantó sus ojos, húmedos, bellos como un trozo de luna.

—Sí, Richard —dijo en un suspiro.

Low la atrajo dulcemente, haciéndole ponerse en pie, y en silencio se estrechó contra su pecho, abarcándola con los dos brazos, como protegiéndola. Besó los perfumados cabellos de oro

con una ternura infinita.

Transcurrió un largo rato, ambos en la misma postura, ambos conmovidos y emocionados.

La realidad se impuso y Richard levantó el rostro a Stella, cogiéndole dulcemente la suave barbilla.

—Esta noche salgo de viaje. Estaré ausente dos días.

—¡Oh, Richard, no te vayas! ¡Que vaya uno de tus amigos! ¡Sólo te sacrificas por tus negocios! Nos acabamos de... conocer y ya te separas de mí. ¿Adónde vas?

—Como tú has dicho, un viaje de negocios. Al interior de esta región.

—Llévame contigo —solicitó ella impulsivamente.

—No puede ser, querida. Una mujer no... No tendrías comodidades.

—¿Qué me importan las comodidades si voy contigo? Vamos, Richard, llévame contigo. Así estaremos juntos y conoceré cosas raras de China.

—¿No te bastó la comida del otro día? —preguntó él burlonamente.

Ella se echó a reír, y su cálido cuerpo vibró, vibrando a su vez al mestizo.

—Anda, Richard, llévame contigo. ¿Qué voy a hacer en Shanghai sin ti? —interrogó ella, con un mimo tan exquisito, que Low le hubiera dado el mundo, si el mundo le hubiese pedido.

—Bien, sí te empeñas... Saldremos esta misma noche. Yugoff vendrá a buscarte a las doce. Estate preparada. Lleva un traje fuerte, quiero decir, impermeable a la humedad aunque no abrigue. Oye Stella, ¿y qué vas a decir a la señora Griene?

—La verdad, ni más ni menos. A ella no le queda otro remedio que aceptarlo o despedirse; mis padres murieron hace tiempo.

—Entonces, vamos a cenar aquí mismo. Espérame un momento, que voy a bañarme. Pide a las doncellas cualquier cosa de beber. ¡Hace un calor horrible!

Serían las once de la noche cuando Ward descendió a la gran lancha a motor que se balanceaba en el río. Low, ya empuñaba la rueda del timón y tenía el motor en marcha, un motor cuyas explosiones apenas hacían ruido.

—¡Siéntate, James, y ojo avizor!

La gasolinera se apartó del apartado muelle. Cortó su proa la oscuridad de la noche —aún no estaba la luna fuera—. Ward sintió que respiraba mejor; la humedad del río refrescaba el aire, cargado también del olor a pescado y a polvo de carbón del desembarcadero. Un junco chino fue dejado a la derecha y poco después, también quedaron atrás dos grandes navíos de guerra con sus luces de situación encendidas. Un cono luminoso surgió del agua, ascendiendo hasta el cielo: la Policía del Puerto vigilaba, pero estaba muy lejos.

Ward se encontraba extraño dentro del capote encerado; más familiar encontraba el peso de la ametralladora ligera elegida de las contenidas en un cajón. La munición le pesaba en los bolsillos y en el cinturón con cartucheras que llevaba debajo del jersey.

Una hora antes, Yugoff había cenado rápidamente y salido del hotel a toda prisa. La noticia de que Stella Meyer les acompañaría en la extraña excursión le disgustaba; no era operación aquélla para mujeres. Ignoraba de lo que se trataba justamente, más intuía que se aproximaba al cogollo de las ilegales actividades de Richard Low, de su hermano natural. La misión encargada por el Estado Mayor del

F. B. I.,

en Washington [6] estaba en el umbral del velado misterio.

La gasolinera continuaba avanzando, resbalando sobre las aguas como si tuviese alas, adentrándose cada vez más en la niebla que se levantaba de las aguas malolientes del río. El joven agente especial sentía a sus pies unas cajas de madera y algo blando, como ropa liada. Observó que Low conducía diestramente, acelerando el motor paulatinamente; también él sabía conducir aquel tipo de lanchas, prácticas obligatorias en la Academia.

Una gran mole sombría fue dibujándose en la niebla, perfilándose cada vez más, con luces rojas y verdes encendidas. La gasolinera iba acercándose al barco y luego describió un arco para coger a la nave por la popa. El motor perdía fuerza bajo la mano del piloto. A babor se vieron unos bultos flotando en las aguas y figuras humanas moviéndose en medio de un silencio absoluto. La gasolinera de Low se detuvo al costado de la nave y enseguida la voz poderosa de Yugoff se dejó oír:

—¡Jefe!

Momentos después, un cabo era echado y la gasolinera se situó detrás de otras quince embarcaciones del mismo tipo. Desde la borda del barco bajaban mediante cuerdas cajas y cajas de madera que los tripulantes de las lanchas iban repartiendo. Todos eran chinos, de expresiones serias y de movimientos ágiles y precisos. Contrabandistas acostumbrados a trabajar deprisa y sin escándalo.

—¡Sube conmigo, James!

Ward siguió a Low, subiendo por la escala. En cubierta, un marinero les guió hasta la cabina del capitán, un tipo rechoncho y fuerte, amable y sonriente. Estrechó la mano del mestizo; se conocían de antes.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta mil.

Era enorme el fajo de billetes norteamericanos que Richard sacó de entre su ropa; la culata de una pistola quedó al descubierto. Entregó la cantidad citada al capitán. Ward no perdía detalle; ya tenía en la memoria el nombre del buque. Y también vio cómo el marino entregaba un sobre cerrado a Low. Éste lo rasgó y leyó de una ojeada la misiva, que se guardó a continuación en uno de sus bolsillos interiores. Ward estuvo tentado de encañonarlos y enterarse del contenido de la carta, seguramente escrita por los remitentes de la ilegal mercancía. El deseo de conocer el fin del contrabando, le obligó a esperar un momento más propicio para apoderarse del papel escrito.

Yugoff apareció, anunciando que la operación estaba realizada. Sonreía; se le veía feliz cuando estaba metido en faena. Su sangre de luchador le hacía disfrutar siempre que hubiese peligro o ilegalidad.

Se despidieron del capitán y bajaron de la nave a las lanchas. Ward observó que las largas cajas de madera vistas anteriormente habían desaparecido, estando todas las embarcaciones cargadas hasta los topes de otras cajas cuadradas y de mucho menor volumen. Dedujo que astutamente, habían ocultado la mercancía ilícita con otra de absoluta legalidad, cualquier producto de importación.

—Yugoff: Vete a recoger a la señorita Meyer. No pierdas tiempo. Tienes que alcanzarnos antes de media hora. Ella estará preparada.

El ruso se alejó, solo, en una gasolinera sin cargamento, igual

que la ocupada por Low y Ward. Los chinos se había distribuido en las otras, y empuñaban largos remos ligados a las estacas de las bordas, a pesar de que sus embarcaciones también estaban equipadas con motor.

—¡Adelante! —Mandó Low.

Desde el primer momento, aquellos hombres, demostraron que no desconocían la operación furtiva. Formaron en parejas y a golpes de remo se fueron alejando del barco, río arriba. A aquellas horas de la noche la corriente era más impetuosa y tenían que luchar contra ella, Low llevaba su lancha a medio gas y corría a lo largo de la expedición, vigilando y animando a los remeros chinos en su lenguaje.

La niebla continuaba espesa, a flor de agua, sirviendo inconscientemente a la furtividad de la fantasmal flotilla de contrabandistas. El suave y rítmico chapoteo de los remos, y el pitido de las sirenas en el puerto, a respetable distancia.

Low se situó a retaguardia, comprobando que ninguna de las lanchas cargadas se rezagaba.

Pasó un largo rato antes de que se oyese atrás el ruido de un motor a todo gas. Low paró el suyo, dejando la embarcación a la deriva y empuñó una pistola ametralladora. La voz de Yugoff se hizo oír, con su palabra habitual:

—¡Jefe!

Al momento, Stella caía en brazos de Low.

—¡Qué interesante es todo esto! —exclamó ella, con viveza, brillándole los ojos en la oscuridad.

—Espere y verá lo interesante que es, cuando aparezca por ahí alguna partida de bandoleros chinos —advirtió Yugoff, muy serio, desde su embarcación.

—No te lo creas, Stella. A Yugoff le gusta gastar esa clase de bromas. Ven; siéntate aquí. Irás cómoda. Tú, Yugoff, vete a la cabeza y adelante, ya no hay miedo. Si vienen éstos, ya sabes lo que has de hacer.

El ruido *en crescendo* de los motores despertó las aguas dormidas del río. La flotilla comenzó a avanzar a aceptable velocidad, corriente arriba. El detalle de que los chinos supiesen manejar las gasolineras confirmó a Ward en su certidumbre de que todo aquello había sido hecho una y otra vez.

La niebla iba disminuyendo y el cielo fue aclarándose: la luna aparecía. En las lejanas orillas se divisaban la escolta de árboles milenarios.

—Si se cansa de conducir, yo puedo sustituirle, señor Low —se ofreció Ward, deseoso de entrar en actividad y no quedarse a solas con sus pensamientos.

—Aceptado, muchacho.

Hicieron el cambio y el mestizo se sentó junto a Stella, comenzando los dos a hablar en voz queda. Cuando la luna invadió con energía la noche, Ward, volviendo la cabeza disimuladamente, pudo ver que Richard había pasado un brazo por detrás de la joven y la besaba. Experimentó lástima de los dos; de ella y de él. El futuro se les presentaba adverso, a cada uno en un sentido.

Habrían navegado una hora, cuando Yugoff, retrasándose, se puso a la altura de la embarcación conducida por Ward.

—Jefe: Oigo motores. Vienen de arriba hacia acá.

—Serán ésos. Dales unos cuantos de los grandes. Yo me esconderé.

El ruso volvió a ocupar su situación primitiva, a la cabeza de la flotilla, y Low se tendió en el fondo de la lancha, rogando a Stella que le cubriese con una manta y luego le echase encima unos fardos de tejidos.

—¡Alto! —tronó la voz de Yugoff.

Enmudecieron todos los motores de las embarcaciones, y los chinos cuchichearon entre sí, murmullo que fue acallado con una maldición del ruso. A la argentada luz lunar, se vio salir a dos gasolineras en dirección contraria, deteniéndose frente a la lancha de Yugoff.

—¿Quiénes sois y adónde vais? —preguntó una voz ronca, en mal francés.

—Nuestro jefe es el honorable Richard Low y vamos a Hon Kew.

—¿Qué transportáis?

—Géneros de lana, anilinas y algo de azúcar. Podéis revisar si queréis. Aquí tenéis los papeles de permiso de la Aduana.

Ward vio desde atrás cómo el ruso les echaba algo. Los otros encendieron una lámpara y la apagaron enseguida.

—No hay necesidad de registrar. Sabemos que el honorable Richard Low es un honrado comerciante.

Y sin más palabras, pusieron sus gasolineras en funcionamiento y pasaron a lo largo de la flotilla. Ward se fijó en sus uniformes y en sus caras: pertenecían a la Policía china. En la proa de sus embarcaciones llevaban una ametralladora montada sobre un trípode.

Quedaba claro el soborno; los «papeles de la Aduana» eran buenos billetes de Banco. La perdición de China era y es la aceptación descarada y desmesurada del soborno.

—¡Adelante, muchachos! —gritó el ruso.

Los contrabandistas reanudaron su viaje, río arriba. Low salió de su escondrijo, sin hacer comentario alguno sobre el percance, por otra parte esperado y solucionado de antemano.

Sin más detenimientos, transcurrieron las horas de pleno avance. Stella se había dormido en los brazos de Low. Éste permanecía despierto, fumando con frecuencia, en silencio. En dos ocasiones se cruzaron con barcas chinas empujadas a remo.

Llegó el amanecer con su luz nacarada y el astro de la noche fue perdiendo luminosidad, retrocediendo ante el rey del día. Ward estaba cansado y sentía entumecidos los miembros, agradeciendo la protección del capote encerado, que le guardaba de la humedad del río, cuyas separadas orillas iban juntándose perceptiblemente.

Fue Low el primero en volver la cabeza, mirando a retaguardia: se oían las explosiones de varios motores.

—¡Ven aquí, Yugoff! —gritó.

Despertóse Stella Meyer, bonito como siempre su rostro aterciopelado.

—¿Qué sucede, Richard? ¿Hemos llegado ya?

—No, que viene alguien por detrás, y es extraño. Las gasolineras son bastante raras por aquí, y más a estas horas. Suelen salir de Shanghai al amanecer y éstas tienen que haber salido de allí a medianoche.

Yugoff había hecho virar en redondo a su embarcación.

—¿Qué ocurre, Jefe? Ya he oído eso. Será otra vez la Policía.

—No, la Policía ya habrá llegado a la ciudad. Sal a su encuentro y toma todas las precauciones necesarias. Ten la ametralladora a mano. Salta a su barca y ve con él, Ward.

Yugoff y Ward se alejaron, corriente abajo, a enterarse de los navegantes que se les acercaban.

Stella observó con inquietud a Low.

—¿Temes algo, Richard?

—Lo peor. Como sean ciertas mis suposiciones tendré que desconfiar de todo el mundo. ¡Seguid, vosotros! —ordenó, dirigiéndose a los tripulantes chinos de las otras embarcaciones.

—Pero, Richard, si se trata de enemigos, los chinos pueden ayudarte.

—Los chinos sólo saben chillar y tirarse al agua, abandonándolo todo. Así es probable que se salve la mercancía. Ya los alcanzaremos. Son de confianza y no robarán.

Una serie de detonaciones crepitó en el silencio del amanecer. Los árboles de las orillas parecieron vivificarse al eco de los estampidos. Una lluvia de detonaciones, y después otras dos ráfagas casi sincrónicas.

Sin vacilar, Low hizo virar ciento ochenta grados a su lancha motora y navegó a favor de la corriente.

—¡Qué pena que no sepas manejar un cacharro de éstos, Stella!

—Sí sé manejarlo. En Florida me enseñaron, el año pasado.

En cuanto Richard se cercioró de que la joven no mentía, con unas ligeras instrucciones complementarias, le dejó el mando de la embarcación, y él extrajo del fondo una caja larga, forrada de cinc. Abierta, mostró en sus entrañas una magnífica ametralladora ligera, con culatín, último modelo. Un montón de cargadores atestiguaban las reservas de munición.

Vieron regresar hacia ellos a la motora tripulada por Yugoff y Ward. De una ojeada circular, Low proyectó un plan astuto. Atrás habían dejado un recodo del río, con las orillas llenas de árboles y vegetación salvaje que vertía sus ramas y hojas hasta tocar el agua.

—¡Déjame el timón, Stella!

Hábilmente, volvió a tomar la dirección primitiva, y a toda marcha llegaron al recodo y viró a la izquierda, describiendo sobre las aguas un arco de 90 grados, hasta casi empotrar la proa en la amarillenta orilla, bajo una bóveda de espeso follaje. Paró el motor y se puso a popa, con la ametralladora apoyada en el hombro, presta a derramar su carga mortífera.

—¡Tírate al fondo, Stella, y encárgate de tenerme dispuestos los cargadores cuando yo te los pida! No temas, querida: esto va a ser un juego de niños.

Por entre el ramaje que caía en cortina vio a Yugoff y a Ward que tomaban con su gasolinera el recodo, y a la vez miraban en todas direcciones, despistados, no encontrando a su jefe.

—¡Yugoff! ¡Estoy aquí! ¡A la izquierda!

Los otros le vieron y aminoraron la marcha de su motor.

—¡Vosotros, a la derecha! ¡A cogerlos en fuego cruzado! ¿Quiénes son? —preguntó Richard.

—¡El canalla de Maddock! ¡Vienen con cuatro motoras! —repuso el ruso, mientras se guarecía en un sitio apropiado, siguiendo las indicaciones de su jefe.

Éste, desde su escondrijo, no veía más que el nacimiento del recodo del río; su panorámica no abarcaba más. Estaba con el oído atento a las ya cercanas explosiones de los motores enemigos. Volvió la cabeza, mirando abajo, y sonrió cariñosamente a Stella, que estaba más pálida que de costumbre. No obstante, en sus ojos ambarinos chispeaba una decisión admirable.

Unos minutos de espera. Las explosiones sonaban muy cerca. Al fin, entraron en el campo visual de Low las proas de las dos primeras embarcaciones con tripulantes enemigos, que en cuanto tomasen la revuelta se darían cuenta de la emboscada. Les dejó avanzar unas yardas más y cuando vio las proas de las dos últimas, apuntó a las primeras, a ras de las bordas, y apretó el gatillo, visando horizontalmente con el arma. La ráfaga de proyectiles barrió materialmente a los tripulantes de las dos primeras gasolineras. Yugoff y Ward concentraron sus fuegos en ellas desde la otra orilla, y los ayes y maldiciones se unieron al crepitar de las detonaciones en serie interminable. Sin mando, las lanchas chocaron entre sí y detuvieron a las dos siguientes, que ya estaban también en el campo visual de Richard.

Mientras éste cargaba, el enemigo se rehízo de la sorpresa y fueron varios los que se lanzaron de cabeza al agua para subir por popa al par de lanchas incólumes. Los tripulantes de éstas dieron gas a los motores con el fin de salir cuanto antes del atolladero y escapar de la encerrona. Y lo consiguieron, no sin antes recibir una de ellas varios impactos por debajo de la línea de flotación.

Low abandonó la ametralladora, y se puso al timón. Instantes después entregaba el mando a Stella, ordenando persiguiese al enemigo. Yugoff y Ward también se lanzaron en pos de ellos, y

pronto la pericia del agente del

F. B. I.,

hizo que adelantasen a Low y Stella. El ruso, tendido sobre la proa, empuñaba otra ametralladora y reía con carcajadas locas. Estaba en su ambiente; no le atemorizaba el peligro.

De las fuerzas enemigas sólo restaba ya una motora, la otra, la agujereada, había ido perdiendo velocidad y flotación, y sus tripulantes habían pasado a la primera. En el recodo del río quedaban sin vida o luchando a dentelladas con la muerte, ocho hombres. Los restantes sumaban media docena, y excepto el timonel, formaban un frente erizado de cañones a popa. Habían cometido el fatal error de no llevar consigo ametralladoras ligeras, sino pistolas ametralladoras.

Eran más potentes los motores de las lanchas pertenecientes al mestizo, y la más avanzada, la de Yugoff, continuaba ganando distancia, acercándose sensiblemente. Comenzó el cambio de disparos. El ruso tenía una puntería prodigiosa y no desperdiciaba balas, matando de la primera ráfaga a tres contrarios.

—¡Aprieta, Stella! —Mandó Low, deseoso de entrar de nuevo en combate.

Entonces vieron que Ward se erguía en una postura extraña, abandonaba el timón y, perdiendo el equilibrio, caía al agua. Al darse cuenta Yugoff, se puso al timón y conducía con la mano izquierda, mientras desenfundaba una pistola con la derecha.

Al pasar la lancha de Low por el sitio donde había caído Ward, Stella exclamó:

—¡Está moviendo los brazos, Richard! ¡No ha muerto!

El mestizo miró al frente y vio a Yugoff avanzar a toda marcha, en cambio de disparos con los tres únicos enemigos supervivientes; supuso que el ruso retrocedería a esperarle, y sin pensarlo más se lanzó de cabeza al río, a salvar a su amigo Ward, después de quitarse el capote encerado.

Nadando vigorosamente, a pesar del impedimento de la ropa y apartándose de la bulliciosa estela dejada por su propia embarcación, acercóse al punto donde había visto sumergirse a Ward. Éste ya no braceaba y las profundidades del río tiraban de sus pies, arrastrándole la fuerza de la corriente. Buceando, Low demostró ser un nadador de primera clase. Con los ojos abiertos en

las turbias aguas, consiguió localizar a su amigo y agarrarle por la cabellera. Con una violenta sacudida de piernas y ayudándose con el brazo izquierdo, subió a la superficie, apareciendo de espaldas y colocándose la cabeza del inanimado joven encima de la cintura, a flor de agua.

Instantes más tarde, Stella llegaba con la lancha, después de virar en redondo, a recoger a los dos hombres. Apenas estuvieron dentro de la embarcación y convenciéndose Low de que su amigo sólo tenía un chasponazo en la sien por dónde sangraba, y que no había tragado demasiada agua, se puso al timón, e indicó a Stella que tratase de reanimar al otro, haciéndole la respiración artificial.

El aproó río arriba, en persecución de las dos lanchas precedentes. Ardía en deseos de exterminar a Maddock y a los que restasen. Entre tanto, Yugoff parecía haberse vuelto loco, puesto al timón, y alcanzando casi al enemigo. Su creencia de que Ward había muerto, le había trastornado el cerebro. Con bestial sonrisa en sus labios y un brillo cruel en sus ojos, mascullando maldiciones, llevaba el motor a toda marcha, sin malgastar la munición de la pistola y despreciando los proyectiles enemigos.

—¡Hijos de perra maldita! Habéis matado a un buen muchacho, pero yo os voy a hacer picadillo como os coja entre mis manos. Ese muchacho valía más que todos vosotros. ¡Vosotros lo habéis matado!

Maddock era uno de los tres bandidos supervivientes. Más astuto que sus partidarios, procuraba siempre ponerse a cubierto y disparaba siempre con todas las garantías de seguridad. Azuzaba a los otros, pero él no daba la cara. Apuntando cuidadosamente, apretó el gatillo.

El proyectil fue a clavarse en el pecho del gigantesco ruso. Un rugido de ira fue su respuesta, y forzó el motor hasta el máximo, metiéndose en la misma estela dejada por la embarcación primera. Y cuando la proa de su lancha tocaba la popa de la otra, abandonó el timón y corrió, tambaleándose, hacía proa, gritando rabiosamente, comenzando a disparar a quema ropa:

—¡Perros! ¡Os ha llegado vuestra última hora! ¡Yugoff os va a deshacer!

Cosió a balazos a dos de los enemigos, pero él recibió tres impactos en el vientre, y su enorme corpulencia se encogió de dolor

mortal. Hizo un último disparo contra Maddock, que se tiraba al río en aquel momento, huyendo del temible ruso y de las desenfrenadas lanchas sin timonel.

El ruso cayó de espaldas en el fondo de su desbocada embarcación, que navegaba en zigzag hasta que fue a encallarse en un banco arenoso del río.

Cuando Stella y Low llegaron a su altura y detuvieron el motor, el ruso estaba cara al cielo, con los ojos muy abiertos y las velludas manos sujetándose el vientre.

Sus únicas palabras fueron:

—¡Yo no he sido... un traidor...!

Yugoff recibió como sepultura las aguas del río, el mismo río que él había utilizado también como sepultura para otros.

Low examinó la última barca enemiga, que se había empotrado de proa en la fangosa orilla derecha. Buscaba el cadáver de Maddock, porque ellos no pudieron distinguir la fisonomía del que se había lanzado al agua en el último instante de la lucha: se hallaban a demasiada distancia de las primeras motoras. Registraron las orillas, buscaron entre los matorrales y no vieron nada, tampoco el cadáver de Maddock.

—No podemos perder más tiempo, Stella. Hay que alcanzar a los chinos.

Cuando se alejaban a toda marcha, oyeron a retaguardia el ruido de un motor. Volvieron la cabeza. Una de las lanchas huía en dirección contraria. Low sintióse tentado de virar e iniciar la persecución, pero la «mercancía» le obligaba a seguir adelante, pese a que el instinto le decía que Maddock se había salvado. Y, efectivamente, así lo comprobó enseguida: el viento les llevó la odiosa voz del criminal:

—¡La próxima me tocará a mí, Low!

Stella se fijó en su acompañante: Iba pálido, con los labios contraídos y crispadas las manos, cogidas al timón.

Era más de media mañana cuando alcanzaron a la flotilla. Los tripulantes chinos siguieron silenciosos, como si nada hubiese ocurrido. Ward permanecía en el fondo de la lancha, con la cabeza vendada; la fiebre comenzaba a invadirle.

Sufrieron los rigores del sol, y al anochecer, Low, que había permanecido silencioso durante la jornada, mandó hacer alto,

atracando a la orilla derecha, entre un grupo de árboles que hundían sus retorcidas y desnudas raíces en el agua.

—¿Vamos a pasar aquí la noche, Richard? —preguntó la joven.

—Sí; éste es el sitio convenido. Ya tenían que estar aquí.

Apenas echaron pie a tierra, de entre los matorrales surgieron varios chinos, acercándose con toda clase de precauciones. Low empuñaba la pistola ametralladora, pero bajó el cañón al distinguir a los que iban en cabeza.

—Honorable amigo, bien venido seáis tú y los tuyos —saludó el más adelantado, haciendo una reverencia.

La joven observó que los últimos iban con prendas militares mezcladas, cruzándoles el pecho dos cananas; empuñaban sendos fusiles.

—Aquí está la mercancía —notificó Low, de mal humor.

—¿Cuánto vale?

—Doscientos mil dólares.

El chino hizo una seña con el brazo a los suyos y media hora más tarde toda la mercancía estaba descargada. El mestizo repartió unos dólares entre los hombres de su tripulación, y les dio la orden de que regresasen a Shanghai; no quería que ellos viesan el género de mercancía que transportaban.

Apenas la flotilla emprendió el regreso a la ciudad, los compradores comenzaron a abrir las cajas y examinar los contenidos. Low procuró que Stella quedase al lado de Ward, alejada, y él no soltaba la pistola. Aparecieron revólveres, granadas de mano, fusiles ametralladores y pistolas de cañón largo.

El chino hizo un minucioso recuento y no terminó hasta que el sol se había ocultado tras las montañas. A la luz de un farol entregó la cantidad estipulada en billetes norteamericanos.

Low no perdió el tiempo. De espaldas al río, sin perder de vista a los chinos, que comenzaban a cargar las cajas en unos caballos de poca alzada, logró que Stella ayudase a Ward a volver a la lancha motora. De un salto cayó en ella, y puso el motor en marcha, alejándose de la orilla, en dirección a Shanghai. El negocio estaba ultimado.

Al salir la luna, Ward parecía algo mejor. Iba echado en el fondo de la embarcación, dándose cuenta de cuánto le rodeaba. Veía las anchas espaldas de Low, y meditaba sobre todo lo que había visto,

lamentándose interiormente de la herida que le impidió observar más detalles. Tenía que arrebatarle la carta que ocultaba en uno de sus bolsillos. Oyó preguntar a Stella en tono suave:

—¿Por qué haces esto, Richard?

—¿A qué te refieres? —preguntó Low, secamente, pesando todavía en él la muerte de su fiel Yugoff.

A este comercio clandestino de armas.

—¡Ah! ¿Las has visto?

—Sí. ¿Por qué lo haces? ¿No tienes ya dinero suficiente?

—No se trata de dinero, aparte de que gano un puñado de dólares de esta forma. Sirvo los intereses de una nación, de la única nación que me consideró como hijo suyo. Ellos me dieron estudios y fueron los únicos que no me despreciaron por ser un mestizo. Sirvo a la patria de mi madre.

—Pero tú eres norteamericano, Richard.

—Lo era mi padre. ¡Un héroe de la gloriosa Armada norteamericana! —Manifestó con irónica amargura—. Yo no nací en los Estados Unidos ni nunca he vivido allí más de tres meses seguidos. Compré los papeles a un muchacho, mestizo como yo, nacido en San Francisco, y así me hice norteamericano, porque me convenía.

—¿Qué fue del muchacho ese?

—Murió en el Japón, de una enfermedad contagiosa. Tenía mi misma edad. De esto hace ya muchos años. Para los blancos, todos los que tenemos la piel amarilla parecemos iguales.

—Tú no tienes la piel amarilla, Richard —le reprochó ella, amablemente—. Fuera de los ojos, más bien pareces europeo. ¿No has visto nunca a tu padre?

—¡Nunca! Murió hace unos años. En mi último viaje a Estados Unidos me enteré.

Stella no hizo más preguntas. Recostóse en la borda y se puso a fumar. Hacía una noche maravillosa. El paisaje y las aguas del río adquirirían el brillo de la plata bajo la luz de la luna. La lancha, a favor de la corriente, iba a media marcha, sonando levemente las explosiones del motor. Quietud, calma, belleza; sólo en los seres humanos, infiernos en revolución.

Pasó una hora larga de marcha. Ward se quejó desde el fondo de la embarcación. La fiebre comenzaba a subirle y perdía el

conocimiento otra vez.

—Dale de beber, Stella. ¡Ahí va una cantimplora! Y ponle unos paños fríos. En cuanto lleguemos al hotel, ha de verle el médico. ¡Pobre muchacho! Es el único hombre fiel que me queda. La otra noche me salvó la vida. ¡Vale mucho este muchacho!

La joven obedeció. Al rato, el herido comenzó a delirar. Desde el principio, sus frases entrecortadas fueron fatales.

—Sí, es necesario descubrirlo... Tengo que descubrirlo yo... El F. B. I.,

lo quiere así... ¡lo manda!... Pero es mi hermano. Tengan en cuenta que aunque sea culpable, Richard es mi hermano... Se llama Tanner, como yo... ¡No pueden condenarle!... Lleva mi sangre... Él es bueno, ha sufrido mucho... ¡Él es bueno!... El

F. B. I.,

siempre ha sido justo...

Y Ward se retorció, moviendo la cabeza de un lado a otro, preso de una pesadilla, con el rostro perlado de sudor.

Richard Low había parado el motor de la lancha, y escuchaba atentamente al herido, fascinado por sus comprometedoras palabras. Stella comprendió de súbito lo que ocurría, y se quedó alelada.

—¡Mi hermano! —exclamó amargamente Richard, con voz extraña, que sonaba cual sí fuese de otro—. ¡Mi hermano, del

F. B. I.,

americano! ¡Maldito! ¡Maldito tú y tu sangre, que me envenenó desde que nací! ¡Traidor! ¡Perro traidor! ¡No me denunciarás!

Y dio un paso adelante. Stella se levantó como impulsada por un resorte, y sujetó el brazo al mestizo.

—¿Qué vas a hacer, Richard? ¡Tú no puedes hacer eso!

—¡Quítate de en medio! ¡Voy a matarlo! ¡Sois todos unos mentirosos! ¡Tú, también! Seguro que tú también me engañas. ¿Qué buscas tú? —Y de un empujón tiró a la joven contra la borda, para coger en brazos al herido.

—¡Quieto, Richard, o te mato!

Stella había cogido la pistola ametralladora y apuntaba al mestizo. Éste se incorporó con una lentitud que amedrentaba y se quedó mirando fijamente a la joven. De pronto, su mano derecha subió con rapidez y golpeó la muñeca de la joven, que no esperaba

tal ataque y en tal forma. El arma fue a sumergirse en las aguas del río. Entonces, Stella empleó la única arma que le quedaba: comenzó a llorar. Sus bellos hombros se estremecían a cada sollozo.

Y lo que no consiguieron las súplicas ni las amenazas, lo obtuvieron unas lágrimas de la mujer amada por Richard.

Éste volvió a su anterior puesto y empuñó el timón. La lancha prosiguió su regreso a Shanghai.

Había ya amanecido cuando llegaron al puerto de la ciudad. Atracaron al muelle. Un chino esperaba y se llevó la gasolinera sin decir palabra. En un «taxi» se trasladaron al Hong Kong Hotel. Stella no osaba mirar frente a frente a Low. Ward iba entre los dos, medio inconsciente, ignorante del último drama ocurrido durante la noche.

En la puerta del hotel, descendió Stella. Richard ordenó al taxista que diese la vuelta a la esquina, entrando en Kwangse Road. Shen le abrió la portada y le ayudó a meter a Ward en el ascensor particular, a la vez que recibía orden de buscar al médico del hotel.

Con el agente del

F. B. I.,

cogido por las axilas, Richard salió del ascensor, dando el primer paso en la galería.

—¡Queda usted detenido, en nombre de la ley!

Low volvió la cabeza. Tres agentes de la Policía Internacional le encañonaban con sus pistolas.

—¿De qué se me acusa? —preguntó el mestizo con voz sorprendentemente serena.

—Del asesinato de André Giroux, secretario del cónsul francés en Shanghai.

—Soy inocente —aseguró Richard, con la misma frialdad que si se hubiese tratado de un asunto sin ninguna importancia.

—Ya tendrá usted tiempo de demostrarlo. ¡Acompáñeme ahora mismo a la Jefatura!

Richard Low, uno de los hombres más poderosos de Shanghai, depositó a Ward en la mecedora del corredor, y ofreció sus manos al policía, que ya tenía preparadas las esposas. El acero le mordió la carne, pero él no lo sintió; nada podía hacerle sufrir, porque aquella noche había apurado hasta las heces del dolor. ¡Todo le era indiferente!



EDITORIAL ROLLAN está recibiendo
felicitaciones de las **mujeres españolas** por la
COLECCION F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN prepara una Colección
maravillosa para las **MUJERES ESPAÑOLAS**

VI

EN EL INFIERNO



OW recibió un empujón en la espalda y pasó al subterráneo dando traspiés. El guardián se rió. La mortecina luz de un farol iluminaba malamente un lúgubre pasillo, flanqueado de puertas de hierro enrejadas. No distinguió nada al otro lado de las rejas; todo lo veía negro, pero su entrada fue saludada con estentóreos gritos y aullidos. A la pesadez del aire, calenturiento, se aliaba un olor fétido, invitador al vómito.

Otro empujón ante una pequeña mesa sobre la que había un

cuaderno, un tintero y una pluma, y un látigo de corto puño y de ancha y larga tralla; una tira de cuero de dos pulgadas, por lo menos. Sentado a la mesa, el carcelero, un chino de cabeza redonda y lisa como una bola de billar, dientes hacia afuera y de ojillos bestiales.

—¿Quién es éste? —preguntó al guardián que empujaba a Low.

Lo han apuntado arriba, pero ya no me acuerdo. ¿Cómo te llamas?

Richard no contestó. En su cerebro sólo vivía la nada, y ante su vista sólo existían caras horribles, deformes, de gestos salvajes, que atisbaban por entre los gruesos barrotes de hierro, y no dejaban de aullar.

—¡Callaos, malditos! —rugió el carcelero, repartiendo desde el asiento unos cuantos trallazos sobre las rejas y arrancando gritos de dolor a los tocados y risas canallescas a los indemnes.



—¡Callaos, malditos!—rugió el carcelero.

Low comprendió que le habían encerrado con los presos comunes.

Se hizo el silencio. Volvió a preguntar el carcelero:

—¿Cómo se llama?

—Tú, ¿cómo te llamas? —volvió a interrogar el guardián,

metiéndole el puño en un costado.

—Richard Low —repuso maquinalmente el mestizo.

El chino consiguió al fin escribir el nombre debajo de una lista, luego, con mucha calma, abrió una de las rejas y, cogiendo del cuello al preso, lo empujó dentro.

Rechinó la gran llave en la cerradura sin engrasar, y Richard se encontró encerrado. Quedóse inmóvil, escrutando alrededor. No veía más que bultos a baja altura, como si la nauseabunda celda estuviese llena de enormes larvas, de larvas de pesadilla.

—¡Pasa de una vez, idiota! —le dijo una voz en *pidgin*, y a la vez algo le golpeó en las corvas fuertemente, haciéndole perder el equilibrio.

Cayó encima de una cosa blanda, de un cuerpo humano, y después le empujaron, haciéndole caer al suelo, chocando su cabeza con un tablero que sonó a hueco, de madera. Y en el suelo, de piedra húmeda y pegajosa, quedó tumbado, en medio de un coro general de carcajadas brutales. No veía nada en concreto, sólo bultos en la oscuridad, y todavía estaba demasiado abstraído en su dolor para intentar siquiera defenderse de los golpes.

Paulatinamente, conforme su vista se iba acostumbrando a la penumbra, fue divisando a hombres tendidos a lo largo de las paredes o sentados, sobre unas bajas tarimas de madera. Todos ellos eran rufianes de la peor laya y de facciones asiáticas; sus ropas estaban destrozadas.

El olor a orines y a excrementos le descomponía el cuerpo, que por reflejos se rebelaba contra el infecto ambiente. En un rincón vio un cubo.

Como un sonámbulo se levantó y sentóse en un espacio libre de la tarima apoyando la espalda contra el muro. Sintió un ligero bienestar. A su izquierda, un individuo tendido, mirándole. A su derecha, otro individuo sentado, observándole. Éste le preguntó en *pidgin*:

—¿Por qué vienes tú?

La pregunta podría parecer confusa al principio, pero era lógica en su significado.

—Por asesinato. ¿Y tú? —preguntó a su vez Richard, sin saber por qué lo preguntaba siquiera.

—Robé a un asqueroso europeo.

Low comprendió entonces que le habían tomado por japonés, y a ello se debía la falta de respeto de aquella canalla. Aquel contraste entre su magnífica vida del día anterior y el momento actual, le sirvió de reactivo para pensar.

Recordó el registro que le hablan hecho al entrar en la cárcel: la pistola y el dinero de la venta de las armas le habían sido quitados, con una exclamación de sorpresa por parte del funcionario del registro al ver doscientos mil dólares de un golpe. La carta de los suministradores de armas no se la descubrieron: la tenía doblada en un bolsillo interior de la camisa y no abultaba nada. En realidad, sus párrafos se hubieran prestado a muchas conjeturas, y a ninguna definitiva, porque no se decía más que «la próxima remesa de mercancía llegará a primeros de mes. El capitán del barco le avisará al llegar; no sabemos fecha fija». La firma era ilegible y no figuraba membrete.

Con lentitud de movimientos se llevó la mano al pecho y partió la carta, llevándose a la boca los pedazos. Fue ensalivándolos, y luego se los tragó. No sabía mal del todo el papel.

El recuerdo de los sucesos acaecidos en la pasada noche se le hicieron presentes. Todavía no se explicaba cómo no había matado a James Ward, a su hermano de padre, al agente del

F. B. I.,

que le denunciaría por tráfico ilícito de armas. Hubiera podido matarle y tirarle al río; su cadáver no hubiera significado mucho al ser encontrado. Moría en Shanghai mucha gente de muerte misteriosa. Quiso analizar si no lo hizo a causa de las súplicas de Stella, y tuvo que reconocer su equivocación. No fue ella la que le convenció: lo que le hizo desistir fue su voz interior, despertada, eso sí, por el ruego de la inglesa.

En realidad, aquella clemencia suya sería el cuchillo de su garganta: Ward sería el principal testigo de cargo en el asunto de las armas, y seguramente dejaría abierta la posibilidad de que también era el asesino de André Giroux, el secretario del cónsul francés. Ward tenía que odiarle a la fuerza: él representaba para Ward la mancha de la familia Tanner, el hijo espúreo de un heroico marino de la Armada norteamericana.

Y en cuanto a Stella, sabía de antemano la posición que tomaría: saldría enseguida de Shanghai y se marcharía a otro lugar, en busca

de nuevas aventuras y de nuevos amores. Stella era una niña mimada a la que horripilaría pensar que había amado a un hombre acusado de asesinato, aunque ella supiese que él no fue el asesino. Lo negaría en público, cuando en el Hong Kong Hotel algún huésped hiciese referencia a su amistad con el dueño del hotel. Estas referencias la asustarían, impeliéndola a marcharse de la ciudad sin pérdida de tiempo. Huiría cobardemente.

«¿Quién habrá matado a Giroux?», se preguntó.

En Shanghai, ciudad de maniobras subterráneas, muchas de tipo político, siempre era difícil averiguar actos semejantes. Algunas veces se lograba descubrir a la mano ejecutora, un miserable «gángster», más al que dio la orden y pagó el precio del crimen, a ése no se le hallaba, porque no daba la cara. El nuevo secretario de un consulado tan importante como el francés, forzosamente tenía que descubrir muchas cosas sucias al adentrarse en sus funciones; alguien temería ser descubierto y dio la orden de matar. Después, el jefe de Policía, siguiendo también dictados ajenos, había acusado a Richard Low, al hombre que ya tenían sentenciado desde hacía tiempo, desde que se oponía al comercio del opio. Muchos ambicionaban sus millones, el dinero que tanto trabajo le costó ganar legalmente, puesto que los negocios de las armas le dejaban dinero, pero era lo de menos; se trataba de una operación política a favor del Japón.

Quedaron arrumbadas sus meditaciones al oírse ruido de cacharros metálicos en el pasillo. Los presos comenzaron a rebullir en las tarimas, y a coger unas escudillas de madera que se apilaban en un rincón. El carcelero empezó a repartir fustazos, reclamando calma.

Una pareja de guardianes y el carcelero llegaron al fin frente a la reja que encerraba a Low. Éste no había cogido ninguna escudilla. El chino que estaba a su izquierda, le preguntó:

—¿Vas a comer tú?

El mestizo negó con la cabeza.

—Pon el cacharro tú también, y luego me lo das.

El que repartía la comida metía un cazo por entre los barrotes y dejaba caer en la escudilla una pelota de algo oscuro, maloliente y húmedo. Los presos cogían la bola con los dedos y se la comían vorazmente. Richard puso su recipiente y le echaron la comida, que

un momento después desaparecía en la boca del chino. Sintió un asco terrible. Él estaba acostumbrado a pasar privaciones y a comer lo que los *coolies*, pero aquellas bolas eran repugnantes.

Pasaron las horas, sin tabaco, y un nervosismo especial comenzó a invadirle. Le hacía falta un cigarrillo. Sí le hubiesen dejado algún dinero habría intentado sobornar al carcelero para que se lo proporcionase. ¡Un solo cigarrillo y sería casi feliz!

—¿Quién de vosotros tiene un cigarrillo? —preguntó en tono quedo a cada uno de sus compañeros de celda. Tembló de emoción al oír que uno le contestaba:

—Yo tengo uno. ¿Qué me das por él?

—No tengo dinero. ¿Qué deseas de lo que llevo encima?

—La chaqueta.

El precio era exorbitante, pero la chaqueta fue entregada a cambio del cigarrillo. Quedóse en mangas de camisa, con el ligero jersey que se había puesto la noche anterior, para la excursión fluvial. Fósforos tenía.

El humo del tabaco le dio nuevos alientos, le aligeró la circulación de la sangre y el cerebro se le aclaró. Como un rayo penetró en su cerebro la gran verdad, la verdad de la muerte de Giroux. ¡Maddock!

Pasaron por su memoria los incidentes ocurridos una mañana al borde de la piscina, cuando Maddock le visitó en la terraza jardín del hotel. Recordó que antes de caer el inglés al agua, estuvo allí Giroux a hablarle del desafío, y luego Maddock comentó con burlas el carácter caballeresco de él. Después, Ward tiró al criminal al agua. ¡Maddock sabía lo del desafío!

Otra chupada al cigarrillo, y siguió la concatenación de deducciones. Maddock había sido el único superviviente de la banda, en el ataque con las lanchas motoras. El asesino regresó en una de ellas un día antes que él; pensó su venganza y realizó el asesinato de Giroux sabiendo que él no podría justificar su ausencia de Shanghai, para no involucrar las acusaciones. Después, Maddock, con ayuda de alguien que le apoyaba, de alguien bien situado políticamente, habían hecho la falsa acusación a la Jefatura de Policía haciendo especial referencia al desafío aplazado.

Un fuego interior le impulsó a obrar ¡Necesitaba salir de la cárcel y buscar a Maddock hasta el último rincón de Shanghai!

Se puso en pie, acercándose a la reja. Cogido a los barrotes, llamó:

—¡Carcelero! ¡Carcelero!

Y el carcelero apareció muy calmosamente, con la fusta en la mano.

—¿Qué quieres a estas horas? ¿Te estás muriendo?

—Necesito ver enseguida al jefe de Policía, a Duprés.

—A Duprés, ¿eh?

Y el carcelero se echó a reír, y descargó un trallazo a las manos del preso, cogidas a los barrotes. Le alcanzó el golpe en la izquierda. Sintió Low como una mordedura de fuego, quedándosele muertos los nervios; después, no sintió que tenía mano izquierda. Una hoguera de ideas asesinas nació en su mente. Nunca creyó que se podría odiar a un desconocido con tanto encono. Al dolor del golpe se unía la humillación del golpe.

El carcelero le miraba, con sus ojillos oblicuos entornados, guiñándolos en una sonrisa canallesca.

—¿Sigues queriendo ver al jefe de Policía?

Un coro general de carcajadas brotó de todas las celdas; a aquella turba le agradaba saber que los demás también recibían palos.

Low retiró las manos de la reja y volvió lentamente a su sitio.

Aquella noche la pasó en vela. Cambió el jersey de fina lana por otro cigarrillo. Lo apuró hasta que la piel de los dedos comenzó a chamuscársele.

No comió tampoco al día siguiente. El cuerpo le picaba, y la cabeza le daba vueltas. Llegó el mediodía y no le habían llamado a declarar. Seguramente deseaban que se volviese loco en el infame encierro para arrancarle luego una confesión voluntaria de culpabilidad, cuando ya estuviese ansioso de hallar la calma, hasta la muerte. Pasó por su mente la idea de la fuga pero no existía medio. Desde que estaba allí, no habían vuelto a abrir la puerta de la celda. Los presos hacían sus necesidades en el cubo. La comida se la pasaban por entre los barrotes, y a ninguno de aquéllos los llamaban a declarar. De haber pasado el carcelero, hubiese intentado reducirle y buscar la salvación en la fuga.

No comió tampoco. Y dos horas después se llevó un sobresalto.

—¡Richard Low! —llamó en voz alta el carcelero—. Te llaman

arriba.

No ignoraba que el interrogatorio sería duro, y cuando se negase a reconocerse autor del asesinato, le torturarían como los chinos sabían hacer; más, a pesar de ello, se alegraba de salir de aquel antro, respirar aire puro y pedir un cigarrillo a sus mismos verdugos. Tal vez lograrse convencer a los guardianes y consiguiese ser conducido a presencia del Jefe de Policía. Duprés le debía muchos favores...

Salló al pasillo y subió la escalera, delante del guardián, que le iba indicando el camino. Apretó los puños, decidido a morir negando la acusación.

Empujó el guardián una puerta, después de llamar respetuosamente, y le hizo entrar. Ante él, en un despacho, Duprés, Stella Meyer y James Ward. Duprés aparecía confuso y procuraba rehuir la mirada del preso. Stella y Ward le contemplaron de arriba abajo, seriamente. Si Low no hubiese tenido a su espalda al guardián habría salido corriendo otra vez al calabozo.

Jugando con el pisapapeles que había sobre la mesa, Duprés notificó:

—Estos señores desean verlo, Low. Han traído una recomendación que me ha obligado a quebrantar los reglamentos de esta Jefatura.

—¿Qué queréis de mí? ¿A qué habéis venido? —preguntó Low ásperamente.

—A verte —manifestó con frialdad Ward, que todavía llevaba la cabeza vendada.

—A verme, ¿verdad? A recrearos en vuestra obra. A satisfacer tu deseo de verme encarcelado entre miserables, porque siempre habrás pensado que tu hermano era otro miserable también. ¿No es eso?

—He venido a exigirte una declaración sobre lo que sabes. Tengo que cumplir mi misión.

—¡Ya te puedes ir! —estalló Low—. Aunque me crucificasen no declararé nada. Soy inocente. ¡Canalla traidor!

El insulto pareció enloquecer a Ward, que se lanzó sobre su hermano, a pegarle. Los dos hombres se enzarzaron en una lucha, forcejearon, y Stella se mezcló a ellos, intentando separarlos. Low había conseguido agarrar por el cuello a Ward y lo apretaba contra

sí para estrangularle. Entonces, en lo más enconado de la rápida pelea, sintió que un objeto duro y frío le raspaba la piel del pecho. Los muchos años de llevar pistola encima, le había habituado al contacto de las armas. ¡Stella acababa de meterle una pistola por dentro de la camisa! Su cerebro reaccionó enseguida. Todo era una treta. Siguió la farsa.

Aunque por detrás ya le había agarrado el guardián, mientras Duprés pulsaba un timbre. Low dio un empujón violento y tiró a Ward y a Stella al suelo, juntos. Se quedó mirándoles con una sonrisa desdeñosa, cruzándose los brazos a la altura de la cintura, lugar donde reposaba el arma.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —bramó Duprés, iracundo, sujetándose el monóculo.

—Me voy, pero estos malditos ya han recibido lo suyo.

Y dando media vuelta, echó a andar delante del guardián, que le empujaba a patadas.

Otra vez en la celda, en el ambiente mefítico. Mas ahora todo era diferente, contaba con una pistola. Su cerebro comenzó a trabajar, estudiando la evasión.

Inmóvil, sentado en la tarima, fue rumiando sus planes, lentamente, cuidando hasta el último detalle. El conocía la toponimia del edificio, de haber estado en el despacho de Duprés otras veces. Le convenía aguardar al anochecer, cuando los funcionarios de la Jefatura hubiesen abandonado el local, quedando solamente los guardias de turno, y a la vez, no llamaría la atención en la calle y nadie le reconocería.

Satisfecho, agradeciendo la labor de Stella y de Ward... su hermano... introdujo la mano por entre la abertura de la camisa, palpando la pistola con verdadero deleite. Tocaba hasta los menores relieves acerados, familiarizándose con ella, queriéndola como a una novia. Al pasar la yema del dedo por el gatillo, tocó un papel arrugado. Extrañado, lo fue desenrollando del gatillo y lo sacó con sumo disimulo. Con las manos sobre el vientre, moviendo los dedos lentamente, tosiendo, para tapar el ruido del papel al ser desdoblado, notó que era un billete de Banco. ¡Habían pensado en todo! ¡Necesitaría dinero para esconderse!

El deseo de ver y saborear su riqueza, tan preciada en aquellas difíciles circunstancias, le impulsó a verlo, acercándose a la reja. El

farol central iluminaba poquísimos, más consiguió ver que se trataba de un billete de cien dólares. «¡No mates!», había escrito una mano en el anverso. «¡No mates!», había escrito la misma mano en el reverso. Tuvo que reconocer la bondad del consejo: matar, al escapar, sería involucrar las responsabilidades.

Guardándose el billete en el bolsillo del pantalón, volvió a la tarima, donde redondeó el plan de evasión.

Transcurrió el tiempo. Cuando calculó que las avanzadillas de la noche habrían llegado a Shanghai, se fue al rincón más apartado de la puerta y allí comenzó a quejarse cada vez con más intensidad, como si un dolor insoportable le retorciese los intestinos. El carcelero le mandó callar desde el pasillo, amenazándole con una paliza. Hizo caso omiso de la advertencia y prosiguió en las lamentaciones, tomando volumen sus gritos. Los otros presos se reían de él: algunos pedían a voz en grito que le mandasen callar a latigazos. La algarabía en el subterráneo era general, pese a los fustazos que descargaba el carcelero en las rejas.

Éste, aunque habituado a los alborotos por la menor causa, quiso cortarlo de raíz y se dispuso a conseguirlo, sabiendo que había empezado en la celda segunda de la derecha, en la que se hallaba Low. Corrió a la puerta metálica, que daba a las escaleras, y llamó fuertemente, pidiendo por el ventanillo la ayuda del guardián, armado de pistola al cinto.

Amparado en el arma del guardián, que la había empuñado, y esgrimiendo la fusta, penetró en la celda de Low, repartiendo latigazos a diestro y siniestro, con grandes quejas por parte de los reclusos, que acusaban todos a Richard, ahora, en pie, apoyado en la pared, quejándose débilmente y con las manos a la espalda. A él se dirigió el carcelero, dispuesto a azotar al elegante japonés, mientras su compañero se mantenía a la entrada de la celda, vigilando.

Low esquivó de un salto la serpiente de cuero que buscaba su cabeza, y en su mano derecha apareció la pistola, y golpeó la barbilla del carcelero, que cayó al suelo, con la mandíbula deshecha. Dio un salto increíble y en un santiamén llegó de la oscuridad a la puerta, enfrentándose al guardián, que, aturdido ante el repentino desarrollo de los acontecimientos, apretó el gatillo por dos veces. Los proyectiles pasaron junto al costado izquierdo del

joven y fueron a incrustarse en la pared. El cañón de la pistola de Low le golpeó la muñeca y el guardián quedó desarmado; antes de que hubiese salido de su asombro, otro golpe en la cabeza le hizo desplomarse.

Los presos creían estar viendo visiones y reaccionaron tardíamente; cuando quisieron salir en tropel de la celda, Richard ya había cerrado por fuera, haciendo girar la llave dejada en la cerradura. Llevaba la pistola del inanimado guardián en el bolsillo; la suya, empuñada.

Cerró la puerta que comunicaba con la escalera, dejando tras de sí la más grande algarabía conocida en los calabozos de la Jefatura de Policía. Subió los peldaños de dos en dos, y al entrar en el corredor central, por el conocido, disminuyó la celeridad de su huida, a fin de no despertar sospechas. Las ventanas que daban a la calle dejaban ver la noche de Shanghai.

Sufrió un sobresalto al venir hacia él otro de los vigilantes nocturnos de la Jefatura. Richard se detuvo y se inclinó, como si los cordones del zapato derecho se le hubieran desatado; la pistola ya había pasado a su pecho, bajo la entreabierta camisa. El vigilante fue acercándose, un poco extrañado de ver a aquellas horas gente de paisano, puesto que las oficinas habían sido cerradas una hora antes, aun cuando a veces, por exceso de trabajo, algunos oficinistas se rezagasen. Veía a un hombre en mangas de camisa, cosa natural con el excesivo calor reinante.

En el campo visual del agachado Low entraron las botas del vigilante, y, entonces, sin prisa, se irguió para clavarle en el vientre el cañón de su pistola.

—¡Manos arriba o te mato! ¡Vuélvete de espaldas!

La psicología china es propicia a resignarse a la suerte adversa; medida astuta, pues siempre queda la probabilidad de escapar e intentar devolver el golpe más tarde, en mejor ocasión.

El vigilante obedeció, y perdía el sentido al segundo siguiente, por un culatazo en la nuca. Empujando la puerta de una oficina, Richard lo arrastró, saliendo de nuevo al pasillo. Temía a la guardia armada de la puerta de salida. Tenía que atravesar otro corredor, después un vestíbulo, donde daba la puerta del cuarto de guardia, y, por último, el centinela.

Eran muchos obstáculos. Metióse de nuevo en la oficina, donde

yacía el vigilante golpeado: había visto antes una escalera de madera y un cajoncillo con asas, conteniendo herramientas propias de un electricista. Seguramente, en las horas de trabajo estaban realizándose reformas o correcciones de averías en la instalación eléctrica.

Se echó al hombro la escalera y agarró el cajoncillo. Cuadraba su incompleta vestimenta con el oficio que representaba: un modesto electricista japonés de los que estaba llena la Concesión Internacional.

A paso normal recorrió el segundo pasillo y el vestíbulo, pasando por delante de la puerta del cuerpo de guardia; varios agentes uniformados charlaban, fumaban y jugaban a los naipes. Le dirigieron una mirada indiferente. La escalera y el cajón con las herramientas era el disfraz ideal para justificar su presencia en la Jefatura, organismo con multitud de empleados, y el deficiente alumbrado borraba sus facciones, posiblemente conocidas por alguno de los guardias, cuando le tomaron los nombres para el registro de entrada a los calabozos.

Le quedaba el trance más difícil: pasar junto al centinela, sin que a éste le extrañase la salida de un operario a horas tardías. Decidiéndose, disminuyó la marcha, andando con entera tranquilidad, en apariencia, y dijo al centinela, en *pidgin-english*, como si se conociesen de antes:

—¡Buena guardia, muchacho! Que no te haya tocado un sargento con bigote.

El centinela, con el fusil al hombro, le sonrió estúpidamente, sin hacerle siquiera la más inocente pregunta.

¡Estaba en la calle! ¡Libre!

Con la escalera al hombro, y el cajoncito, anduvo presuroso a lo largo de la acera, temiendo oír a sus espaldas la voz de alarma. No fue así. Tampoco la gente se fijaba en el humilde operario, aparte de los que estaban a punto de tropezarse con la escalera, y le lanzaban una maldición por lo bajo.

Tomó la primera calle transversal que encontró. En el mismo cruce, un *sikb* se le acercó, chistándole. Low sintió tentaciones de echar a correr soltando la embarazosa escalera, pero la razón pudo más: no habían sonado los gritos propios de una persecución; era imposible que el guardia de tráfico se hubiese imaginado que aquel

electricista japonés era nada menos que un evadido, acusado de asesinato. Audazmente, le salió al encuentro, sorteando los automóviles que corrían por el arroyo.

—¿No sabe que debe ir por abajo de la acera? Llevando escaleras... —le reconvino el *sikb* de mal talante.

—Usted perdone; salgo tan cansado de la faena que ya no sé ni lo que me hago. Estoy deseando llegar a casa para cenar y acostarme. Sí usted quiere un bocado —ofreció Low, adoptando el tono simpático popular.

Con una sonrisa, el guardia de tráfico le hizo señal de que siguiese. Richard no se hizo repetir la indicación, y siguió adelante, abajo de la acera, temiendo que alguno de aquellos vehículos le enganchase la escalera y lo medio estrellase.

Ansiaba llegar a alguna calle de poca oscuridad y poco tránsito.

En cuanto la encontró, dejó apoyada la escalera en el tronco de un árbol, cuyo follaje anulaba el resplandor del farol más cercano, y soltó el cajón de las herramientas. Como si hubiese dejado un cadáver comprometedor, así respiró el mestizo de satisfacción.

A la primera parada se subió a un tranvía, de aquél a otro, y después, otro, que conducía a las afueras. Iba sentado, con el codo puesto en el marco de la abierta ventanilla y la palma de la mano en el mentón, tapándose la cara hábilmente. Meditaba. ¡Tenía que encontrar a Maddock aquella misma noche, antes de que la Policía volviera a apresarlo! ¡Maddock!, ¡poseía la clave del asesinato de Giroux! En su busca, visitaría todos los *cabarets*, los fumaderos de opio y los antros más bajos de la ciudad. Maddock solía visitarlos, en sus orgías nocturnas.

**¡VEINTE PREMIOS CONCEDIDOS
A LOS TRIUNFADORES EN LA
ENCUESTA SOBRE EL F. B. I.**

**¡LEA LA LISTA DE HONOR POR SI
HUBIESE SIDO USTED PREMIADO!**

VII

TRAS LA PISTA DE MADDOCK



ASTÓ Low aquella noche más de cincuenta dólares en recorrer lugares de diversión y de vicio, después de comprarse una chaqueta vulgar en una ropavejería.

Amanecía. Encendió un cigarrillo, recostado contra una tapia; se hallaba en el barrio portuario de Shanghai. No había podido salir de la Concesión Internacional por carecer de documentación, y aunque la hubiese tenido, le sería inservible. La Policía ya estaría buscándolo por toda la ciudad y vigilando las salidas. Lo

infructuoso de su búsqueda, lo achacaba a no haber podido registrar la ciudad china.

No estaba desanimado, no podía desfallecer. Antes o después se enfrentaría con Maddock, le obligaría a confesar la verdad. Si hubiera podido volver a su piso del Hong Kong Hotel, tendría dinero, y con él, medios de resistir el tiempo que fuese y hasta pagar un servicio de espías para localizar al inglés. Pero lo consideraba aventurado, imposible: tanto el hotel como sus oficinas estarían intervenidos por la Policía, como asimismo bloqueada su cuenta corriente en los Bancos.

Stella y Ward le habrían servido de mucho si estuvieran por completo de su parte, mas no lo estarían. La visita a la Jefatura y la entrega de la pistola, no significaban más que una ayuda limitada, dirigida únicamente a sacarle de un apuro, a que él se viese libre y se defendiese como pudiera, puesto que ellos sabían positivamente que él era inocente de tal crimen.

Stella estaría ya preparando sus maletas para marcharse de Shanghai, olvidando al mestizo del que un día se encaprichó; Ward, su hermano de padre, era un agente del

F. B. I.,

persiguiendo la pista de un tráfico ilegal de armas. Ward pondría, por encima de todo, su deber. Además, no quería ver a ninguno de los dos; pese al favor, los despreciaba y casi llegaba a odiarlos. Stella había pasado como un meteoro fugaz por el cielo de su vida; si le dejaban vivir tendría que olvidarla. ¡Olvidar! ¡Cuánto cuesta a veces olvidar!

Necesitaba vivir y buscar a Maddock, y para vivir necesitaba comer y refugiarse en cualquier sitio a las horas de descanso, y para esto precisaba dinero. Arrugó entre los dedos los billetes que le quedaban. ¡Poca cosa! Necesitaba ganar dinero, y, al mismo tiempo, estar siempre en la calle, atento al encuentro con Maddock y, a la vez, procurar que ningún amigo le identificase.

La idea le vino al pensamiento súbitamente. ¡Volvería a ser *coolie* y a arrastrar un *rickshaw* como en los antiguos tiempos de privaciones! ¡El callo que tenía hecho en el hombro, de la correa atada a las barras de los carritos, volvería a endurecerse y a dolerle! Con el *rickshaw* podría recorrer las calles, estacionarse a todas horas ante las puertas de los *cabarets*, ganar algún dinero llevando

a extranjeros dadivosos, y no despertar sospechas con la ropa azul, típica de los *coolies*.

Tiró el consumido cigarrillo y se puso en marcha a otra ropavejería. Un cuarto de hora más tarde, salía del humilde establecimiento totalmente transformado, con la suelta blusa, los ceñidos pantalones hasta la pierna, las sandalias en los desnudos pies, y la cara oculta bajo un sombrero de alas anchas de estilo extranjero, muy usado por los *coolies*. Había gastado poco dinero en la adquisición de la nueva vestimenta, dando su ropa a cambio.

El *rickshaw* lo alquiló en uno de los establecimientos que se dedicaban a este negocio, mediante el pago adelantado de cinco dólares. Había dado un nombre falso, japonés; no sospecharon de él.

Y así se lanzó a la calle, con la correa oprimiéndole el hombro y tirando del ligero carrito. Contestó con un gruñido a un obeso extranjero que le hizo señas de que se detuviese. Deseaba dormir en alguno de los tugurios que él conocía, casi todos disimulados fumaderos de la peor categoría; durante la noche, trabajaría e indagaría. La luz solar era muy comprometedora.

Se encaminó a Nantao, arrabal a las orillas del río. Mientras los coches le rozaban y sus pasajeros le miraban por las ventanillas con una mirada despreciativa. Low pensaba en los cambios de las personas y en los azares de la vida. La suya no había seguido una trayectoria recta, sino que elevándose en una rama de parábola, hasta llegar al punto más alto, ahora había descendido al más bajo, al punto de origen. Calibró las posibilidades de triunfar en su empeño de rehabilitación social, y se propuso cambiar de rumbo y emprender uno nuevo, renunciando a sus negocios anteriores.

Llegado a Nantao y recorrido varias de sus callejas miserables, entró en un suelo corral lleno de basuras. Algunos *rickshaws* bajo un soportal. Dejó el suyo al lado, seguro de que no se lo robarían, y cruzó el umbral de una baja puerta.

Se encontraba en un reducido local de paredes cochambrosas, ocupado por mesas largas, de madera alabeada y resquebrajada. Varios comensales, *coolies* y descargadores del puerto todos ellos, ni siquiera separaron la vista de sus escudillas con arroz y pescado salado.

Low se notó que la vuelta a la vida simple, sin preocupaciones

de índole comercial ni responsabilidades, le hacía sentirse casi feliz. Tenía hambre. Y él, el millonario que viajaba en serie de lujo en los vapores, comió con ansia, y hasta placenteramente, arroz frito y pescado en salsa de sabor agri dulce. Y él, acostumbrado a dar diez dólares de propina a un camarero, pagó justamente los trece centavos que le pidió el mozo chino. Y luego, mirándole con un guiño de complicidad, le preguntó si podía subir a dormir.

Subiendo unas escalerillas de peldaños carcomidos y escandalosos, se encontró en una gran habitación, una alcoba general, a juzgar por sus camastros desvencijados. El mozo chino levantó una de las muchas cortinas que ocultaban las paredes y quedó al descubierto una puertecilla. Pasó Low al interior, y enseguida olfateó el inconfundible olor del opio. Los fumadores, de andrajosas vestimentas, se hallaban echados en esterillas, con la cabeza apoyada en un trozo de madera. Dos jovencitas, niñas aún, de cuerpos esqueléticos, servían a los clientes, preparándoles las pipas, las lamparillas y las bolas, a más de las toallas húmedas y calientes, a fin de que se secasen el sudoroso rostro.

Low solicitó un servicio, pagando por adelantado, costumbre de la casa. Tendido en la esterilla, fingió llevarse a los labios la repugnante boquilla de la pipa. No quería fumar ni él fumaba nunca. Pero necesitaba refugiarse en un sitio fuera del alcance de la Policía, y aquél era inmejorable. Agotó la primera pipa, y pidió posteriormente otras dos más, como si fuese un opiómano empedernido.

Mas aunque no aspirase el humo, la atmósfera estaba cargada y fue vencido por el cansancio y por el embriagador aire. Sin querer soñó con Stella Meyer.

Soñaba que eran muy felices en un país tropical. Parecía una isla del Pacífico, con sus altas palmeras cimbreadas al soplo de la brisa marina y las blancas rompientes de los acantilados. Luego, en la maravillosa playa cubierta de conchas, un hombre se acercó, vestido con ligero ropaje. Era Ward, empuñando un cuchillo, que pretendía arrebatárselo a Stella, alegando que también la amaba. Después, el sueño se convirtió en una nebulosa densa.

¡ATENCIÓN, JOVENES!

**EDITORIAL ROLLAN OS OFRECERÁ
LA REVISTA INFANTIL QUE ANSIÁIS:**

· ARGUMENTOS DEL F. B. I.

Presentación exquisita :: Acción trepidante

VIII

FRENTE A FRENTE



OS ^{semanas} transcurrieron recorriendo Low el Shanghai nocturno, sin hallar a Maddock. Era difícil encontrarse por casualidad en la gran ciudad. El mestizo vigilaba los lugares de diversión.

Se encontraba aquella noche frente a la puerta del Shasty Club, un *cabaret* de mala fama, con fumadero de opio en el piso superior. Estaba Low apoyado en su *rickshaw*, distrayéndose en mirar los juegos de otros *coolies* con monedas de cobre agujereadas. A las palabras soeces de éstos, según las incidencias del juego, se

mezclaba música escapada del Shasty Club por su gran puerta con rótulo iluminado, que también repartía su luz a parte de la tortuosa y poco transitada calle. A la derecha, apenas dibujada en la oscuridad, había una puertecita, que Low conocía como salida de escape en casos apurados.

Llegaron al *cabaret* unos marineros franceses borrachos, golpeándose entre sí y riendo a carcajadas. Uno de ellos, en un traspíe tropezó con el carrito de Low. Estúpidamente se quedó mirando al supuesto *coolie*, como si éste hubiese sido el culpable de su tropiezo.

—¡*Cochon!* —Le Insultó el marinero, a la vez que le largaba una bofetada.

Low sintió que la sangre le hervía en las venas. Solamente con los puños hubiera deshecho al francés, y si sus compañeros hubiesen intervenido, también él tenía en la cintura, pegada a la piel, y cogida por una cuerda, la pistola que le salvó de la cárcel. No repelió la agresión ni dijo nada. No podía meterse en peleas, que forzosamente atraería a la patrulla de ronda. Comenzarían los interrogatorios y el resultado podría serle fatal.

El marinero se ríe, gozoso de la pasividad vergonzosa del *coolie*, y se unió a sus compañeros, entrando en el local.

En la calle quedó un hombre, humillado una vez más, y los *coolies*, jugando con las monedas, indiferentes a lo ocurrido. De buena gana, Low hubiera marchado a dormir, y si no a dormir, a buscar el aislamiento y recrearse en él. La necesidad de dinero —ahora vivía de lo que ganaba con el *rickshaw*, agotado el resto del billete de cien dólares— le obligó a permanecer allí, a espera de algún cliente.

Habría pasado un cuarto de hora, cuando la puertecita de escape del Shasty Club se abrió, dando salida a una pareja: un hombre y una mujer vestidos a la europea. En la oscuridad. Low llegó a ver que ella andaba torpemente y apoyaba la cabeza en el hombro izquierdo del hombre, que la sostenía con el brazo pasado alrededor de su cuerpo.

Antes de que los otros *coolies* le arrebatasen la carrera, ya estaba Low con el carrito al borde de la acera, metido entre las varas, y cruzándose la correa de tiro.

—¡A Chapei! ¡*Chopchop!*

Un escalofrío recorrió la columna vertebral del mestizo: el timbre de voz que había dado la orden pertenecía al odiado Maddock. Disimuladamente, llevándose la mano al ala del sombrero con el fin de medio ocultarse la cara, volvió la cabeza. ¡El viajero era Maddock y tenía sentada en las piernas a Stella Meyer! Ella, reclinada su rubia cabeza en el pecho del criminal, preguntó, con la incoherencia propia de un embriagado:

—¿Adónde vamos, querido?

—A casita, nenita. A un sitio donde podremos descansar — repuso él, adoptando un tono marrullero que repugnaba por su sentido.

La rabia de Low llegó al colmo. El azar, ese resorte que él había negado siempre, le deparaba ahora el encuentro con el asesino buscado largamente y con la mujer, que al fin demostraba su perfidia y su traición. Chapei era un barrio excelente para vengarse de los dos, sin llamar la atención de la vecindad, si se promovía alboroto.

Empuñó las varas y echó a correr como alma que lleva el diablo. Tiraba del *rickshaw*, demasiado cargado, cual si fuese un juguete de niño, tan grande era su deseo de llegar al final.

Calles y calles, mientras que en el silencio nocturno, cuando él corría casi sin producir ruido sobre el *macadam* de las mejores vías, se escuchaba a Maddock decir palabras de amor a Stella, que a veces contestaba, acompañándose de una risita corta, de embriagada a causa del opio.

El barrio bajo de Chapei estaba solitario, silencioso y amedrentador. Low seguía las indicaciones de Maddock, que le iba indicando la dirección en el intrincado dédalo de callejuelas miserables.

—*Stop!* —Mandó Maddock ante una casita de dos pisos, rodeada de un pequeño jardín y de una valla de madera.

Paróse en seco el *rickshaw*, y el humano animal de tiro temió que entonces le descubriese el criminal inglés. Afortunadamente, no fue así. Maddock le tiró dos dólares a los pies, atravesó la puerta de la valla, que estaba entornada, con Stella en brazos y comiéndosela a besos, que a ella parecían gustarle. La puerta quedó otra vez entornada, mediante un puntapié dado desde el interior.

Richard llevó el cochecito unas yardas más arriba, junto al

tronco de un árbol; en el suelo quedaron tirados los dos dólares. De cogerlos, le habrían abrasado las manos.

Esperó unos momentos, mientras desanudaba la cuerda que ataba su pistola, y con ésta en la mano, pasó al jardín, un pequeño jardín de descuidadas plantas. La casa era de estilo chino; estaban cerradas las ventanas del piso bajo. No se veía ningún resplandor. La puerta de entrada no cedió a la presión del mestizo.

Entonces rodeó el edificio, buscando alguna forma de encaramarse a las ventanas superiores. Un robusto almendro le sirvió de escalera y de él saltó a un alféizar, penetrando en una habitación a oscuras. El murmullo lejano de una conversación llegó a sus oídos: los tabiques eran delgadísimos.

Pasó a la contigua habitación, tomando todas las precauciones necesarias, pisando de puntillas. Otra estancia en tinieblas, más el ruido de una respiración pausada, rítmica, como de persona dormida profundamente. Allí había alguien. Agachado, con el fin de ofrecer la menor superficie posible a un disparo, aguardó unos segundos. La respiración continuaba, y estaba claro que no pertenecía a una persona en acecho.

Jugándose el todo por el todo, pues temía tropezar con alguno de los muebles y dar la señal de alarma, encendió un fósforo, enseguida apagado. Había visto lo suficiente. Se encontraba en una alcoba de reducidas proporciones: dos banquetas, un lavabo, una botella de *whisky* sobre una mesita y un camastro, donde dormía un chino. Paso a paso fue acercándose al lecho; un pie tropezó con una de las patas, levantando un pequeño ruido. Quietó, aguardó. Proseguía la acompasada respiración.

Guardándose la pistola, continuó avanzando, rozando su pierna derecha el colchón. Orientándose por la respiración del durmiente, alargó los brazos en la oscuridad y tocó un hombro. De allí, velozmente, subió al cuello y sus dedos pulgares se hundieron en la nuez, mientras los restantes dedos formaban el anillo. Apretaba y apretaba con un furor salvaje. Pataleó el durmiente, pero su pataleo era silencioso al golpear en ropa; no pudo proferir ni una palabra y, luego, quedóse inmóvil, sin sentido.

Richard salió a un pasillo con ventanas a un patio central y siguió su norte; el murmullo de la conversación, ahora más cercana y casi inteligible, pues aprehendió algunas palabras sueltas.

Recorrió la angosta galería; la pistola, empuñada.

Detúvose junto a una ventana de maderas cerradas; a través de las rendijas salían hilos luminosos. Pegó el oído y pudo escuchar la voz de Maddock, diciendo irritadamente:

—¡Márchate! Márchate o tendré que apalearte, Flor de Almendro.

Al oír este nombre, el corazón de Low dio un vuelco. Esperó, tratando de saber cuántas personas se encontraban en la habitación. La suave voz de la china, su antigua novia, afirmó:

—¡Canalla! ¡Traes a esta casa a otra mujer! Richard tenía razón. Tarde me he enterado de que eras un canalla. Me has tratado como a una cualquiera, después de prometerme tantas cosas. Ya me he convencido de que sólo pretendías lastimar a Richard, robarle todo lo que pudieses, y en el botín entré yo también como una cosa más.

—¡Vete de aquí! Y si quieres, busca a Low y pídele perdón de rodillas, si es que lo encuentras.

El mestizo dio un paso adelante y empujó la puerta, apareciendo bajo el dintel con la pistola empuñada.

—¡Claro, que podrá encontrarme! ¡Estoy aquí!

En la habitación, una salita, solamente se encontraban Maddock y Flor de Almendro, en pie, ahora fijos en el inesperado visitante, y Stella, tendida en un diván, sumida en un sueño inquieto.

La reacción del cazado Maddock fue pronta y digna de un cerebro como el suyo. Agarrando a la china, se escudó en ella, y seguidamente golpeó con el puño la lamparita que había sobre una mesa, dejando la habitación a oscuras. Una vez más utilizaba su treta preferida, buscando siempre la salvación en las tinieblas.

Richard no pudo disparar, pues tendría que herir a Flor de Almendro, y no la despreciaba como para matarla. Valerosamente, se metió en la habitación y, arrodillado, cerró la puerta tras de sí. Enseguida cambió de posición. Maddock también lo comprendió así, y de ello quiso aprovecharse demostrándolo sus palabras siguientes:

—Te has pasado de listo, Low. Aún sigo con Flor de Almendro por delante, si tiras la matarás a ella o posiblemente a Stella. El asesinato de una inglesa no queda impune, bien lo sabes.

Low tenía completamente localizado a Maddock en la oscuridad, guiándole la voz; mas no hizo fuego. El criminal llevaba razón. Dejó

la pistola en el piso, tras la pata de una mesilla.

Y entonces comenzó en la estancia la búsqueda más espeluznante que pueda darse. Dos hombres, acechándose en las tinieblas, moviéndose cual felinos en busca de la víctima para matarla a zarpazos. Las manos de Low iban al frente, con los dedos engarfiados, prestos a cerrarse sobre la presa. Su escaso conocimiento de la habitación le hizo tropezar con algo de madera y produjo un ruido. De un salto se echó atrás, sabiendo que su contrincante le había localizado. Ya era tarde: un tobillo le quedó sujeto por un cepo de dedos. Maddock se había ido arrastrando.

La lucha nació brutal, y así continuó. Rodando por el suelo, golpeándose contra muebles y paredes, empleando toda clase de trucos para aniquilar al contrario. Low y Maddock trataban de vencer, impulsados por un odio feroz acumulado desde la separación. Más de un puño se deshizo contra el suelo y más de un mordisco se perdió en el aire.

El inglés luchaba con la desesperación del hombre que no espera clemencia; el mestizo combatía bajo el ardor de la venganza. No hablaban; sólo gruñidos y rugidos. Separáronse una vez y volvieron a enzarzarse más violentamente. La lucha era a muerte.

Al fin consiguió Low montarse sobre el cuerpo horizontal de Maddock y agarrarle el cuello, levantándole la cabeza unas pulgadas para golpear con ella el piso y desnucarlo. Pero el inglés encogió la pierna derecha, descargando un golpe asesino en el bajo vientre del mestizo. Éste sintió un dolor irrefrenable; la fuerza se le debilitó y tuvo que retorcerse de angustia.

No desperdició la ocasión Maddock. Montándose a su vez en el aturdido contrincante, comenzó a estrangularlo. El instinto de conservación aclaró en parte el cerebro de Low; más la asfixia empezaba a sumirle en el desvanecimiento. Se debatía, se resistía; más los dedos se le hincaban cada vez más en el cuello.

—¡Lo tengo agarrado, Flor de Almendro! Tráete un farol de la otra habitación —gritó Maddock, ebrio por su triunfo.

Cuando Richard se encontraba al borde del caos, Flor de Almendro regresó con un farol en la mano. A su resplandor, ella vio la posición de los combatientes, y hubo en su rostro una crispación extraña. Lenta, muy lentamente fue acercándose con un brillo frío en sus pupilas.

De pronto levantó la mano derecha y algo relampagueó en el aire. Un cuchillo se clavó hasta el mango en la espalda del vencedor, de Maddock. Un ronquido hondo, y el inglés rodó por el suelo, al lado de Low. ¡Flor de Almendro se había vengado de las humillaciones que le infligió Maddock! Su mentalidad oriental la llevó al asesinato frío. No podía perdonarle que le hubiese estropeado la vida. El gran error de Maddock fue desconocer el alma asiática.

La china miraba el puñal tinto en sangre a los reflejos del farol dejado en el suelo; parecía hipnotizada. Un ruido a su espalda la hizo volverse; en el umbral de la puerta vio a un hombre, a un europeo, cuyas facciones no distinguió en la penumbra, que empuñaba una pistola. La excitación del crimen o el deseo de borrar del mundo a un testigo o la creencia que se trataba de otro enemigo de Richard, el hombre que tan bien se había portado con ella, la obligó a atacar al individuo: el cuchillo en alto.

—¡Quieta! —Sonó la voz de James Ward, dando un paso atrás, no queriendo matar a una mujer.

Pero ella no le hizo caso; como loca saltó sobre Ward, asestándole una cuchillada al pecho. Él tuvo que echarse a un lado, soltó la pistola, dispuesto a sujetar por las muñecas a la enfurecida mujer. Se inició un forcejeo entre un hombre sereno y una mujer enloquecida. El agente del

F. B. I.,

creía estar luchando con una posesa del demonio. Resbaló Flor de Almendro, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, arrastrando a Ward con ella. Él, en el momento de caer, hizo un instintivo movimiento de protección. Al chocar con el suelo, la china envainó en su pecho la manchada hoja del cuchillo. Al instante, un chorro de sangre le salía por la boca. Ward, aún caído, la oyó murmurar unas palabras en chino, unas palabras incomprensibles para él, pero que Low hubiese interpretado como:

—Perdóname, Richard; fui mala contigo.

Ward se puso en pie. A la luz del farol vio un panorama desolador: Maddock, tendido boca abajo y con un estertor de muerte; Richard, sentado en el suelo, moviendo la cabeza de un lado a otro y respirando afanosamente, y Stella, echada en el diván, pronunciando palabras incoherentes.

Corrió en busca de su pistola, luego fue junto a Maddock y entonces se dio cuenta de la herida que tenía en la espalda. Sin cambiarle de postura, solamente torciéndole la cabeza, le preguntó:

—¿Quién mató a Giroux? ¿Quién mató a Giroux?

El inglés estaba a un paso de la muerte, y su cerebro no funcionaba. Ward le sacudió la cabeza, insistiendo con desesperación:

—¿Quién mató a Giroux?

La respuesta se hizo esperar; más llegó al fin:

—¡Yo!... Lo maté yo... Necesitaba que Richard...

Las palabras se le helaron en la boca; quedó sin vida.

Low había escuchado la declaración. Miró a su hermano natural con recelo, y luego a un rincón de la estancia, donde estaba su pistola, tras la pata de la mesita. Inició un movimiento, cortado en seco por el arma de Ward:

—¡Quieto, Richard! Hemos de hablar. No estoy contra ti; al contrario. ¿Qué ha pasado con Stella?

—¡Nada! Llegué yo a tiempo.

Un suspiro de satisfacción se escapó de los labios del agente especial.

—Entonces aclaremos las cosas, Richard. No hay nadie en la casa y tenemos tiempo de sobra hasta el amanecer.

—En esa otra habitación dejó a un hombre sin sentido.

—Vamos por él.

Momentos más tarde, el chino quedaba atado y amordazado. En la chaqueta que colgaba de un gancho en la pared encontraron una *browning*; se trataba de un *gángster* amarillo. Regresaron a la sala donde estaba Stella. Low la examinó de una ojeada, le levantó los párpados, y dijo con desprecio:

—Ha fumado demasiado opio. Tardará en pasársele.

Notándole el tono despectivo, Ward le notificó:

—Lo ha hecho por ti.

—¿Por mí? —preguntó el mestizo, extrañado.

—Sí, por ti. Ella te quiere, Richard.

—Ya lo veo. En un fumadero de opio nada menos que con Maddock, y tuteándole y dejándose besar por él —comentó sarcásticamente Low.

—Lo ha hecho por ti, Richard —repitió Ward en tono solemne

—. Y no pongas en duda nada que yo te diga. ¡Escucha! Cuando te metieron en los calabozos de la Jefatura de Policía, yo quedé inconsciente en tu piso. Subió ella al momento y me cuidó. Me enteró de cuánto había sucedido a nuestro regreso en la gasolinera. Yo había revelado, durante la fiebre, mi profesión de agente especial del

F. B. I.,

destacado a Shanghai para investigar el origen de las armas norteamericanas introducidas en China por Richard Low. Aquella misma noche, cuando me encontré algo mejor, ella me reveló que también era una agente, agente del Intelligent Service británico, con igual misión que la mía: espiar a Richard Low. La señora Griene pertenece a Scotland Yard.

Al oír la revelación, el mestizo miró con odio a la mujer.

—¿Será posible que fingiese aquel amor...!

—Empezó fingido, y ha terminado siendo real, Richard. ¡Ella te quiere! Me lo ha dicho a mí, y sus hechos lo han demostrado después. Decidimos ir a verte a la Jefatura, y fraguamos aquel plan de asnada. Actuábamos ya particularmente, porque nuestra misión estaba cumplida.

—¿Cumplida?

—Sí, Richard, cumplida. Me bastó con enviar a Washington el nombre del barco que trajo aquella remesa de armas; a estas alturas, lo localizarán enseguida en cualquier puerto de Estados Unidos, le seguirán la pista al capitán y él dará al

F. B. I.,

la dirección de la fábrica que vende esas armas ilegalmente.

—Será ilegal ese tráfico, pero no criminal, porque entonces muchas naciones son también criminales. Muchas naciones venden armas a guerrilleros para derribar un Gobierno. ¿Por qué no puede hacerlo un particular?

—No soy yo quien para responderte a esa pregunta. Dejemos esa cuestión aparte, Richard. El caso concreto es que tus operaciones levantaron polvareda en Washington, en Londres y en París. El *Deuxième Bureau* también te acechaba.

—¿A quién han empleado?

—No los conoces. Ellos emplean otra táctica. Hacerte la guerra desde la sombra. Hay un agente en el Consulado francés que movía

todos los hilos. Maddock era un monigote en sus manos. Ese agente iba además a hacerte fusilar con cualquier acusación más o menos fundada.

—Entonces, ¿lo de Giroux?

—No. El asesinato de Giroux, secretario del Consulado francés, no pudo ser ordenado por el agente del *Deuxième Bureau*—, fue obra particular de Maddock, ansioso de hundirte para siempre. Por casualidad, oyó aquel día tu conversación con Giroux, cuando lo de la piscina. Después de su fracaso en el río, rabioso, realizó el asesinato, matándolo al salir del Consulado por la noche. Tu disputa con Giroux fue casual.

—Bien, Ward: gracias por estas informaciones. Contra mí no tenéis pruebas concretas sobre lo de las armas. No hallaréis nada escrito que sea comprometedor. Tú acabas de oír a Maddock confesándose culpable del asesinato de Giroux. Di la verdad a la Policía, y yo podré volver a mi casa y seguir con mis negocios.

—Eso sería tu perdición, Richard. Los Estados Unidos cerrarán este asunto, una vez que hayan descubierto a los fabricantes de las armas; más Inglaterra no te perdonará nunca que les hayas estropeado muchos negocios de opio. Acabarán contigo antes o después, pero acabarán contigo. Eres poderoso, y podías luchar contra ellos. ¿Cuánto resistirías? Poco tiempo. ¿Cómo vas a luchar tú contra todos los agentes del Intelligent Service? ¡Sería una locura! Además, ya has visto los que te han ayudado cuando estabas detenido. ¿Quién fue a visitarte? Sólo te visitaron y te ayudaron los que te querían de verdad, Richard. Tú eres mi hermano, y no me avergüenzo de ti; en todo caso me avergonzaría de nuestro padre por la mala acción que cometió con una mujer. Pero él ya murió, y a los muertos siempre hay que guardarles respeto. Llevamos la misma sangre, Richard, y créeme, estoy orgulloso de ti. ¡Tengo que estarlo! Con lo que tú has sufrido y pasado, y, sin embargo, has llegado a ser poderoso. No te creo malo; los has demostrado en muchas cosas. Nunca asesinaste, y si te rodeaste de esa gente fue en defensa propia. Todo el mundo tiene que reconocer la maldita vida de Shanghai. Tú mismo lo decías: en Shanghai es vivir en un nido de víboras, y de las víboras hay que defenderse como sea cuando atacan. No olvides esto, Richard: ¡Soy tu hermano! Y voy descubrir mañana mismo el juego con el fin de que tú quedes libre de todo. Y

en cuanto a Stella...

—Stella me mintió —dijo amargamente el mestizo.

—No, Richard, no te mintió. ¿Tú sabes con el interés que me animaba a que te salvásemos de los calabozos? Y después, cuando te perdimos la pista, porque no sabíamos dónde te habías metido. Buscándote noche y día, hasta que llegamos a tomar una determinación: Que Stella trabase amistad con él, lo conquistase y le hiciese declarar su culpabilidad, a la vez, adivinábamos que terminaríamos encontrándote a ti, siguiéndole, buscando lo mismo que nosotros. La pobre muchacha me contaba sus apuros con él, para contenerlo y no descubrirse y seguir el horrible juego. ¡Eso no lo hace más que una mujer que deseaba con todas sus fuerzas salvar al hombre a quién ama! Más se sacrificó ella que yo. La seguía, los seguía, por si acaso debía intervenir. No ha ocurrido nada entre ella y Maddock. Yo no los perdía de vista. Esta misma noche, en el Shasty Club, salí detrás de ellos; pero el *coolie-rickshaw*» que después has resaltado ser tú, corría como un endemoniado. Me adelantaste mucho, y tampoco yo podía ir a vuestros talones por si despertaba sospechas en Maddock.

—¿Cuándo entraste?

—Entré por la puerta principal, abriendo con una ganzúa. Perdí el tiempo al registrar las habitaciones del piso bajo. No encontré a nadie. Cuando llegué aquí, esa mujer china se me echó encima con un cuchillo en la mano. Forcejeamos, nos caímos, y tuvo la desgracia de clavarse su propio cuchillo. Ella había apuñalado por la espalda a Maddock. La trataba a puntapiés, estaba cansado de ella y la amenazaba con venderla a un mercader chino.

Stella Meyer distrajo a los dos hermanos con una palabra, pronunciada en su sueño:

—¡Richard...!

El mestizo la miró con una sonrisa cariñosa y a la vez triste. Dirigiéndose a Ward, le preguntó con gran interés:

—¿Tú crees de verdad que ella?...

—Pues claro, hombre. En cuanto habléis y le prometáis que no volverás a ser el de antes, abandonará el Intelligent Service. Entró en él por patriotismo; pero está harta de esa vida. Ofrécele un hogar lleno de cariño, aunque no tengáis tres centavos, y verás cómo ella...

—También fue casualidad que los dos tomaseis el mismo barco.

—Sí y no. Yo no sabía que ella era del Intelligent Service; nunca la había visto. El

F. B. I.,

se enteró de que tú negociabas con las armas, cuando aquél hizo la revelación antes de morir. Tú estabas en Estados Unidos, ibas a salir ya en el «Estrella de Oriente», y me puse de acuerdo con el capitán para fingir la comedia del polizón el día penúltimo de viaje. Y que ella tomase el mismo barco, también para cazarte, se debió a que el

F. B. I.,

pasó notificación de tu nombre a Londres. Stella llegó a San Francisco en avión, y cogió el barco casi al zarpar...

—Pero en el barco me fingía...

—Ahora no, Richard. ¡Es natural! Se ha enamorado de ti, después de conocerte a fondo. En cuanto abra los ojos, ya verás su reacción. Y como no quiero presenciar escenas de ese tipo, en las que yo no intervenga como protagonista, me voy a ir a hablar por teléfono con la Jefatura de Policía. ¡Adiós, hermano! Te vas a llevar una mujer que no te mereces.

Y golpeando cariñosamente el hombro de Richard, Joe Tanner, verdadero nombre de James Ward, salió de la habitación.

—¡Adiós, hermano! —saludó Richard con una perceptible emoción en la voz.

¡Tres estrellas en el firmamento literario!

N E V A D A

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

F. B. I.

IX

CAMINO DE LA VERDADERA FELICIDAD



L. puerto fluvial de Shanghai presentaba aquella mañana su animación acostumbrada a la salida de los vapores. En uno de éstos, en el «Baleyout», un barco de poco tonelaje, pintado de amarillo y blanco, se hallaban Richard Low, Stella Meyer y Joe Tanner, el hermano natural del mestizo. Charlaban en cubierta.

—¡Cuánto siento no poder marcharme con vosotros unos días! Claro que nunca es conveniente vivir en la casa de unos recién casados —decía Tanner, el agente del F. B. I.,

jovialmente.

Stella Meyer, mirándose la alianza que llevaba en el dedo, repuso, sonriendo hechiceramente:

—Pero alguna vez vendrás a vernos a la isla. Unas vacaciones.

—¡Y que me echase tu marido! Se le han despertado unos deseos locos de estar solo contigo, apartado de sus negocios y de Shanghai para siempre.

Richard Low sonrió también. Se le veía feliz, y sus rasgos asiáticos perdían exotismo al hacerlo.

—No seas tonto, James, digo: Joe. Estoy contento de haberlo liquidado todo y de comenzar una nueva vida. Estaremos siempre acordándonos de ti, y temeremos por tu suerte. En ese

F. B. I.,

según tengo entendido, continuamente os estáis jugando la vida. ¿Por qué no te vienes a vivir con nosotros? Cásate y verás qué feliz se puede ser cultivando las plantaciones en una isla del Pacífico. Libros no nos faltarán.

Un mozo cruzó la cubierta, abarrotada de gente, gritando, a la vez que golpeaba un gong:

—Señores visitantes, a tierra. ¡Vamos a zarpar!

Joe puso un gesto de contrariedad, y a la vez contestó a su hermano:

—En estos días últimos en Shanghai, mientras estábamos arreglando tus asuntos, he pensado en ello. Es posible que, dentro de algún tiempo, te haga caso. Por ahora, aún me quedan misiones a realizar en el

F. B. I.;

a él he de darle mi juventud. Después...

Sonó la sirena del vapor. Joe Tanner abrazó, conmovido, a su cuñada y a su hermano. Siempre los llevaría en el corazón.

Una hora más tarde, encontrándose Stella y Low en el camarote, disponiendo sus efectos, preguntó él de súbito:

—¿Te gustan mucho los niños, Stella?

—Con locura.

Hubo una pausa. Después, Low dijo con profundo pesar:

—Nosotros no podremos tener hijos.

—¿Por qué, Richard?

—No quiero que les pase lo que a mí. Saldrán como yo...

Stella abrazó cariñosamente a su marido y le aseguró con una ternura infinita:

—¿Qué importa eso, Richard? El color de la piel no tiene nada que ver con el color del alma. ¿No eres tú feliz ahora? ¿Por qué no van a serlo ellos también? Tendremos todos los que Dios quiera darnos.

Y ella besó con su alma pura el alma purificada del mestizo, elevándole a la más alta dignidad: a la de hombre noble y de buen corazón.



VENCEDORES

EN LA

Encuesta sobre el F. B. I.

En los salones de esta EDITORIAL, y en presencia de conocidos escritores, se ha verificado el escrutinio, resultando ganadora, por 750 votos de ventaja, la siguiente clasificación:

TITULOS	Clasificación
EL COBARDE	3
EL REY DEL HAMPA	5
¡CULPABLE!	1
LUCHANDO EN LA SOMBRA ...	4
LA HORA GRIS	2

Como detalle complementario damos a continuación las veces que cada novela ha sido calificada de mejor, con el número 1:

¡CULPABLE!	3.971	votos
EL COBARDE	1.113	»
LA HORA GRIS	410	»
LUCHANDO EN LA SOMBRA ...	206	»
EL REY DEL HAMPA	125	»

Realizado a continuación el sorteo de las VEINTE COLECCIONES DE NOVELAS entre los acertantes de la clasificación ganadora, han sido agraciados los siguientes:

Don MANUEL AMBROS PALANCA. San Vicente, 117, Valencia.

Don LUIS CARRANEDO. Paseo de Pereda, 25. Santander.

- Dña ISABEL AMPUDIA. Rúa de los Notarios, 20. Zamora.
- Don PEDRO PENARREDONDA. «La Casita», Llanes (Oviedo).
- Don ALBERTO MUÑOZ. Muñoz Ubeda, 5, Manzanares (Ciudad Real).
- Don PEDRO BLANCO. Conde de Pefialver, 5, Madrid.
- Don ISAAC GRACIA. San Juan y San Pedro, 9, Zaragoza.
- Don ADOLFO LOPEZ. Santa Lucía, 1, Haro (Logroño).
- Don JULIO LEAL. Luchana, 27, Madrid.
- Dña MARIA FERNANDEZ. Capitán, 50, Aranjuez (Madrid).
- Don EMILIANO BLANCO. Santa Olalla, 1, Carriches (Toledo).
- Dña MARIA DEL CARMEN MADARIAGA. Andrés Mellado, 33, Madrid.
- Don FEDERICO PIÑOL. Ensanche, 4, Huesca.
- Don PEDRO IGNACIO DE PABLO. Zabaleta, 32, San Sebastián.
- Don JULIAN JIMENEZ. Carnecería, 3, Linares (Jaén).
- Don FRANCISCO SERRA DURAN. Lope de Vega, 52, Barcelona.
- Don FERNANDO VICTORIA. Plaza Esquivé, 7, Sevilla.
- Don DANIEL PERAZA. Bernabé Rodríguez, 7, Santa Cruz de Tenerife.
- Don RAFAEL JUAN MACIA. General Primo de Rivera, 29, Elche (Alicante).
- Don ELIAS ARIAS. Ibáñez de Bilbao, 105, Bilbao.

A estos concursantes se les remitirán los premios por Correo, como impresos certificados.

EDITORIAL ROLLAN agradece el magnífico entusiasmo del público español, felicita a los vencedores y exhorta a los demás a tomar parte en los muchos e interesantes concursos que tiene en preparación.

Madrid, 31 de mayo de 1950.

San Bernardo, 68



M A D R I D

¡ATENCIÓN, LECTOR!

EDITORIAL ROLLAN, deseando recompensar el entusiasmo del público por la Colección F. B. I., abre un original

CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

cuyas bases son las siguientes:

1.º A partir del día 20 de febrero actual, **EDITORIAL ROLLAN** admitirá, para este **CONCURSO**, las respuestas correspondientes al **CUESTIONARIO** del dorso, a las que forzosamente ha de acompañar un cupón de los que aparecen en la **SEGUNDA EDICION** de «¡CULPABLE!», número 1, **SEGUNDA EDICION** de la «HORA GRIS», número 2 del F. B. I. y **SEGUNDA EDICION** de «EL REY DEL HAMPAS».

2.º Cada semana se sortearán **DOS** magníficos **PREMIOS** entre los acertadores del **CUESTIONARIO**; siendo el **PRIMER PREMIO** una Colección completa de las acreditadas **SELECCIONES LOTO** (25 volúmenes, por un valor total de 140 pesetas); y el **SEGUNDO PREMIO** consistirá en una Colección de **AVENTURAS Y HUMOR** (10 volúmenes, por un valor total de 110 pesetas).

Madrid, 15 de febrero de 1958.

CUPON

CONCURSO DE
CULTURA POLICIACA

3.º SORTEO

CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

Muchas son las contestaciones recibidas y muchas las que presentan errores de importancia, debido tal vez al desconocimiento de las normas que dicta el Reglamento del F. B. I.; normas que todos los lectores encontrarán repartidas en nuestra ya famosa Colección.

Como en veces anteriores, hemos procedido a sortear SEIS PREMIOS, correspondientes al presente mes, resultando agraciados con sendas Colecciones LOTO (por valor de 140 pesetas cada una):

- D. JUAN FARRE SIERRA Carretera de Moncada, número 301. TARRASA (Barcelona).
- D. L. NATALIO ALONSO DEL POZO. Zamora, 38, segundo. SALAMANCA.
- D. CASIMIRO BAUTISTA. Conde de Plasencia, número 5. MADRID.
- D. ALBERTO MUÑOZ GARCIA. Muñoz Ubeda, número 5. MANZANARES (Ciudad Real).
- D. ADOLFO MUÑOZ. Catedral, 6. AVILA.
- D. MANUEL CARMONA ANTON. Calle 8. Manzana 84, número 751. SEVILLA.

Nuevamente EDITORIAL ROLLAN agradece el entusiasmo de sus lectores y les anima a perseverar en este original CONCURSO DE CULTURA POLICIACA y a acudir a otros certámenes en preparación.

Madrid, 31 de mayo de 1950.

HALLARA USTED EL IMPRESCINDIBLE CUPON en nuestros próximos números de SELECCIONES NEVADA y COLECCION EXTRAORDINARIA DEL OESTE.



¡TIROTEO EN LAS CALLES!
¡ASALTOS, ROBOS Y ASESINATOS!
LOS «GANGSTERS» de CHICAGO, en REVOLUCION

Este es, en síntesis, el argumento de

GUERRA *de* "GANGSTERS"

la mejor obra del genial FRED BAXTER, en la que ha puesto su maravilloso estilo y sus conocimientos de los bajos fondos de Chicago, la ciudad del crimen, el nido del vicio y del deshonor.

GUERRA *de* "GANGSTERS"

ofrece además el aliciente de una trama humana, rayana en lo dramático, hasta alcanzar la cima de la tragedia. Las audaces huestes del F. B. I. entran en acción y las ametralladoras Thompson disparan sus ráfagas mortíferas, segando las vidas de los forajidos.

♦ ♦

RECUERDE, LECTOR:

Guerra de "gangsters"

futuro número de la mejor Colección del Mundo

F. B. I.

DISTRIBUIDORES PARA CATALUÑA Y BALEARES:

Comercial ARPA

UNIÓN, 30.—BARCELONA

NOTAS

[1] Chaquetilla corta de etiqueta. < <

[2] Jerga con palabras inglesas, francesas y chinas, empleadas por los coolies para entenderse con los extranjeros. (N. del E.). < <

[3] Estado febril e inquieto del opiómano que necesita tomar nuevas dosis de la droga. (N. del E.). < <

[4] Intelligent Service, cuerpo británico de espionaje. Deuxième Bureau, departamento francés de espionaje. < <

[5] Véase los primeros números de esta Colección, especialmente el primero, donde Alf Manz describe la maravillosa Academia del F. B. I.

(N. del E.). < <

[6] El Estado Mayor del

F. B. I.

ha sido descrito por Alf Manz, en el número 4 de esta colección. (N. del E.). < <